

*Era el destino,
Jefe*



Serie oficina

Sophie Saint Rose

Era el destino, jefe

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Missy frenó la camioneta ante la planta y mirando la valla cerrada tocó el claxon dos veces. Cuando vio que la puerta iluminada por la luz de emergencia se abría, sonrió cogiendo la bolsa de papel y abrió la puerta bajando de un salto para correr hacia su padre.

—¡Hola, papá!

—Mi niña, no tenías que haber venido. Me hubiera arreglado con cualquier cosa de la máquina expendedora.

—Ni hablar, tienes que comer sano. Ya has oído al médico. Tienes el colesterol un poco alto. —Se acercó a la valla y le pasó la bolsa entre el enrejado antes de acercarse a la mejilla para que su padre le diera un beso. —¿Sabes, papá? He sacado un diez en matemáticas. Me ha dicho la señora Baxter, que seguramente me darán la beca completa para la universidad.

Su padre sonrió orgulloso. —Ya verás cuando se lo cuente a los chicos.

—Todavía no les digas nada —dijo sonrojándose algo avergonzada porque sus hermanos correrían la voz por todo el pueblo—. No es seguro. No lo gafemos.

—Sí, tienes razón. Esperemos a que te lleguen las cartas. —Le acarició la mejilla. —Pero irás a la universidad. La primera Paxton en ir a la universidad. Estoy muy orgulloso de ti.

—Bah, no es nada.

—¡Claro que sí! ¡Y no como esos señoritos a los que sus padres se lo pagan todo! Por tus propios medios.

Se encogió de hombros. —A ver qué pasa. —Miró hacia la planta de refinado de petróleo y vio salir a John Allen de la planta con el teléfono en la mano. Frunció el ceño porque era de mantenimiento. —¿No trabajan esta noche?

—No, solo trabajan unos veinte para terminar un trabajo, los de mantenimiento y nosotros. Los demás al turno de día. No sé qué pasa. Me da mala espina.

—Papá, no te vas a quedar sin trabajo.

—No, si yo no temo por mí. Temo por los chicos que trabajan dentro de la refinería. Aunque cerraran esto necesitarían un vigilante, ¿pero tus hermanos qué harían si esto se fuera a la mierda?

—¿Qué haría todo el pueblo, papá? Se iría a la ruina.

—Cierto. —Su padre se quitó la gorra negra de vigilante para mirar hacia atrás. —¡John, no puedes hablar ahí por teléfono, joder! ¡Ya lo sabes! ¡Si tienes que hablar con tu mujer, habla por el teléfono interno como todos! —El hombre le hizo un gesto asintiendo antes de alejarse de la planta y su padre gruñó. —Se avecinan cambios. Lo noto.

—No van a cerrar. Si han eliminado el turno de noche será por otra cosa.

Su padre la miró con sus mismos ojos color miel. —Varias máquinas necesitan reparación y no las han arreglado.

Se le cortó el aliento. —¿De verdad? —Eso ya era algo bastante raro.

—Se rumorea que van a remodelar toda la planta, pero también he escuchado que la empresa piensa trasladarla a otro sitio que tenga mejores accesos para los transportes.

—Pero si Linthwaite lleva aquí toda la vida. Hasta el pueblo lleva su nombre —dijo asombrada.

—Ahora el jefe ya pinta bien poco. Hay consejos de administración y cosas así.

Se quedó unos segundos en silencio procesando lo que le había dicho y preocupada se pasó la mano por la mejilla apartando un mechón de cabello rubio platino. —¿Los chicos lo saben?

—Claro que lo saben. Lo sabe medio pueblo, cielo.

—¿Y cómo no me he enterado hasta ahora?

—Porque los de los sindicatos han dicho que seamos discretos hasta que se enteren de lo que pasa. No vaya a ser mentira y demos ideas que luego nos perjudiquen. Pero llevo toda la vida trabajando aquí y sé que pasa algo. Lo hablamos entre nosotros. Sé que muchos no lo han comentado en casa para no preocupar a las familias.

—Ah... Yo no diré nada.

Su padre sonrió. —Lo sé. —Le acarició la mejilla y ella sonrió. —Cómo me alegro de que salgas de aquí para conocer mundo.

Missy perdió la sonrisa. —Da algo de miedo.

—Tú eres muy fuerte. Saldrás adelante. —Escucharon un pitido muy fuerte que procedía de la planta. Su padre miró hacia allí antes de echar a correr. —¡Tengo que irme!

Preocupada frunció el ceño. —¿Papá?

Abrió la puerta mirándola a los ojos. —Vete a casa, cielo. Te veo por la mañana...

Una explosión la hizo gritar tapándose los oídos y su padre se giró para correr hacia ella gritando que se metiera en el coche. Missy corrió hacia el coche cuando algo la impulsó con tal fuerza, que salió despedida traspasando el parabrisas de la camioneta mientras un rugido hacía temblar la tierra. Desmadejada entre los asientos del coche sintió una gota que recorría su nariz y sus ojos vieron un fuerte resplandor rojo antes de perder el sentido.

Notaba que algo presionaba su boca y al intentar tragar supo que tenía algo en la garganta, pero sentía su cuerpo tan pesado y agotado que le dio igual. También sintió dolor, un dolor indescriptible mientras escuchaba —¿Se recuperará?

—Todavía es pronto para decirlo. Ha sufrido lesiones internas muy graves. Le hemos tenido que quitar el riñón. Del impacto se había partido en dos. También hemos tenido que retirar el bazo. Si todo va bien podrá llevar una vida medianamente normal.

—Joder...

—Calvert, no deberíamos estar aquí —dijo otro hombre—. Si se entera la prensa... Además, tenemos mil cosas que hacer. Los bomberos aún no han podido detener el fuego.

—Espera Timothy. Doctor, la empresa se encargará de todos los gastos. Si tienen que trasladarla...

—De momento aquí está bien atendida.

Missy no entendía muy bien lo que ocurría. ¿Sería la televisión? Rony siempre la ponía muy alta. Escuchó un pitido.

—Disculpen, pero me llaman para una consulta. ¿Me esperan unos segundos? Seré breve.

—Sí, por supuesto.

Cuando una puerta se cerró escuchó —Esto nos va a meter en un lío de primera. Joder Calvert, vámonos de aquí.

—¡Cállate! ¡Todo esto es culpa de la empresa y tenemos que dar la cara! Han muerto seis hombres y no podemos esconder la cabeza.

—El consejo...

—¡Me importa una mierda lo que quiera el consejo de administración! —exclamó más cerca—. ¡Mírala! ¡Es una cría!

—Que no debería haber estado allí.

—¿Al otro lado de la valla? —preguntó fríamente—. Vais a tener que dar muchas explicaciones y preparaos porque las acciones de la empresa van a caer en picado cuando se sepa la verdad.

—¡Fue idea tuya!

En ese momento se abrió la puerta. —Oh, lo siento —dijo la voz de una mujer joven—. Vengo a poner su medicación y a cambiarle el vendaje a Missy.

—¿La conoce?

—Sí, mi hija estudia con ella en el mismo instituto. ¿No es una pena lo que le ha pasado? La primera de su promoción —dijo emocionada—. La quiere todo el mundo. Siempre está dispuesta a echar una mano y ha sido la niñera de medio pueblo, ¿saben? Cuando se entere de lo de su padre al que adoraba... No sé lo que va a pasarle.

¿Su padre? El terror recorrió su cuerpo de arriba abajo. ¿Qué le había pasado a su padre? Intentó preguntarlo, pero su cuerpo no la respondía escuchando un sonido metálico a su derecha.

—Una desgracia —añadió la enfermera a punto de llorar.

¿Qué le había pasado a su padre? ¿Estaba soñando? Inquieta movió un párpado.

—Esperaremos fuera al doctor. Vamos Timothy.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Rony muy tenso.

—¿Usted es?

—¡Soy su hermano! ¿Y quiero saber quién les ha dejado pasar? —preguntó alterado—. ¿Quién coño son ustedes? ¿Abogados? ¡Pues entérense bien, esto los de Linthwaite lo van a pagar! ¿Me han escuchado? ¡Las cosas no se van a quedar así! ¡Ya sé lo que van diciendo por ahí a la prensa, que las inspecciones estaban en orden como si nosotros hubiéramos metido la pata, pero no nos vamos a callar! ¿Me oyen? —gritó más lejos—. ¡Lo van a pagar! ¡Eso se lo juro por mi padre que se estará revolviendo en su tumba maldiciendo a los Linthwaite, putos cobardes!

Empezó a sonar el pitido de una de las máquinas y la enfermera gritó código azul antes de que Missy se hundiera de nuevo en la oscuridad, dándole la bienvenida. Era un sueño. Tenía que ser un sueño porque si era cierto, si era cierto el dolor sería demasiado intenso como para soportarlo.

Missy cogiendo la mano de Rony miró al doctor Creswell que sentado en su cama apretó los labios. —La cirugía reconstruirá la nariz e intentará disimular las cicatrices producidas por los cristales. Sobre todo la de la mejilla.

—¿Tienen arreglo? —preguntó su hermano muy tenso—. Es la tercera operación ya. ¿Es realmente necesaria? Hemos estado a punto de perderla dos veces.

—Sé que ha sido muy duro, pero es cirugía estética. —La miró a los ojos. —No es cuestión de vida o muerte, pero quedarás mejor de lo que estás ahora, eso te lo garantizo.

Missy reprimió las lágrimas por no hacer sufrir más a sus hermanos. Miró de reojo a Tom que miraba por la ventana de la habitación dándoles la espalda. Su hermano mayor tenía cruzados los brazos y estaba muy tenso como si quisiera matar a alguien. Miró a Rony que sonrió. —¿Qué dices, Missy? ¿Te animas?

—Quiero volver a ser la de antes.

Escuchó que su hermano mayor juraba por lo bajo y el médico carraspeó. —Missy mírame.

Ella asustada miró sus ojos castaños. —No vas a quedar como antes. Solo podemos mejorarlo, pero tu rostro cambiará. ¿Entiendes?

—¿No voy a ser yo? —preguntó con la voz tomada intentando no llorar.

—Tu nariz perdió algo de hueso en el impacto y has perdido piezas dentales. Todo eso hará que

tu rostro cambie, eso por no hablar de las cicatrices que pueda que no desaparezcan. No volverás a ser la de antes, pero mejorarás lo que hay ahora. ¿Entiendes?

Evitando un sollozo asintió y Tom se volvió a toda prisa acercándose a ella y sentándose a su lado. —Eh... —Miró los ojos azules de su hermano mayor. —Con lo fuerte que eres, ahora no te vas a rendir. Vas a quedar preciosa, ya verás. —Forzó una sonrisa acariciándole su precioso cabello. —¿Recuerdas que nunca te ha gustado tu nariz? Pues ahora te la dejarán como a ti te gusta. —Besó su frente que todavía llevaba uno de los apósitos. —Todo irá bien, ya verás. Estamos juntos y como decía papá juntos nada puede dañarnos. Él querría que lo hicieras, ya lo sabes.

Asintió mirando al doctor que sonrió. —Bien, el cirujano pasará a verte en cuanto pueda.

—Bien, gracias.

Se levantó de la cama y le guiñó un ojo. —Este es el último empujón y volverás a tu vida. —Abrió la puerta. —Ya no queda nada. Ánimo.

Cuando salió los tres hermanos se quedaron en silencio y ella se miró las manos viendo la cicatriz en el dorso de la mano. Había cicatrices que no se borrarían nunca y todo por culpa de esos ricos de mierda que le habían arrebatado a su padre destrozándole la vida. —¿Qué ha decidido el sindicato? ¿Qué ha dicho la investigación?

—No tenemos que hablar de eso. Olvídate de todo. Aún te queda mucho en que pensar por delante.

—¿Qué ha dicho la investigación? —Levantó la vista hacia Rony, que nervioso se pasó la mano por su cabello rubio apartando la mirada. —No van a hacer nada, ¿verdad?

—No hay pruebas y temen que no arreglen la planta en represalia. Sería la ruina del pueblo.

Tomó aire y sus ojos color miel miraron la pared de enfrente reposando la cabeza en las almohadas. —No van a hacer nada.

—Dicen que nos indemnizarán con lo que les dé la gana por la muerte de papá y por tus heridas. Nos pagarán el sueldo mientras se arregla la planta. En un año o así podremos trabajar de nuevo. Pero solo si nos ponemos todos de acuerdo y no les denunciemos ni armamos jaleo firmando un contrato de confidencialidad. No nos han dicho lo que ocurriría en caso contrario, pero nos lo imaginamos. Nos echarían a todos y el pueblo se iría a la mierda. Además, no tenemos pruebas de que no hicieron las cosas bien. He consultado con un abogado y aparte de ser carísimo me ha dicho que no tenemos muchas esperanzas. No ganaríamos con los abogados millonarios que ellos pueden pagar. Es nuestra palabra contra la suya y contra los informes de los peritos que revisaron las instalaciones. Tenemos las manos atadas, pero al menos cobraremos la indemnización. No necesitarás la beca si no te la dan —dijo Rony con rabia—. Ya no debes preocuparte por eso.

—Se la darán. Por supuesto que se la darán —protestó su hermano.

—Me he perdido muchas clases. No podré presentarme al SAT. Ya estamos en otoño. No me admitirán en ninguna de las universidades que quiero —dijo con pena con todo lo que había trabajado—. Es un requisito indispensable para que te admitan.

—Puedes presentarte el año que viene —susurró Tom acariciándole el hombro intentando consolarla—. Ahora tienes otras prioridades. Ponerte bien. Es lo único importante de momento.

Se quedó mirando la pared como si no hubiera oído nada y los hermanos se miraron preocupados. —Cielo, todo irá bien. —Rony se sentó a su otro lado y los dos la abrazaron. Cerró los ojos y simplemente se dejó abrazar. —No debes preocuparte por nada. Te costará un poco más, pero conseguirás lo que quieres. Lo que siempre has soñado.

Missy abrió los ojos mostrando el odio que se estaba fraguando en su interior sin dejar de abrazarles. Sintió que sus sueños habían desaparecido. Que todo en ella clamaba venganza por la muerte de su padre y por todo lo que había sufrido esos últimos tres meses. Iba a conseguir lo que quería, se iba a dejar la piel en ello. Pero sus prioridades habían cambiado.

Capítulo 2

Descolgó el teléfono móvil reclinando su asiento hacia atrás. —Melissa Paxton.

—Soy Julie Anne Barclay. La llamo de Linthwaite Oil. El señor Linthwaite puede recibirla mañana a las cuatro de la tarde. Se ha anulado una cita y puede aprovecharlo si usted está disponible. Pero le advierto que es un hombre muy ocupado. No sé cuándo podrá darle otra cita. Así que le aconsejo que no la desaproveche.

Melissa entrecerró los ojos. Llevaba un año esperando esa cita. —Dígale al señor Linthwaite que ya no me interesa su empresa. Gracias por la llamada.

Escuchó el jadeo de la secretaria antes de colgar y se volvió dejando el teléfono a su lado para continuar trabajando. Su secretaria entró sin llamar como siempre y exasperada levantó la vista. —¿Qué ha pasado ahora?

Se pasó un mechón negro detrás de la oreja mirando su block. —Quieren que...

Su teléfono empezó a sonar y ella levantó la mano acallándola. —Espera fuera.

Consuela frunció el ceño, pero salió de inmediato sin decir palabra. Tomó aire y cogió su teléfono descolgando y aparentando tranquilidad. —Melissa Paxton.

—Calvert Linthwaite.

Era su voz. No había sido un sueño. —Señor Linthwaite, menudo honor —dijo con ironía.

—Se ha ganado cierta reputación, señorita Paxton.

—Eso dicen. Pero no se crea todo lo que cuentan por ahí, señor Linthwaite.

—Licenciada en Harvard, la primera de su promoción en ingeniería, posgrado en finanzas...

—Ya me sé mi curriculum, señor Linthwaite. Ni usted ni yo estamos para perder el tiempo. ¿Qué tal si va al grano?

—La quiero en mi empresa.

—Eso me quedó claro con la llamada de su secretaria. No me interesa. Estoy muy bien en GPA.

—Aquí estará mejor.

Se estaba enfadando. El niño bonito no estaba acostumbrado a que le dijeran que no. —¿Qué me ofrece que pueda tentarme? —preguntó endureciendo su voz ronca—. Y que sea interesante.

—Dos millones al año.

Ella sonrió. —Al parecer sí que me quiere y mucho. Pero si me conoce y seguro que me ha investigado, sabe que he rechazado cifras parecidas en Oriente medio.

—Jefa de gestión de recursos.

Silbó reclinándose hacia atrás. —Así que seré la mandamás.

—Después de mí. Se encargará de que cada planta funcione como un reloj.

—Suizo imagino.

—¿No son los mejores? Yo quiero lo mejor.

Se volvió para mirar el edificio Linthwaite en la zona cero. Había elegido ese despacho precisamente para no olvidarse de su objetivo al mudarse a Nueva York. Llegar allí. —¿Tendré libertad?

—Siempre que no interrumpa la marcha de cada planta para cumplir objetivos y que esté dentro del presupuesto anual no tendremos problemas.

—Tres millones y soy toda suya.

Le escuchó gruñir al otro lado. —Tengo la sensación de que va a ser muy interesante trabajar con usted.

—Llámame Melissa, Calvert. Por cierto, mi despacho cerca del tuyo para tenerte a mano. Y que tenga vistas. Me gusta ver a la competencia. Y me llevo a mi secretaria.

—¿No te estás tomando demasiadas libertades?

—¿Tú crees? Ya me lo dirás con el informe anual de resultados. Por cierto, ¿qué tal el de este año? —preguntó con sorna—. Mal, me imagino.

—¡Muy graciosa! ¡Mañana te quiero aquí!

—A las nueve en punto. —Colgó el teléfono y cerró los ojos sintiendo una satisfacción enorme. Lo había conseguido. Después de diez años había llegado. Sus preciosos ojos brillaron de alegría antes de gritar —¡Consuela!

Su secretaria abrió la puerta de inmediato y la miró con sus ojos negros como platos. Melissa sonrió. —Ya lo conseguimos. Estamos dentro.

Su amiga de la infancia sonrió con malicia. —Al fin.

—Prepara la carta de renuncia y recógelo todo. —Se levantó cogiendo su bolso de Dior y guardó su móvil mirando a su alrededor para que no se le olvidara nada importante. —Que no quede nada. Recoge las fotos y no las llesves al despacho nuevo. Envíamelas a casa.

—Entendido, Missy.

Se detuvo poniéndose el bolso en el brazo. —A partir de ahora nada de Missy. Soy Melissa, ¿entendido?

Apretó los labios asintiendo. —Lo siento.

La miró fijamente a los ojos. —No podemos cometer errores.

—Sí, lo sé.

—Bien, me voy de compras.

—¿Trajes nuevos?

—Por supuesto. —Se puso sus carísimas gafas de sol de Chanel y sonrió estirando la cicatriz de su labio inferior. —Tengo que dar buena imagen. —Salió del despacho y firmó un folio en blanco. —Para la renuncia.

—Entendido. —Su amiga sonrió y le guiñó un ojo. —Disfruta de la tarde.

—La pienso disfrutar. Eso te lo aseguro.

Cuando salió de GPA para no volver jamás sacó el teléfono y cuando se lo puso al oído levantó un brazo para llamar a un taxi.

—¿No estás trabajando? —preguntó su hermano Rony divertido.

—En este momento precisamente no. —Escuchó el llanto de un bebé y sonrió. —Se ha despertado la niña.

—La has despertado tú.

Gimió. —Lo siento.

—No pasa nada. ¿Cómo estás?

—Estoy dentro.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y su hermano susurró —No me lo puedo creer.

—Y yo tampoco. Diez malditos años, pero lo conseguí.

—Eres maravillosa. Ya verás cuando se lo diga a Tom.

—No he querido llamarle porque esta semana tiene turno de día.

—Gracias por despertar a los del turno de noche.

Se echó a reír subiéndose a un taxi que se detuvo ante ella. —A Bloomingdale's.

—¿Cuál es tu siguiente paso?

—Ganarme su confianza, por su puesto.

—Hazles pagar, Missy.

Sus ojos se oscurecieron de la rabia que sentía cada vez que pensaba en ellos. —Tranquilo, hermano. Pagarán. Vaya si van a pagar.

—Por cierto, ya hemos vendido la casa. Tendrás que venir para firmar la venta.

Cerró los ojos porque nunca volvería a la casa de sus padres. —Te enviaré un poder notarial. Ahora no puedo ir —dijo intentando no emocionarse.

—Lo entiendo. No te preocupes.

—Dile a Tom que le quiero.

—También te queremos, pequeña. Cuídate.

—Tranquilo —dijo divertida—, me adoran.

Su hermano rió mientras colgaba y Melissa entrecerró los ojos mirando al taxista. —Oiga, ¿sabe que ha rodeado dos manzanas a lo tonto? ¿Tengo pinta de novata en la ciudad? ¿Se acaba de quedar sin propina por listo y suerte tiene de que no le denuncie!

—Ha sido sin querer.

—Y yo me chupo el dedo.

—Neoyorkinos —dijo él por lo bajo haciéndole levantar sus cejas rubias. ¿Neoyorkina? Sí, la verdad es que había cambiado mucho en esos años. Se miró a la ventanilla del coche. Cualquiera diría que se había criado en un pueblo de Texas rodeada de pastos y a unos kilómetros de la refinería más grande del país. Parecía una yupi con su cabello recogido en un moño francés y un traje de cinco mil dólares. De hecho casi todo el mundo pensaba que era de familia bien y más cuando decía que había estudiado en Harvard. Sí, las cosas habían cambiado mucho. Vio la cicatriz en su labio inferior y pasó el índice por él. Eso le recordaba todos los días cuál era su misión.

A las siete de la mañana Consuela y ella estaban ante el edificio Linthwaite mirando hacia arriba. La torre de cristal relucía con la luz del sol.

—Es bonito —dijo Consuela encogiéndose de hombros.

—Sí, no está mal. Calvert ha invertido muchos millones en esta mole —dijo molesta—. Ciento seis millones para ser exactos.

—Y a nosotros nos dieron las migajas después de matar a nuestros padres.

—Disimula el rencor, amiga... —dijo divertida—. Ya nos llegará el turno.

—Estamos más cerca que ayer. —Sonrió moviendo la caja que llevaba en los brazos. —Vamos, tenemos mucho que hacer antes de que llegue el jefe.

—¿Ahora eres tú la jefa?

—Siempre he sido la jefa, bonita. Quien lleva el despacho, ¿eh?

—¿Yo?

—Más quisieras, guapa. Sin mí estarías perdida.

Discutieron como cuando eran niñas llegando a la puerta de entrada donde el portero se interpuso ante ellas. —Disculpen, ¿a dónde van?

—A mi despacho. —Sonrió agradablemente pero su mirada decía que se quitara del medio. Y cuanto antes. El hombre carraspeó mirando a Consuela que con descaro le guiñó un ojo. —Mi nombre es Melissa Paxton. Soy la nueva Jefa de gestión.

—Oh, sí. Disculpe señorita Paxton —dijo algo sonrojado mirando su traje de chaqueta rojo—.

Es que no nos la imaginábamos así.

—¿Así como? —preguntó fríamente.

El pobre no sabía dónde meterse. —Tan... joven. Última planta. Las acompaño.

—No hace falta. —Entraron en el edificio y el guardia de seguridad que estaba tras el mostrador se levantó de inmediato porque seguramente lo había escuchado todo por la radio. —
Melissa Paxton.

Él sacó una tarjeta de seguridad que debía ser provisional porque no tenía su foto. —No sabíamos el nombre de su secretaria, así que tendrá que usar esta otra tarjeta de visitante. Cuando recursos humanos nos envié sus datos, les haremos las nuevas. Última planta, pasillo de la izquierda. Su despacho está al lado del señor Linthwaite.

Cogió la tarjeta. —Perfecto. Vamos Consuela.

Su secretaria guiñó el ojo al otro vigilante y ella siseó —¿Quieres dejar de hacer eso? ¡Van a pensar que tienes un tic!

—Es mono. Y el otro también. —La miró asombrada. —Oye, que tenga una misión en la vida no significa que tenga que quedarme para vestir santos. Estoy en la flor de la vida. Quiero hijos en un futuro, ¿sabes?

—No empieces con eso de que se te va a pasar el arroz. Tienes veintisiete años. —Exasperada entró en el ascensor y vio que los dos vigilantes las miraban como si fueran apariciones. —¿Qué les pasa?

—Les hemos pillado por sorpresa. Es que estamos muy buenas.

Asombrada giró la cabeza para mirarla. —¿Tú crees?

—Estás tan metida en tus venganzas personales que estás ciega para todo lo demás. Ni te das cuenta de cómo te miran los hombres.

—Anda ya. Es porque me temen.

Consuela hizo una mueca. —Sí, eso también.

Salieron del ascensor yendo hacia la izquierda sin dejar de parlotear. —Siempre piensan que les voy a echar a patadas. ¿Por qué pensarán eso?

—Porque esos ojitos color miel cuando se cabrean harían temblar al más pintado, guapa. —
Entrecerró los ojos. —Para ser pequeñita, a veces tienes una mala leche...

Jadeó deteniéndose. —Si tengo un carácter estupendo.

—Sí, ya. ¿Te recuerdo lo que le has dicho al presidente de GPA cuando te llamó ayer por la tarde?

Levantó la barbilla. —Con mi vida hago lo que me viene en gana. ¿Quién se cree que es para echarme la bronca?

—¡Era tu jefe, Melissa! ¡Y para eso son los jefes para echar broncas!

—No, ya no era mi jefe. Yo hice un trabajo por el que se me pagó muy bien y si me quiero ir, me voy y punto. Lo que pasa es que le jodí que le dejara tirado. Pues que se fastidie. Es un vago y tenía que hacerlo yo todo. No le debía nada. Yo a lo mío.

Consuela sonrió. —A lo nuestro.

—Exacto. —Siguió caminando por el pasillo de mármol. —Uy, menudo lujo.

—Ya veo, amiga —dijo entre dientes.

Melissa la miró y tenía una sonrisa forzada que no podía con ella. —Lo de disimular no es lo tuyo.

Se acercó a ella y susurró —Si pudiera, tuviera el valor y no me pillaran, quemaba esto hasta los cimientos.

Melissa se echó a reír asintiendo. —Lo sé. Vamos a buscar ese despacho.

No fue difícil. Llegaron a una amplia estancia que tenía tres mesas de trabajo iluminadas por amplios ventanales. Una de las mesas estaba vacía. —Seguro que esta es mi mesa.

—Espera, no puede ser. —Vio dos puertas y abrió la que no ponía presidencia y sonrió al ver que había un despacho al otro lado de una pequeña estancia donde había un escritorio con un ordenador. —Esta es la tuya.

—Genial. Privacidad absoluta.

—Perfecto. —Pasó ante la mesa de Consuela que tenía una pequeña ventana y abrió la puerta de su despacho. Se le cortó el aliento viendo el enorme ventanal en esquina con una gran mesa de cristal en el centro que solo tenía encima un ordenador de pantalla gigante de última generación y un teléfono. También había un folio ante el teclado del ordenador.

—Vaya, has llegado al cielo —susurró su amiga tras ella realmente impresionada.

—Sí. —Era el despacho que siempre había soñado. Estaba en la cima del mundo, pero en el lugar equivocado. Apretó los labios caminando hasta la mesa y dejando el bolso sobre ella. —Pongámonos a trabajar.

—Sí, jefa.

Miró el folio y vio que eran sus claves de acceso. Levantó sus cejas rubias. —Muy eficiente, Linthwaite.

Su secretaria colocó sus cosas sobre el escritorio como a ella le gustaban mientras accedía al ordenador para ver a lo que tenía acceso. Sonrió porque toda la empresa estaba en sus manos. Para ser alguien que no la conocía de nada era muy confiado. Revisó los balances de cuentas de los últimos cinco años por encima. La empresa había repartido en el último año más de doscientos millones en beneficios entre sus accionistas. —Vamos, esto son migajas. —Frunció el ceño revisando las cuentas más a fondo y se dio cuenta de que en los últimos años se había invertido muchísimo dinero en las plantas, lo que provocó un vuelco en su estómago. En mantenimiento, seguridad, nuevas tecnologías... eso por no hablar del edificio nuevo que también había costado lo suyo. Mucho más de lo que decía la prensa. Doscientos dos millones. Ahora entendía que los beneficios a los accionistas no fueran tan altos. Lo había remodelado todo como la planta de Linthwaite.

Mirando la pantalla apoyó la espalda en el respaldo de su asiento balanceándose adelante y atrás. Consuela entró en el despacho y susurró —Oigo a dos chicas hablando fuera. Nueve menos cinco.

Asintió saliendo de las cuentas de la empresa y dejando el escritorio en pantalla. Se levantó y fue hasta el cuarto de baño para revisar su aspecto. Abrió uno de los cajones de debajo del lavabo y allí estaban sus cosas de aseo. Abrió el de al lado para ver su maquillaje. Cogió el labial rojo y se lo pasó por el labio inferior intentando reprimir los nervios porque había llegado el momento de conocer al hombre responsable de la muerte de su padre.

—¿Estás bien? —Miró a su amiga a través del espejo. —No tienes que hacerlo si no quieres. Podemos irnos. Si alguien ha sufrido más que nadie, esa has sido tú.

—Precisamente por eso estoy aquí. —Tomó aire estirando su chaqueta y escuchó que alguien hablaba en el despacho de al lado. —Ha llegado.

—Ánimo. Demuéstrale quién eres y déjale sin habla.

Sonrió divertida. —Ni que fuera Mata Hari.

—Casi.

Rió saliendo del baño. —Ponte a trabajar o te echo a patadas.

—Esa es mi jefa —dijo orgullosa viéndola cruzar su despacho.

Cuando salió de sus dominios vio que una mujer la miraba sorprendida tras una mesa. — Buenos días.

Se levantó de inmediato. —Buenos días, señorita Paxton. No sabíamos que había llegado.

En ese momento llegó una chica corriendo con el bolso en la mano y ella levantó una ceja. — ¿Llega tarde?

—Lo siento. —Se sonrojó poniendo el bolso sobre la otra mesa. —Perdí el metro.

—Que no vuelva a pasar.

Miró confundida a su compañera, pero ésta no movió el gesto mientras Melissa iba al despacho de presidencia y pasaba sin llamar. Su secretaria salía en ese momento del despacho y se sonrojó ligeramente. —Señorita...

Le hizo un gesto para que cerrara la boca y pasó ante ella cerrando la puerta. No estaba preparada para lo que se encontró. Calvert Linthwaite estaba remangándose la camisa y mostrando un cabello rubio en los antebrazos que sin poder evitarlo le cortó el aliento. El impacto fue tal que sintió que se le encogía el estómago y su vista recorrió su cuerpo que casi estaba de espaldas escuchando como hablaba por teléfono con el auricular que tenía apoyado en el hombro. —No Timothy, te lo he dicho mil veces. Quiero seis camiones nuevos para esa planta. Necesitamos más capacidad en las cubas, así que los cambiaremos. Sí, los seis.

Los ojos de Melissa recorrieron su cabello rubio impecablemente cortado, su fuerte espalda y un trasero muy bien formado. Se le secó la boca observando la curvatura que decía que aquello estaba duro como una piedra. Sin ser consciente de ello unos calores recorrieron su cuerpo. Él se volvió mirándola con unos preciosos ojos verdes y Melissa reaccionando levantó una ceja porque parecía cabreado con ella. Después de verle en mil fotos a lo largo de los años nada la había preparado para ese momento en que sus ojos coincidieron.

—Timothy, tengo que dejarte. —Llevó la mano al auricular pulsando el botón. —Llegas tarde.

—Llevo aquí dos horas. —Miró su Cartier de platino. —Sí, dos horas.

Caminó hacia el muy consciente de como la revisaba de arriba abajo y por su rostro no parecía que le disgustara nada lo que veía.

—Le diré a Julie Anne que te envíe tu trabajo. Quiero que revises de arriba abajo la planta de Illinois. No rinde lo suficiente y quiero saber por qué.

—No.

Él se tensó. —Perdón, ¿qué has dicho?

—Mañana me voy a México. Quiero comprobar cómo va todo en las plantas de allí. Según lo que he visto, creo que es prioritario. Lo de Illinois no corre tanta prisa.

—¡En México cumplen los objetivos!

—Ya, pero no como deberían y estoy aquí para sacar todo el jugo que pueda de cada planta. — Sonrió divertida. —Además tengo libertad, ¿no es cierto?

—Más te vale que en los informes trimestrales haya resultados porque si no...

Chasqueó la lengua. —Sí, jefe. —Se volvió como si su opinión le importara un pito y Calvert la miró asombrado abrir la puerta. —Por cierto, me gusta el despacho. ¿Puedes ir encargando que me lleven una cinta para correr? Me concentro mejor.

—¡Que la encargue tu secretaria!

Reprimió la risa. —Perfecto. La cargaré a la empresa.

Le escuchó gruñir y cerró la puerta porque estaba segura de que iba a soltarle cuatro gritos. Miró a Julie Anne acercándose a su mesa. La secretaria se apartó un mechón de su cabello castaño

pasándoselo tras la oreja. —¿Quería algo, señorita Paxton?

—Eres un poco altanera con los que hablas por teléfono, ¿no?

Se sonrojó con fuerza y la miró con temor con sus ojos azules. —No quería...

—¿No querías? Yo creo que sí. Recuerda que ese puesto puede ser de otra en cualquier momento —dijo fríamente—. Representas a la empresa cuando hablas por ese teléfono, así que espero que lo que me sucedió a mí no vuelva a pasar con nadie. ¿Me has entendido?

Asintió mirando de reojo el despacho del jefe y Melissa sonrió. —Tranquila, no le he dicho nada.

—Gracias.

—Todos podemos tener un mal día, ¿no?

—Sí, es que mi hijo...

—No me cuentes tu vida, Julie Anne. No me interesa.

Dejándola con la boca abierta por el corte, salió de allí y vio a las chicas cotilleando al lado de la máquina de café. —¡A trabajar!

Se sobresaltaron antes de ir cada una hacia su mesa con la cabeza gacha y Melissa gruñó entrando en su despacho y cerrando la puerta.

—El ogro ataca de nuevo.

—Panda de vagas —siseó entrando en su despacho escuchando la risa de su secretaria.

Capítulo 3

Dobló la esquina y las secretarias se callaron en el acto viéndola pasar ante ellas. —Buenas tardes, señorita Paxton —dijeron a la vez.

—Buenas tardes. —Entró en el despacho de Calvert y pasó ante Julia Anne que iba a decir algo, pero cerró la puerta antes que pudiera hablar siquiera. Melissa se encontró a Calvert con una mujer rubia que tenía las piernas muy muy largas entre sus brazos e iba a besarla, pero al verla se cabreó. —¿No sabes llamar?

—Oh, perdona. ¿Es tu novia? —Se acercó a ella con la mano extendida. —Soy Melissa Paxton. La chica confundida le dio la mano. —Elizabeth Reed.

—Perfecto, Elizabeth. ¿Puedes irte? Es horario de trabajo y tengo algo importante que decirle al jefe. —Fulminó a Calvert con la mirada. —¡Lo diría delante de ella, pero es confidencial y no voy a esperar a que te morrees para seguir con mi trabajo!

La chica se sonrojó. —Sí, claro, me voy. Te veo luego, amor.

¿Amor? Éste no había querido a nadie en la vida. Y las tropecientas mil novias que había tenido en esos años lo demostraban. Escuchándoles murmurar se acercó a su mesa dejando la bolsa del ordenador encima y dejando el bolso sobre él. Se dio la vuelta y se cruzó de brazos mirándoles de arriba abajo. Bonitos tacones. Algo altos para su gusto, pero la chica tenía estilo. —¿Todavía estás aquí? —preguntó más alto.

—¡Melissa!

—¡Calvert, no puedo perder el tiempo! ¿Es que está sorda? Puede seguir riéndose como una hiena después.

—Oye guapa...

La miró a los ojos sin cortarse. —¿Sí? ¿Qué ibas a decir?

La chica se sonrojó. —Mejor me voy.

—Eso ya lo has dicho.

—Liss te veo esta noche.

Calvert muy tenso metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras ella siseaba por debajo —Serán pesados.

—¿Es que estás loca, mujer? ¿O es que no tienes modales?

Como si nada miró su reloj. —¿Son las tres? ¿Sí, verdad? —Dio un paso hacia él. —Mira tu reloj.

—¡Son las tres!

—Pues eso, a trabajar. —Se volvió dejándole con la palabra en la boca. —Como sabes, acabo de llegar del Golfo.

—¡Sí, eso me quedó claro con las cuarenta llamadas en cuarenta y ocho horas! ¿Es que nunca duermes?

Abrió la funda de su ordenador y sacó unos papeles volviéndose. —Tenemos problemas graves en la planta de México.

Calvert frunció el ceño cogiendo los papeles. —¿Qué problemas?

—Bueno, los problemas no son exactamente en la planta de extracción. Son en el transporte a

los Estados Unidos. Se pierden cien litros de crudo desde la salida de planta hasta la llegada a la refinería de Linthwaite. En cada viaje.

Calvert se sentó en su sillón. —¿Cuántos litros hemos perdido?

—Desde hace seis años que son los registros que he mirado hasta ahora más de dos millones de litros. Calcula. Sesenta viajes a la semana...

La miró fijamente a los ojos. —¿Me estás diciendo que alguien se ha ganado más de cuatro millones de dólares sacando el crudo de las cisternas?

—Sí.

—¿Y dónde lo va a refinar, mujer?

Levantó las cejas como si fuera tonto. —En Linthwaite.

—Vamos a ver, que creo que no te he entendido. ¿Me acabas de decir que desaparecen de las cisternas?

—Se cargan los camiones en el Golfo y se trasladan a Linthwaite. Fin del registro.

—¿Y cómo sabes que faltan?

—Porque sé lo que puede salir de cada litro de crudo y el resultado final no es el esperado. Faltan los litros que te he dicho desde la planta de México hasta Linthwaite.

La miró con asombro. —No sabes dónde desaparecen.

—No. Pero puesto que no salen de la refinería supongo que o los sacan antes, lo que sería una pérdida de tiempo porque habría que refinarlos igual, o que los sacan cuando ya están refinados. Y no solo sacan la gasolina, sino también todo lo demás. Hasta el azufre. Todo lo que sale de esos litros de crudo desaparece en los resultados finales de Linthwaite.

—¿Hay posibilidad de que los saquen antes de llegar a la planta?

—Por supuesto que la hay, pero tendrían que transportarlos a cien kilómetros al norte. No sacarían tantos beneficios. ¿No te extraña que nadie haya dado la voz de alarma en Linthwaite? Porque a mí sí.

Él entrecerró los ojos. —Enviaré a alguien a Linthwaite.

—No. Iré yo.

—No puedes ir tú. ¡Tienes que ir a Illinois!

—Puesto que soy de allí y tengo a dos hermanos trabajando en la planta, creo que lo mejor es que vaya yo. —La sorpresa en su rostro la hizo sonreír. —¿No me digas que no lo sabías? ¿Acaso no me has investigado para un puesto de tanta responsabilidad?

—Sí que te han investigado y sabía que eras de Texas, pero no sabía donde habías nacido.

—Ah, solo te interesaste por mi expediente académico. Bueno, da igual. —Puso los brazos en jarras. —Será mejor que vaya yo.

—¿Y si tus hermanos están implicados?

Sonrió divertida. —Entonces asumirás las pérdidas porque no diré ni pío.

Se le cortó el aliento cuando él sonrió. —Te quiero de vuelta antes de una semana. Si no descubres lo que pasa, haré una auditoría.

—No tardaré ni dos días. —Se volvió y cogió su ordenador con su bolso.

Fue hasta la puerta. —¿Tu padre era George Paxton?

Se le cortó el aliento y se volvió lentamente para mirarle a los ojos diciéndose que había llegado el momento. —¿Le conociste?

Calvert apretó los labios levantándose de su asiento. —Sentí mucho su muerte, Missy. Porque eres Missy, ¿verdad?

Perdió todo el color de la cara cuando la llamó así. Como la gente que la quería, pero tuvo que

disimular. —Así me llamaba mi padre —dijo confundida—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque estuve en el hospital después de que te operaran la primera vez. —La miró de arriba abajo. —Es increíble lo bien que te has recuperado. —Rodeó el escritorio apoyando la cadera en él. —Me alegro mucho.

—Gracias.

—Supongo que fue muy duro.

—Pasó hace muchos años.

—Menuda casualidad que hayas acabado trabajando aquí.

Sonrió divertida. —¿Naciendo en el pueblo y viendo la refinería todos los días? No, era el destino, jefe.

Él la observó pensativo mientras salía sin cerrar la puerta. Fue hasta su despacho y en cuanto entró cerró de inmediato. —Estamos en problemas.

Su amiga se levantó de golpe siguiéndola al despacho. —¿Qué ocurre?

—He tenido que contarle quien soy.

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—El muy cabrito me ha tendido una trampa.

Consuela dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué dices?

De repente frunció el ceño. —¿Has comprobado si hay micros?

Asintió. —Lo hago todas las mañanas.

Agotada se sentó en su sillón. —Me ha tendido una trampa para comprobar mi reacción. Ya me extrañaba a mí que quisiera que fuera a Illinois cuando era evidente que había que ir a la plataforma de México.

Consuela se sentó frente a ella. —Sabía quien eras.

—Claro que lo sabía. Solo quería comprobar si hago mi trabajo y si en caso de que en la planta de Linthwaite hubiera algún problema yo haría algo. Quiere comprobar mis reacciones. Se ha hecho el tonto durante la reunión que acabo de tener. Cuando me llamó a GPA ya sabía quién era, pero mis resultados le llamaron la atención. Me necesitaba, pero no se fía de mí. Así que me puso el cebo. Primero quería que fuera a Illinois para que me confiara y se sorprendió de que quisiera ir a México. He descubierto una pérdida de crudo que es obvio que él ya sabía.

—Para comprobar qué harías si la planta de Linthwaite estaba implicada.

—Exacto. Así que le he dicho que soy de allí y que lo lógico es que fuera a investigar por mi cuenta. Me he hecho la sorprendida de que no supiera donde había nacido y ha tenido el descaro de preguntarme por mi padre. —Consuela dejó caer la mandíbula del asombro. —Que siente mucho su muerte —dijo con rabia—. Tiene muy buena memoria. Me ha llamado Missy. —Su amiga no salía de su asombro. —Quiero que tengas los ojos y los oídos bien abiertos. —Consuela asintió. —Hazte amigas de esas de ahí fuera.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Tengo que ganarme su confianza, así que tengo que ir a Linthwaite y descubrir qué hay detrás de esto para que crea en mí. Caiga quien caiga.

Consuela muy preocupada se apretó las manos. —Son de los nuestros.

—¿Crees que esto me gusta? Pero si no lo hago no descubriré ni una mierda de sus trapos sucios y nuestras familias seguirán sin cobrar lo que nos deben. Cien mil dólares por muerto, es un insulto. Y voy a hacer que lo paguen, eso te lo juro por lo más sagrado. Si tiene que caer alguien de allí, va a caer. Se está haciendo rico haciendo algo ilegal. No me da ninguna pena.

Su amiga suspiró. —Es mi hermano.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

—David es quien desvía el crudo —respondió angustiada—. Era para cobrar lo que nos habían robado.

—Y le ha cogido el gusto, ¿verdad? —preguntó furiosa—. Ahora entiendo esa ranchera tan cara que se compró hace tres años.

Sus ojos negros se llenaron de lágrimas. —¿Cómo va a salir de ésta?

Teniendo un mal presentimiento se levantó. —Rony y Tom no tienen nada que ver, ¿verdad?

Su amiga se echó a llorar cubriéndose el rostro y ella perdió todo el color de la cara. —Pero...

—Pensaban que no lo conseguirías. Que era una venganza que nunca llevarías a cabo.

—Dios mío. —Se pasó las manos por su pelo rubio deshaciendo su moño mientras caminaba de un lado a otro intentando pensar. ¡Tantos años de sacrificio y lo habían estropeado todo! Se volvió mientras Consuela seguía llorando. —¡No llores más! ¡Eso no soluciona nada! Ahora entiendo que me llamara para el trabajo. Cree que estoy implicada.

—¿Lo sabe todo?

—¡Claro que lo sabe, no es estúpido! —Intentó pensar rápidamente. Angustiada por los suyos intentó buscar una solución y se volvió de golpe. —¿Cuántos están implicados?

—Los que perdimos a alguien. Rony no quiso implicar a nadie más.

Le mataba. Estaba claro que confiaba un montón en sus habilidades, pensó con ironía.

—Joder...

—Lo siento.

—¿Se puede saber por qué todos estos años me has seguido la corriente? —preguntó con rabia—. ¡Van a acabar en la cárcel! ¡Y yo también!

Consuela se echó a llorar de nuevo. —Parecía que eso te hacía salir de tu letargo. Cuando me lo contaste después de salir del hospital te di la razón para que estudiaras. ¡No creía que llegaríamos hasta aquí!

—Eso es evidente. ¿Cuánto has sacado de esto?

—Cincuenta mil más o menos. Todos los miembros de cada familia de los muertos y de los heridos aquella noche cobra lo mismo en cada entrega.

—¡Todos menos yo!

Su amiga se sonrojó. —Rony te lo iba a dar con la venta de la casa para que no te enteraras.

Le miró asombrada sentándose de nuevo porque notaba que las piernas no la sostenían. —Y ahora cómo salimos de ésta.

—Puedes ir y disimular que no sabes nada...

La fulminó con la mirada. —¿Te crees que es idiota? ¡Lo sabe todo, Consuela! Solo está esperando ver cómo nos ahorcamos con nuestra propia cuerda.

Consuela perdió todo el color de la cara. —Tenemos que ayudarles.

—¿No me digas? ¡Hace unos minutos me ha preguntado qué haría si mis hermanos estuvieran implicados! ¡Ya les tiene! ¡En lo único que duda es en si yo estoy implicada porque llevo fuera del pueblo nueve años! —Sus ojos color miel brillaron. —Eso es.

—¿Qué?

—Le voy a poner mi cabeza en bandeja.

Consuela no entendía nada. —¿Qué quieres decir?

—No ha acabado con esto antes porque quiere algo. Y quiere algo de mí —dijo muy seria—. Me necesita en su empresa y no va a sacrificarme hasta que no consiga lo que se proponga.

—Beneficios para la empresa.

—Exacto. Por eso aceptó tan rápido los tres millones de sueldo anual y por eso quiere probarme. Necesita saber hasta qué punto voy a implicarme con la empresa y si le soy fiel.

—Quiere saber si eres capaz de delatar a tu propia familia.

—Exacto. Puede que hace unos minutos me lo preguntara en broma, pero lo único que quiere comprobar es mi reacción. Y lo que no se espera es que los delate.

—No puedes delatarnos —dijo asustada.

La miró con rabia. —¿En qué parte no has entendido que ya lo sabe todo? Iré a Linthwaite y volveré en unos días con los detalles. Le suplicaré que lo pase por alto.

A su amiga se le cortó el aliento. —¿Te vas a sacrificar por nosotros?

—¿Queda otro remedio? Diez años esperando pillarle para cobrar lo que nos debía y vosotros ocultándome algo así —dijo con desprecio—. ¡Si no quiero que mis hermanos terminen en la cárcel tengo que hacer algo! Y si tengo que sacrificarme yo, lo prefiero a que pierdan a sus familias y a sus hijos.

—Lo siento, Missy. Yo...

La miró con rencor. —Saca el billete de avión para mañana por la mañana. Pensaba salir esta noche, pero mejor me calmo antes de llegar. Y alquílame un coche. Ahora no quiero hablar contigo. Y como se te ocurra avisarles de que voy para allá, te juro que no vuelvo a hablarte en la vida.

Su amiga agachó la mirada asintiendo antes de salir del despacho. Cuando cerró la puerta, Melissa se levantó de su sitio y corrió hacia el baño vomitando lo poco que había comido en el avión. Se sintió traicionada y ridiculizada por los suyos. Nunca habían creído en ella. Le habían dado la razón como a los locos y jamás habían tenido fe en que consiguiera lo que se proponía. Habían buscado su propia venganza sin tenerla en cuenta en ningún momento. Hasta Consuela, que se había trasladado con ella a Nueva York después de la Universidad, se lo había ocultado. Reprimió las lágrimas intentando contenerse. Se debían haber quedado de piedra cuando les dijo que trabajaba allí. Tenían que estar muertos de miedo porque era evidente que era mucha casualidad que hubiera conseguido trabajo en Linthwaite Oil. Y si ella hubiera sabido lo que estaban haciendo también lo hubiera pensado, pero tenía los ojos vendados por su culpa.

Se lavó la cara y al mirarse al espejo una gota de agua recorrió su cicatriz. Una lágrima cayó por su mejilla porque ahora todo se había perdido. Jamás le revelaría nada que le pusiera en evidencia ante ella. Eso si no les enviaba a todos a la cárcel. Terminaría allí como los demás porque nadie creería que no estaba implicada en todo aquello. Es más, que hubiera conseguido trabajo en la empresa la implicaba aún más.

Recordó a su padre y como sonriendo siempre le decía que era demasiado lista como para meterse en líos. Sonrió recordando como ella un día haciendo los deberes en la mesa de la cocina hablaban de que Consuela había sido castigada después de una pelea en el instituto. Su padre le preguntó si ella se había metido.

—Claro que no. Consuela se arregla sola —dijo divertida.

—No sé para qué me preocupo. Eres tan lista que nunca te meterías en líos.

—Papá...—Se echó a reír. —¿Y si algún día metiera la pata?

—Mi hija es tan lista que saldría del lío indemne. Pero si algún día me necesitas siempre estaré contigo —dijo antes de besarla en la sien. Esperaba que su padre tuviera razón porque ahora estaban en un lío de primera y él ya no estaba a su lado para ayudarla.

Capítulo 4

Cerró la puerta del coche en el aparcamiento de la planta de Linthwaite y fue hasta la puerta principal. Su cara indicaba que tenía un cabreo de primera y como se había presentado ante el guardia de seguridad como la jefa de gestión de la empresa, William Thortom corrió para ir a recibirla a la puerta, arreglándose la corbata sobre su camisa blanca de manga corta e intentando meter barriga, algo que era totalmente imposible. Al mirarla vestida de traje el amigo de su padre abrió los ojos como platos. —Missy, ¿es una broma? ¡Porque no tiene gracia! ¡He colgado el teléfono a un transportista!

Le miró a los ojos deteniéndose ante él. —Melissa Paxton. Nueva jefa de gestión de Linthwaite Oil.

El hombre abrió los ojos como platos antes de echarse a reír a carcajadas cogiéndola por la cintura y dándole vueltas como cuando era niña. Así no había quien se impusiera. —Sabía que llegarías lejos, preciosa. —La besó en la mejilla dejándola en el suelo y ella no pudo menos que sonreír al ver como se subía los pantalones. —Tu padre estaría orgulloso.

—Sí, esta empresa era su vida.

—Su vida erais vosotros y más desde que murió tu madre. ¿Has visto a los chicos?

—He venido directamente del aeropuerto.

William se puso serio. —¿Tenemos problemas?

—Enséñame la planta. Quiero ver todas las reformas que ha hecho Linthwaite desde que vine la última vez y mi padre me coló para que la viera.

—Han pasado muchos años, niña. Esto es otra cosa.

Miró los enormes baldes que medían cincuenta metros de alto y habían sido pintados recientemente con la O y la L del logotipo de la empresa. —Pues perfecto. Entonces mi trabajo aquí será breve.

Recorrió toda la planta de refinado atenta a cada nueva reforma que se hubiera hecho en la fábrica. Esa era la excusa perfecta para visitarles. El otro tema lo solucionaría más adelante. Caminando por una de las pasarelas se acercó al borde y vio a los trabajadores abajo cada uno en su puesto frente a los paneles de control. Vio como Tom levantaba la vista y abría los ojos sorprendido de verla con el casco de la empresa. Se levantó de su puesto para caminar hacia la escalera a toda prisa. Missy sonrió como si estuviera encantada de verle y bajó varios escalones para abrazarle.

—¡Estás aquí! ¿Por qué no me has avisado?

—Quería sorprenderos —respondió con ironía.

Su hermano se apartó para mirarla a los ojos y al ver su frialdad en ellos perdió la sonrisa poco a poco, pero lo disimuló cuando William llegó hasta ellos. —¿Has visto Will? ¿Has visto hasta donde ha llegado?

—Que callado os lo teníais Rony y tú —dijo divertido—. Supongo que era para sorprendernos. —La miró con cariño. —Siempre supe que llegaría muy lejos. Linthwaite no podía elegir mejor porque nadie como nuestra Missy para cuidar de la empresa. Lo lleva en la sangre. Tómate un descanso, Tom. —William silbó y gritó —¡Steve ocupa el puesto de Tom!

—Sí, tomémosnos un café. —Cogió el brazo de su hermano mirándolo con adoración como cuando era pequeña. —Tenemos mil cosas que contarnos.

—Os dejo solos. Tengo que revisar unas cifras antes de la comida.

—Te iré a buscar a la oficina cuando me tome ese café.

—Perfecto, niña. —Le guiñó un ojo antes de subir las escaleras gritando a otro empleado que no podía estar allí sin el casco.

Se volvió hacia su hermano mirando sus ojos azules. —Menuda decepción.

—Supongo que te lo ha dicho Consuela. —Juró por lo bajo quitándose el casco y pasándose el antebrazo por la frente. —Missy...

Melissa miró a su alrededor. —Vámonos de aquí. No quiero que nos escuche nadie.

—A estas horas no hay nadie en la sala de descanso.

—Entonces vamos.

Su hermano mayor caminó hasta una puerta y mirando a su alrededor la abrió para que pasara. En cuanto lo hizo él cerró la puerta a su paso y tomó aire. —Missy...

—¿Missy? ¡Missy era una cría que murió al otro lado de esa valla! —Muy decepcionada le miró a los ojos. —No me puedo creer que mis propios hermanos me hayan traicionado de esta manera. ¡Lo has estropeado todo! —gritó furiosa.

—¡No creíamos que lo consiguieras!

—Eso me ha quedado claro. ¡Y para que pagaran, has cometido un delito, idiota! ¡Yo lo hubiera hecho todo de manera legal y no hubierais cobrado esas migajas cada uno! Te advertí que sería una indemnización millonaria.

—Eso si llegabas hasta él —dijo muy tenso—. Flor Mathews necesitaba dinero para un tratamiento y ya no podíamos esperar más. Necesitaba el dinero ya.

Melissa apretó los labios volviéndose y se pasó la mano por la frente porque esa mujer desde que su marido había fallecido no había levantado cabeza y la mitad de sus tratamientos no los cubría su seguro médico.

—Entiéndelo, Missy. Todos tenían familias, hijos... Todos tienen necesidades. Flor utilizó la indemnización para pagar la hipoteca de su casa por miedo a perderla. Se ha quedado con esa pensión de mierda que casi no le llega para nada. Tiene cuatro hijos y está enferma. Y no es la única en esa situación. ¡Teníamos que hacer algo! ¡Era injusto que se encontrara en esas circunstancias cuando la empresa mató a su marido, joder!

Lo entendía perfectamente y suspiró sentándose en una de las sillas de plástico. —Linthwaite lo sabe.

Su hermano palideció. —¿Cómo que lo sabe?

—Sabe quién soy. Me ha llamado Missy y ha preguntado por papá.

Se sentó ante ella. —Pero eso no significa que lo sepa. Puede que...

—Estoy segura de que lo sabe. Estos últimos días he estado en la planta de México.

Su hermano separó los labios entendiendo. —Para comprobar tu reacción con los pesos.

—Eso creo. ¿Cómo habéis hecho para que Thortom no se dé cuenta?

—Él nunca revisa los resultados si son como siempre. Le gusta más supervisar la planta que el trabajo administrativo. Solo teníamos que cargar los camiones más en México. Cien litros por camión...

—Es la carga de seguridad.

—Exacto. Nadie se daría cuenta.

—¿Y cómo lo sacáis de aquí?

—Por eso Rony está en el turno de noche. Saca el exceso de todo antes de cargar en los camiones de transporte.

—¿Y dónde lo vendéis?

—Eso es fácil. A una fábrica de caucho, y a una gasolinera que quiere la gasolina más barata. Incluso el gas es fácil de vender. O el azufre. No es problema.

—No, el problema viene ahora porque tengo que volver y rogar porque quiera algo de mí para que no la tome con vosotros.

Su hermano palideció. —No vas a sacrificarte por nosotros.

—¿No, Tom? —preguntó furiosa—. ¿Y qué hacemos? ¿Dejamos que Lori y los niños vayan a visitarte a la cárcel?

Su hermano apoyó los codos en las rodillas y miró el suelo durante varios minutos que se mantuvieron en silencio. Melissa sintió pena porque no había hombre con un corazón más grande que el de su hermano y eso era lo que le había metido en ese lío. Ella alargó la mano y acarició su cabello rubio haciendo que la mirara. Melissa sonrió. —Lo arreglaré, ¿de acuerdo? Espero que ahora confíes en mí y no cometas más tonterías.

—Pero...

—Shuss. Calvert no es tonto. Os tiene pillados y duda si estoy metida en esto.

—Por eso te dio el trabajo, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Aunque soy buena en lo que hago, me dio el trabajo precisamente en este momento por esta situación. Solo tengo que conseguir que quiera conservarme en este puesto porque le doy los suficientes beneficios para que haga la vista gorda.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

Melissa sonrió. —Trabajando. Voy a sacar todo el jugo que pueda de esta planta y tengo cuatro días para hacerlo. Y tú vas a ayudarme.

Entró en la empresa agotada porque no había dormido prácticamente nada en cinco días intentando encontrar maneras de recortar dinero sin afectar a la seguridad y a la producción. Había sido todo un reto porque la nueva maquinaria ya la hacía muy eficiente. Sonrió metiéndose en el ascensor porque William no debía estar nada contento con su visita. La única pega es que apenas había tenido tiempo para pasarla con sus sobrinos que ya estaban enormes y no hacían más que preguntar cuándo tenía vacaciones para pasarlas con ellos como todos los años. Menos mal que sus hermanos la habían ayudado diciéndoles que ahora era su jefa y que tenía mucho más trabajo y responsabilidad. Que si no querían que nadie saliera herido ella debía trabajar más horas. Los mayores que ya tenían siete años y eran los gemelos de Tom, le habían dicho que trabajara todo lo que hiciera falta para que su papá volviera a casa todas las noches y eso la hizo llorar emocionada pensando en su padre.

Se abrieron las puertas del ascensor y se dio valor para lo que tenía que enfrentarse en ese día, así que salió con paso firme y cuando llegó ante las secretarias se detuvo en seco mirando a una morena que no había visto nunca. —¿Y tú?

Se levantó en el acto, pero como no le contestó lo bastante rápido miró a la rubia que había al lado. —¿Quién es?

—Es Anne, señorita Paxton. Es nueva. Ayer fue su primer día.

—¿Y se puede saber por qué han sustituido a la anterior? —La rubia miró hacia el despacho de Calvert. —¿Decisión del jefe?

—Sí, señorita Paxton.

Miró a la morena que estaba inquieta. —Espero que no llegues tarde.

—No, señorita Paxton.

—No soporto la impuntualidad.

—Lo sé, señorita Paxton.

Pasó ante ellas y la escuchó susurrar —¿No tengo que presentarme?

—Shuss. Tú a tratar con su secretaria.

—Ah.

Sonriendo divertida entró en su despacho y Consuela se levantó de inmediato. —Ya lo tengo todo.

—Bien. —Dejó el abrigo y el maletín sobre su mesa. —Dámelo. —Le dio un montón de papeles encuadernados y levantó una ceja. —¿Esto es todo?

—¿Te parece poco? Me he pasado toda la noche tecleando, guapa.

—¿Encima te quejas? ¡Yo llevo días casi sin pegar ojo!

—No fastidies, ¿sigues enfadada? Siempre se te pasa muy rápido después de pegar cuatro gritos.

—Será que esto es mucho más gordo que me cojas un vestido. —Gruñó dándose la vuelta. —¿Está reunido?

—No, tiene una comida de negocios, pero la mañana la tiene libre.

—Genial —dijo irónica saliendo de nuevo. Ignorando a Julie Anne que iba a decir algo entró en su despacho y cerró la puerta tras ella.

Calvert sentado tras su mesa levantó una ceja. —¿No sabes llamar?

—Eso es perder el tiempo. ¿O me ibas a decir que no pasara?

Él sonrió de medio lado cogiendo la taza de café que tenía delante. —¿Y bien?

Dejó aquel tocho de papeles ante él y sonrió de oreja a oreja. —Hecho.

—¿Hecho? —Frunció el ceño como si no entendiera de lo que hablaba. —¿Cómo que hecho? ¿Y qué es esto?

—Un informe de eficacia. Ya lo he puesto en práctica. Creo que el mes que viene veremos los resultados. Te he ahorrado medio millón al mes.

Parpadeó como si eso no se lo esperara. —¿Perdón? ¿Acaso no ibas a otra cosa?

—Ya, pero hay que aprovechar el tiempo.

—Sí, ya me he dado cuenta de que el tiempo para ti es muy valioso —dijo con ironía dejando la taza de café y mirándola fijamente—. Y el mío también es muy valioso. Melissa, estoy esperando.

Gruñó por dentro pero no perdió la sonrisa. —Eso también está solucionado. No pasará más.

—Me lo imagino. —Sus ojos verdes la traspasaron perdiendo la sonrisa de golpe. —Supongo que les habrás denunciado a la policía.

—No. Y lo sabes de sobra.

—¿Lo sé?

Puso una mano en la cadera. —La empresa se lo merecía. Seis hombres incluido mi padre murieron esa noche. ¿Cien mil dólares, Calvert? ¿En serio? ¿Crees que lo que yo pasé merecía cien mil dólares? ¡Una empresa que mueve cientos de millones al año podía compensar mejor a todas esas familias!

Él apretó los labios levantándose lentamente. —¡Llegamos a un acuerdo para esa cifra! ¡Los sindicatos estaban conformes!

—¡Por miedo a que no reconstruyerais la planta y todo el pueblo se quedara en la calle como era vuestra intención!

—¿Pero qué dices, loca?

—¿Loca? ¡Llevabais meses sin invertir en el mantenimiento de la planta! ¡Les pusisteis en peligro!

—¡Tuvimos que recortar gastos, pero se pasaron los controles de seguridad apenas una semana antes!

—¡Les matasteis! —gritó de rabia porque no reconociera la verdad—. Y fue culpa tuya. ¡Tú tomaste la decisión!

Calvert se tensó. —¡Yo no tomé la decisión, pero sí que di las directrices para ahorrar dinero como tú acabas de hacer! Pero jamás quise poner en peligro a nadie y el informe del accidente dijo claramente que Mathews no estaba en su puesto en el momento del calentamiento de la válvula.

—Válvula que no tenía que haberse calentado si el sistema de refrigeración hubiera funcionado —respondió ella fríamente.

—Está claro que nunca nos pondremos de acuerdo.

—A ti no te falta un riñón ni el bazo. No te han tenido que reconstruir la nariz y no has enterrado a tu padre —dijo con rencor—. Por cierto, ¿dónde está? Porque bien que salió corriendo cuando la cosa se puso fea, ¿no es cierto? ¿No fue en esa época cuando te dieron la presidencia, Calvert? A ti la muerte de los míos te vino de perlas.

Él enderezó la espalda y siseó —Desaparece de mi vista.

—Ah, no. —Se cruzó de brazos sorprendiéndole. —No hasta que no sepa lo que querías conseguir al darme el trabajo. ¿Qué pensabas, que iba a delatar a los míos?

—¡No necesito que los delates! ¡Tengo pruebas de sobra contra ellos!

Hizo una mueca. —¿Entonces? Ya entiendo, querías saber si yo estaba metida en esto.

—Teniendo en cuenta todo lo que según tú te ha quitado la empresa lo vi un poco raro. ¡Sobre todo cuando tus hermanos se están haciendo ricos a mi costa!

—Repartieron el dinero —dijo con descaro.

—Mira, como Robin Hood.

—Algo así —dijo chula—. ¿Y ahora?

—Ahora les voy a denunciar, que es lo que tenías que haber hecho tú si hicieras tu trabajo.

Melissa se echó a reír porque parecía convencido de ello y Calvert la miró asombrado haciéndola reír aún más. —¿Hablas en serio? —preguntó entre risas.

—¡Ya está bien! —Pegó un golpe sobre la mesa haciendo saltar la taza. —¡Largo de aquí!

—No.

—¡Melissa!

—Uff. —Se sentó ante él agotada y cruzó sus preciosas piernas. —Muy bien, te devolveré el dinero.

—¿Tienes cuatro millones de dólares?

—¡Te lo devolveré con mi trabajo! ¡Ahí tienes medio millón!

—Vas a tener que trabajar mucho para sacar cuatro millones sobre lo que ya esperaba de ti. — El corazón de Melissa se calentó porque sí creía en ella así que sonrió. —¿De qué coño te ríes?

—Te aseguro que me entregaré a la empresa para que recuperes tu dinero.

—Pues ya estás perdiendo el tiempo. —Se sentó en su sitio y como ella no se levantaba elevó sus cejas. —¿Algo más? —preguntó con ironía.

—Quiero que me firmes un papelito diciendo que la empresa exime de culpa a los responsables.

—Y una mierda. Recupera esos cuatro millones y lo hablamos.

—Son tres y medio. —Señaló el informe. —Ahí tienes medio millón.

—Medio millón aún por demostrar. Hablaremos con los informes trimestrales.

Los ojos color miel de Melissa brillaron por el reto. —Muy bien. Lo hablaremos dentro de tres meses. —Se levantó y fue hasta la puerta con paso firme saliendo de allí sin molestarse en cerrarla como siempre.

Calvert puso los ojos en blanco antes de mirar su informe y fruncir el ceño. —¡Julie Anne otro café! —Abrió la portada y empezó a leer.

Capítulo 5

Dos meses después

—Y pomme con Abu Dabi —dijo distraída cogiendo un expediente. Consuela no se movió del sitio y levantó la vista abriendo el expediente antes de empezar a leer. Pero seguía sin moverse, así que la miró sorprendida—. ¿Algo más?

Su amiga sonrió. —¿Qué te vas a poner esta noche?

—¿Esta noche? —preguntó sin entender.

—Para la cena de recaudación de fondos. Es esta noche.

Gimió apoyando los codos sobre la mesa. —¿Es esta noche? ¿Ese rollo es esta noche?

—¿Rollo? Van a ir un montón de famosos.

—Dile a Calvert que no puedo ir —dijo como si nada—. Tengo mil cosas que hacer.

—¡Oh, por Dios! ¡No puedes hacer eso!

—Claro que sí. Que vaya con una de esas rubias oxigenadas.

Su amiga la miró como si fuera un desastre, pero no se dio ni cuenta concentrada ya en lo que estaba leyendo.

Consuela exasperada salió del despacho y con decisión entró en el despacho del jefe guiñándole un ojo a Julie Anne que ya las daba por perdidas.

—¿Sí, Consuela? —preguntó él tan concentrado como Missy en sus papeles. Eran tal para cual.

—No va a ir.

—¿Quién y a dónde?

—A la cena. Missy.

Él se tensó levantando la cabeza y fulminándola con esos ojos verdes que harían suspirar a la más pintada. A todos menos a Missy que pasaba de todo. —¿Qué has dicho?

—Que no va. Que tiene mucho trabajo y que te busques a una de esas rubias oxigenadas con las que quedas.

—Son rubias naturales —dijo entre dientes.

—Ja. —La fulminó con la mirada. —Bueno, yo ya he dado el recado.

Él se levantó furioso mirando la pared. —¡Necesitamos aquí una puerta!

—Eso mismo me he dicho yo muchas veces.

—¡Qué lo hagan!

—Sí, jefe. —Le siguió casi corriendo para no perderse nada y Julie Anne la miró interrogante.

Ella susurró —Luego te cuento.

Corrió tras él para ver como entraba en su despacho como una tromba. —¡Melissa!

Suspiró pasando la hoja. —¿Si?

—¿Qué es eso de que no vas a la cena?

—No seas pesado.

Consuela reprimió la risa al ver que hervía de furia, pero disimuló cuando la miró como si quisiera matar a alguien. Puso cara inocente y él gruñó antes de centrarse en la jefa. —¡No puedes volver a dejarme plantado!

—¿No? ¿Por qué? —Cogió un lápiz y puso un interrogante en lo que estaba leyendo.

—Melissa, ¿quieres hacerme caso?

Bufó como si fuera muy pesado antes de mirarle con sus preciosos ojos. —¿Y bien?

—¡Tienes que asistir a esa cena! ¡Y punto!

—¿Por qué?

—¡Porque lo digo yo! —Salió del despacho cerrando de un portazo y ambas se miraron.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó ilusionada—. Es vuestra primera cita.

—¿Pero qué dices? No es una cita. —Miró los papeles de nuevo. —¡Consuela, tengo que acabar esto antes de ese rollo al que tengo que ir, en lugar de irme a casa a darme el baño que me he ganado! ¿No tienes nada que hacer? —De repente la miró. —¿Y mi llamada a Abu Dabi?

Aquello era un desastre. ¡Missy era un desastre! Puede que como jefe de gestión fuera la leche y Calvert estuviera dando palmas con las orejas por todo el dinero que le hacía ganar, pero como mujer... Un auténtico desastre. Dándose por vencida salió del despacho y Melissa cuando se quedó sola gimió dejando caer la frente sobre los papeles que estaba leyendo. Mierda, esperaba librarse también esa vez, pero al parecer estaba demasiado cabreado como para aceptar que tenía mucho trabajo. Claro que era la sexta vez que se lo decía y en algún momento no iba a colar. Pero es que no quería pasar más tiempo con él del necesario. Ya bastante tenía con verle en el despacho, hablar con él, escucharle en las juntas demostrando lo inteligente que era, verle comer de vez en cuando, que era cuando se empeñaba en invitarla a comer... Aquello era una tortura, porque ver como su nuez subía y bajaba cada vez que tragaba, le provocaba una descarga en el vientre que la dejaba sin aliento. Y ya no era capaz de razonar en los siguientes diez minutos.

A ver si surgía una crisis internacional y tenía que irse con urgencia a Egipto o por ahí. Lo bastante lejos para salir de su órbita porque estaba empezando a preocuparse de veras con lo que sentía cuando estaba a su lado. Cita. Qué cosa más absurda. Era su empleada y entre ellos jamás podría haber nada más. Además, ni loca se le pasaba a ella por la cabeza tirarle los tejos. Después de lo que había ocurrido en el pasado él jamás pensaría en eso. ¿O sí? Se levantó rodeando su escritorio y fue hasta el despacho de Consuela que sonrió. —¿Por qué crees que es una cita?

—¿Por qué tú no?

—Porque es una cena de trabajo.

—Es una gala de recaudación de fondos. Habrá cena, baile... —La miró maliciosa. —Y después de unas copitas de champán... Tirirí

—¿Tirirí? —Se puso como un tomate negando con la cabeza. —Tirirí no.

Consuela perdió la sonrisa poco a poco. —¿Por qué no?

—¡Porque no! —Entró en su despacho dando un portazo y Consuela escuchó que gritaba —¡Y no voy a la cena!

Abrió los ojos como platos reteniendo el aliento esperando su respuesta que no tardó en llegar porque su jefe abrió la puerta como si fuera a la guerra. Entró en su despacho dando otro portazo y Consuela pulsó el botón del intercomunicador para no perderse nada.

Calvert la miró fijamente y se detuvo en seco al ver que le miraba de pie detrás de su mesa casi con miedo y eso le dejó en shock haciéndole perder el enfado de golpe. —¿Qué ocurre?

—Nada. —A toda prisa se sentó en su sitio sintiéndose segura y gritó —¡Consuela, la llamada a Abu Dabi! ¿Sabes? Creo que voy a tener que ir hasta allí. Preveo problemas con el oleoducto. Sí, mejor me voy esta noche para atajarlos cuanto antes.

Calvert frunció el ceño acercándose. —Para no asistir a la cena.

—No, claro que no. No iba a ir igual —dijo poniéndose chula—. ¡Mi trabajo es ser jefa de

gestión! ¡No ir a cenas y hacer el idiota! ¡Ahí no subo beneficios!

—Tu trabajo como jefa de gestión también es acompañarme a este tipo de actos y relacionarte con posibles clientes.

—¡Ese es tu trabajo! —dijo indignada.

—¡Tu trabajo es hacer lo que yo te diga!

—Pues no voy a ir. Despídeme.

Se cruzó de brazos encabezada y él gruñó dando otro paso hacia ella. —Te estás comportando como una niña.

—¡Es que tú eres muy adulto para mí!

—¿Es una indirecta?

Se sonrojó sin darse cuenta. —¿Qué quieres decir?

Él se señaló mirándola mosqueado. —¿Te atraigo? ¿Por eso no quieres venir a la cena? ¿Te doy miedo?

—¿Pero qué dices, capullo? —preguntó indignada levantándose.

—Sí, ahora recurre al insulto.

—¡Es que solo dices estupideces! ¡No soy como esas secretarias que echas cada poco porque te tiran los tejos! ¡No te confundas!

—¿Entonces qué te da miedo?

Jadeó indignada. —¡Largo de mi despacho!

—¡Es mi despacho como todo el maldito edificio! —gritó furioso—. ¡E irás a la cena si mañana quieres sentarte en esa silla!

—¡No puedes hacer eso! ¡Todavía no he terminado mi trabajo!

—¡Pues ya sabes que tienes que hacer! ¡Te recojo a las siete y más te vale que estés lista!

Impotente chilló —¡Yo no le tengo miedo a nada, imbécil! ¡Dejé de tener miedo cuando me removieron las entrañas y me vi la cara en el espejo por lo que tú habías hecho!

Calvert se detuvo ante la puerta tensando la espalda con fuerza. A Melissa se le cortó el aliento porque ni sabía por qué le había atacado y se le quedó mirando mientras se daba la vuelta lentamente. —Nena, estás perdiendo los nervios. Sobre todo porque después de leer los informes sabes que es mentira.

Sus ojos color miel se llenaron de lágrimas. —Los informes mienten.

—¿Mienten o tienen que mentir? —preguntó mirándola a los ojos—. ¿No cumplen tus expectativas después de diez años esperando encontrar algo para hincarme el diente? ¿Te crees que soy idiota? Lo supe desde el principio. ¡Sabía lo que te proponías desde el principio!

—¿Estás reconociendo que cambiaste los informes para intentar engañarme?

La miró con desprecio cogiendo el pomo de la puerta. —Estás despedida. Has cumplido con tu objetivo con creces en el tiempo que llevas aquí. La deuda de Linthwaite ha quedado saldada. Pero adviérteles que no lo pasaré por alto de nuevo. Esto se acabó. Ocurrió hace diez años y la empresa pagó lo que se estipuló. Si no te gusta lo siento, pero como bien sabes se toman decisiones de este tipo todos los días y no puedo volver la vista atrás para arrepentirme de lo que he hecho porque dentro de unos minutos tendré que tomar la siguiente decisión. Siento que sufrieras, Melissa. Siento que tu padre muriera, pero la empresa no fue responsable y tendrás que aceptarlo. Si no lo haces lo siento por ti, porque no seguirás amargada los próximos diez años buscando fantasmas donde no existen, seguirás así el resto de tu vida.

Salió del despacho dejándola helada y miró aquella puerta con un nudo en la garganta antes de que un gemido de dolor escapara de ella. Se abrazó con fuerza y sin darse cuenta de que temblaba

se dejó caer de rodillas sobre el suelo mientras sollozaba. No podía ser. No podía haber perdido diez años de su vida en una venganza absurda que era mentira. Cuando había leído los informes no se lo podía creer y se dijo que tenía que haber algo más. Algo que le diera sentido a los diez años de sacrificio para llegar hasta allí. Pero no lo había y en ese momento se había dado cuenta al ver la mirada sincera de Calvert al decirle que en ese negocio se tomaban decisiones. Pero no podía ser, no podía quedar así después de todo lo que había sufrido. De todo lo que había sacrificado. Gimió de dolor cerrando los ojos sin notar como las lágrimas corrían por sus mejillas. Y ahora todo había acabado. Al fin había acabado. Con los ojos cerrados sintió alivio antes de perder el sentido cayendo sobre el frío suelo de mármol.

Se despertó cuando la subían a la camilla y Consuela llorando la cogía de la mano. —¿Qué ha pasado?

—Nada. Enseguida te pondrás bien.

Mareada miró a su alrededor para escuchar a Calvert gritando a las secretarias que volvieran a su trabajo antes de acercarse. —¿La llevan al Lennox?

—Sí.

Calvert la miró a los ojos. —Es agotamiento. Lo veía venir. Te vemos en el hospital.

Apartó la mirada sin poder evitarlo avergonzada por su conducta y susurró —No tienes por qué venir.

Empujaron la camilla sacándola del despacho y cerró los ojos para no ver las miradas curiosas de las secretarias. Las mismas miradas que tuvo que soportar cuando salió del hospital hacía tantos años preguntándose como había sobrevivido después de todo lo que le había pasado. No volvió a abrir los ojos hasta que le dijeron a Consuela que no podía acompañarla. Miró a su amiga que besó su mano. —Te veré allí.

—Quiero volver a casa —dijo emocionada.

—Lo haremos en cuanto te repongas, ya verás. —Soltó su mano mientras la subían a la ambulancia y agachó la mirada cuando vio a Calvert observándola. —¡Te veo allí! —dijo su amiga forzando una sonrisa—. Te pondrás bien.

Tras horas de estar en el box sentada en aquella camilla con unas ganas horribles de irse, se abrió la cortina al fin, y una doctora que debía tener más o menos su edad y que la había atendido cuando llegó por urgencias, entró con una Tablet en la mano.

—Por fin —dijo exasperada.

—Sí, ya me he dado cuenta de que estabas impaciente las tres veces que he venido. —Divertida se sentó a su lado y Melissa levantó una ceja interrogante. —Al parecer no te has cuidado como deberías, ¿no es cierto?

Se miró las manos y acarició sin darse cuenta la cicatriz de su mano. —¿Qué pasa ahora?

—Estabas deshidratada. Sabes que debes beber dos litros de agua al día y...

—Sí, sí. ¿Puedo irme?

—Hablo en serio, Melissa. Solo tienes un riñón y puedes mantener una vida normal si te cuidas un poco. Según me han dicho te excedes trabajando y no comes equilibradamente. Debes ayudar a tu riñón a que tenga una función normal y... —Bufó como si fuera una pesada y la chica se tensó. —Entiendo. Te importa una mierda.

La miró a los ojos. —Mira, entiendo que es tu trabajo advertirme, pero es mi vida y hace diez años nadie daba un dólar por ella cuando entré en el hospital. He conseguido sobrevivir. La vida me ha enseñado que cuando te llega el momento te puede pillar en cualquier sitio o condición, así que perdona si no me lo tomó tan en serio como tú porque cuando casi me voy al otro lado estaba

sana como una manzana. Pienso seguir llevando la vida que a mí me dé la gana y cuando me llegue el momento, lo único que quiero es no arrepentirme de no haber hecho lo que tenía que hacer. Pienso seguir comiendo lo que me dé la gana y pienso beber alcohol si es mi cumpleaños. Pienso seguir trabajando en lo que me gusta las horas que se me antoje y pienso salir a correr cuando quiera desestresarme sin preocuparme por si me deshidrato o no.

La doctora sonrió. —En las pruebas el riñón está bien.

—Pues es una buena noticia, ¿no? Deje de ser tan pesimista.

Rió divertida levantándose de la camilla. —Enseguida te traerán el alta.

—Perfecto. ¿Me puedo vestir?

—Sí.

—¿Y puede entrar Consuela? Estará preocupada.

—Haré que la avisen. Pero bebe dos litros de agua al día.

Sonrió viéndola salir e impaciente fue hasta la ropa que estaba sobre una silla. Se quitó la bata y se puso las braguitas blancas de encaje antes de fruncir el ceño porque allí no estaba el sujetador. Se agachó para mirar debajo de la silla, pero allí tampoco estaba, así que levantó su traje pieza por pieza buscándolo. Jadeó asombrada mirando a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿No se lo habrían robado? Volvió a coger la ropa y la sacudió pieza por pieza antes de volver a agacharse cuando la cortina se abrió.

—Consuela, no te lo vas a creer. ¡Me han mangado el sujetador! —Se incorporó poniendo los brazos en jarras antes de volverse y chilló del susto al ver que Calvert estaba tras ella mirándola de arriba abajo sin cortarse. —¿Qué haces aquí? —Intentó cubrirse los pechos. —¡No mires!

Chasqueó la lengua mirando la cicatriz del lado izquierdo del abdomen. Se quedó sin aliento cuando sus ojos llegaron a la cicatriz de su cintura y cogiéndola por la cadera la volvió lentamente para ver donde terminaba. —¿Sabes, nena? Viéndote vestida y trabajando se me olvida que estuviste a punto de morir. —Levantó la vista hasta sus ojos muy tenso. —Pero te juro que ya no va a olvidárseme de nuevo.

Parpadeó intentando ignorar las manos que aún la tocaban. —Pues muy bien. ¿Consuela?

—Se había ido por un café unos segundos antes de que nos llamaran.

—No te llamaron a ti.

—Pero aproveché la ocasión —dijo mirando sus labios. Incómoda intentó dar un paso atrás, pero él no la soltó.

—¿Qué haces?

—Es que me acabo de dar cuenta de un montón de cosas.

—¿No me digas? —siseó intentando soltarse, pero no poder apartar las manos de sus pechos se lo ponía difícil—. ¿Me sueltas?

Las yemas de sus dedos rozaron su piel sobresaltándola y le miró con los ojos como platos sin saber cómo reaccionar, sin perder de vista sus labios que estaban increíblemente cerca. —Me acabo de dar cuenta de que no quiero que dejes el trabajo. Ese puesto es tuyo, preciosa. Te lo has ganado.

Mareada por su after-shave empezó a sentir que su corazón latía con fuerza casi sin entender lo que le decía. —Pero a partir de ahora te lo tomarás con más calma. —Sus manos subieron por su cintura estremeciéndola sin darse cuenta. —¿Tienes frío? Deberías vestirte —dijo con la voz ronca alterándola aún más.

En ese momento se abrió la cortina y Consuela se detuvo en seco poniéndose como un tomate. —Uy, perdón.

Calvert se alejó de inmediato sentándose en la camilla. —Creo que tu amiga necesita ayuda para vestirse.

—Sí, sí, claro. —Después de cerrar se acercó a ella de inmediato. —Déjame que te ayude.

Confundida miró sin ver a su alrededor. —No tengo el sujetador —logró farfullar.

—No pasa nada. —Cogió su blusa poniéndose ante ella y la ayudó a ponérsela. —¿Estás bien?

—Sí, sí.

—Quiero que te tomes unos días libres. El lunes puedes regresar al trabajo.

Le miró sorprendida mientras su amiga le subía la falda del traje por las piernas. —Pero...

—Como te acabo de decir te has ganado el puesto y ya no quiero prescindir de ti. —Miró su reloj de platino. —Joder, tengo que irme a la cena. Consuela encárgate tú.

—Por supuesto, jefe.

Salió a toda prisa y Melissa sintió que había pasado un huracán por allí dejándolo todo patas arriba. —Uy, uy, aquí hay tomate.

Se sonrojó sin poder evitarlo. —Qué va.

—¿Qué va? Parecía que quería comerte entera, guapa.

Muerta de vergüenza y sin saber qué pensar cogió la chaqueta del traje y se la puso sin mirarla. Consuela frunció el ceño. —No tienes que avergonzarte, ¿sabes?

—No sé de qué me hablas.

—No estás traicionando a tu padre porque te guste Calvert.

Sus preciosos ojos se cuajaron de lágrimas antes de susurrar —Sí que le estoy traicionando. Les estoy traicionando a todos. Hay algo en mí que no está bien. Debería odiarle.

—Le has conocido y te has dado cuenta de que no es el diablo que te habías imaginado. Es un hombre de carne y hueso que tomó una decisión. El dolor puede que nos haya hecho ver cosas donde no las había. Has leído los informes de la explosión como yo. Mathews fue el responsable al irse al baño sin avisar a ninguno de sus compañeros y cuando llegó ya no se podía hacer nada por salvar la planta.

Tomó aire levantando la barbilla. —Ahora no quiero hablar de esto.

Consuela asintió. —Estos días de descanso te van a venir muy bien, ya verás. ¿Te vas a ir a Linthwaite?

Negó con la cabeza. —No quiero pensar en nada. Solo quiero eso.

Su amiga la vio salir del box y apretó los labios pensando que se había cargado sobre los hombros la responsabilidad de demasiada gente cuando ella había sufrido mucho más que los demás. Entonces tuvo una idea siguiéndola y la encontró cogiendo unos papeles en el mostrador donde estaba su doctora. —Y bebe...

—Dos litros de agua al día —dijo como si fuera un disco rayado haciéndola reír.

Cuando se volvió le espetó —¡Ya lo tengo!

—¿El qué?

—¿Recuerdas a ese con el que salí que tenía una casa en New Jersey?

—¿David?

—No, se llamaba Paul.

—No sé, son tantos.

—Oye mona que tampoco son tantos. —Melissa arqueó una ceja. —¡Es que comparada contigo parezco un pendón!

—Al grano —dijo caminando hacia la puerta.

—Pues su madre tiene una casita de huéspedes en una zona preciosa. ¿Quieres que te reserve

una habitación para estos días?

Se detuvo en seco mirándola. —¿En New Jersey?

—Tranquilidad, campo...

—¡Y un frío que pela que estamos en noviembre!

—¡Pues llévate un jersey! Paz y tranquilidad.

—Aburrimiento.

—Al parecer tienes muchas cosas que hacer como montar en bici.

Levantó un brazo para llamar a un taxi. —Todo un plan. ¡Montar en bici yo sola por los campos de New Jersey con un frío que pela!

—¿Quieres algo más sofisticado?

—Quiero tirarme en mi sofá que todavía está sin estrenar, el pobre. —Se subió al taxi y Consuela gruñó entrando tras ella. Al ver que iba a insistir le dijo —Déjalo ya, ¿quieres? Me quedaré en casa.

—Para trabajar a escondidas. Ya te quitaré yo el portátil.

Giró la cabeza exasperada. —No lo vas a dejar, ¿verdad?

—O a casa o a New Jersey. Tú verás o no te dejaré en paz.

—Está bien. Reserva en ese sitio y más te vale que sea bueno.

Sonrió de oreja a oreja. —Te va a encantar, ya verás.

Capítulo 6

Mirando la casita de cuento, dejó caer la mandíbula porque hasta tenían cervatillos de porcelana en el enorme jardín lleno de arbustos recortados como conejitos. Miró la casa de nuevo estirando el cuello por encima del volante para ver su tejado de madera en pico como las casas de alta montaña, antes de bajar la vista por las ventanas de colores en sus tres pisos, hasta llegar al porche que tenía muebles rústicos de madera de lo más bucólico. Había entrado en otra dimensión y en cualquier momento saldría la bruja de Blancanieves para darle una manzana. Cuando la puerta se abrió y una ancianita de pelo blanco con delantal de flores le sonrió desde allí, se dijo que iba a matar a Consuela cuando le pusiera la mano encima. Aquella tenía pinta de hablar por los codos. Los pillaba a la legua después de haberse criado en Linthwaite. Gruñó abriendo la puerta del coche de alquiler y forzó una sonrisa saliendo del vehículo.

—Tú debes ser Missy.

—Sí, esa soy yo.

—Has tenido mucha suerte, este fin de semana normalmente lo tenemos lleno.

—¿Suerte? —Miró el aparcamiento que estaba vacío. —¿Pero hay alguien más?

—No, todavía. El fin de semana habrá más gente —dijo como si fuera lenta antes de sonreír de oreja a oreja—. Yo te cuidaré.

Estaba de lo más confundida. —¿Usted es la madre de Paul?

Se echó a reír. —No, soy su abuela. Mi hija vive ahora en Nueva York con su futuro marido.

—Ah, que se va a casar.

—Aquí le conocí y el amor hizo de las tuyas como siempre.

—¿Cómo que como siempre?

—Oh, es que ya se me han casado treinta y dos parejas.

—¿En cuántos años? —preguntó distraída mirando la casita.

—En treinta y dos.

Miró a la mujer a los ojos que eran de un profundo color azul. —¿Ha casado a una pareja por año?

Sonrió orgullosa. —Pues sí. —Mostró la casita. —Es la casa del amor.

Ahora sí que mataba a Consuela. Subió el primer escalón de madera. —La casa del amor.

—Sí, así la publicito en internet —dijo la abuelita dejándola de piedra—. Y no es que lo haga a propósito, pero cada vez tengo más solteros buscando pareja.

—Yo solo vengo a descansar. —La mujer se echó a reír al darse cuenta de que estaba a punto de salir corriendo.

—Sí, también tengo de esos. Tranquila. Nadie te molestará si tú no quieres.

—No, no quiero. Quiero estar sola y disfrutar... —Gruñó mirando a su alrededor. —De lo que sea que se hace por aquí.

—Perfecto. Pues a cocinar. Estarás hambrienta.

¿Cómo que a cocinar? ¿Y para qué pagaba? Asombrada vio que la mujer se metía en casa y que gritaba —¡Sube la maleta a la tercera habitación del primer piso a la derecha! Te va a encantar. ¡Es la suite nupcial! ¡Una gran cama para ti sola! Después baja a la cocina. Tenemos mucho que

hacer.

Aquella ancianita era un sargento en toda regla. —Si estoy aquí para descansar —dijo por lo bajo yendo hacia el coche de nuevo para sacar la maleta del portaequipajes.

Cuando entró en la casa encontró lo que se imaginaba. Cuadros bucólicos por las paredes empapeladas de flores y una escalera de madera con la barandilla labrada con pajaritos. Aquello era el hotel más surrealista que había visto nunca y eso que había visto un montón. Tiró de su maleta al piso de arriba deslomándose. —Claro, cómo va a haber ascensor. En la casa de Blancanieves no hay ascensor. ¿Dónde están los puñeteros enanitos para que me lleven las maletas? ¿Tengo que cantar para que aparezcan? —Juró por lo bajo tirando de la maleta en el último escalón. —Esto es genial para que te reviente el otro riñón.

Tiró de su maleta por el pasillo y se detuvo en seco al ver un tío guapísimo en un cuadro. Ahora ya estaría criando malvas, pero en su momento era casi tan guapo como Calvert. Frunció el ceño al ver su cabello rubio y su porte. Sí, se parecía bastante. Aunque su jefe era... Dios, como era. Recordando cómo la había tocado se le erizaba toda la piel del cuerpo. Mejor lo dejaba porque había ido allí a descansar y no a pensar tonterías. Porque eran tonterías. Entre ellos jamás podría haber nada que no fuera... trabajo y rencor. Muy bien, ahora que tenía las ideas claras después de alejarse de él, estaba preparada para soportar esos días de absoluto aburrimiento. Abrió la puerta de la habitación y no le sorprendió ver un enorme cabecero que casi llegaba al techo, tapizado de flores a juego con el edredón. Dejó la maleta en el medio de la habitación y sintió que faltaba algo. Miró a un lado y al otro pensando en qué era. Estaba la cama, un armario antiguo que relucía de todo lo que se había pulido, un tocador, hasta había una palangana de porcelana a juego con una enorme jarra. Entonces jadeó llevándose la mano al pecho volviéndose una y otra vez. ¡No había televisión! ¿Qué iba a hacer allí cinco días sin ordenador ni televisión? ¡Aquello era el infierno!

Sacó su móvil del bolso a toda prisa llamando a Consuela, pero no había cobertura. ¡Ni podía desahogarse poniéndola verde! ¿Cómo no iba a haber cobertura? Estaban en New Jersey no en Laponia. Movié el móvil de un lado a otro.

—Missy querida, ¿estás bien? ¿No te habrás desmayado de nuevo?

—Estoy bien.

—Llámame Dorothy, querida.

—Como no. Tenía que llamarse así.

Tiró el móvil sobre la cama y se estiró el grueso jersey rojo que llevaba. —Eres una dura texana. Puedes con la ancianita y con veinte ancianitas como ella. Por Dios, si eres la jefa de casi cuatro mil tipos llenos de músculos. Esto no es nada.

La madre que trajo a la ancianita y a toda su estirpe, pensó agotada horas después dejándose caer en la enorme cama boca abajo sin desvestirse siquiera. Cuando el colchón empezó a tragarla chilló del susto dándose la vuelta, viéndose rodeada del grueso edredón con el culo casi en el suelo solo sujeto por los muelles del somier. Aquello no estaba pasando. Se dejó caer de espaldas con los brazos en cruz pensando que esa noche si podía dormir, soñaría con las veinte bandejas de galletas que aquella bruja le había obligado hacer para que se entretuviera después de comer. No había hecho tantas galletas ni cuando había sido girl scout con diez años y tenía que venderlas por las casas de los vecinos. Le había preguntado para quién eran y como si fuera tonta le explicó que eran para los que irían el fin de semana. Estupendo, estaba trabajando para que la vieja tuviera suministros en lugar de comprar galletas en el supermercado. Ah, no... se largaba a la mañana siguiente porque en lugar de relajarse se estaba encabronando.

A la mañana siguiente bajó con la maleta loca de contenta porque volvía a la gran ciudad. Entró en la cocina donde Dorothy estaba haciendo el desayuno mientras cantaba.

—Buenos días.

—Oh, que rápido te has levantado.

Con el colchón que tenía a ella no le extrañaba nada. Casi ni había pegado ojo con miedo a morir ahogada entre tanto edredón. Forzó una sonrisa intentando ser educada. —Estoy acostumbrada a dormir poco.

—Eso no es bueno. Hay que dormir ocho horas. Aquí tienes el desayuno.

Asombrada vio que le ponía un cuenco de fruta y un yogurt. —¿No hay otra...?

—No —respondió tajante—. Debes cuidar tu dieta.

Ahora entendía las dos ensaladas que le había dado para comer y para cenar. Estaba muerta de hambre. Iba a matar a Consuela. Estaba decidido. —Puedo comer de todo.

—Sí, claro... eso decís todos. Hala, a comer que luego vamos a...

—Tengo que irme.

Dorothy sonrió inocente uniendo sus manitas ante el delantal. —¿No me digas?

—Pues sí. Me he dado cuenta de que no he hecho un trabajo muy pero que muy importante... Por supuesto le pagaré todos los días que había reservado.

—Eso no va a poder ser.

—¿Cómo?

—No tienes coche. ¿Cómo vas a caminar treinta kilómetros hasta la ciudad más cercana?

Rió sin ganas. —Claro que tengo coche. ¿Recuerda? Ayer vine en mi coche. —Se acercó a la ventana de la cocina y lo señaló. —¿Ve? Está... —Se volvió perdiendo el habla al ver el aparcamiento vacío y apoyándose en la pila estiró el cuello hacia la derecha sin poder creérselo. —¿Dónde coño está mi coche?

—Uy, qué lenguaje. —Chasqueó la lengua negando con la cabeza. —Ayer por la noche vinieron a buscarlo.

—¿Me han robado el coche? —preguntó asombrada—. ¿Por aquí hay chorizos?

—No, no te lo han robado. Vinieron a buscarlo de la empresa de alquiler. —Se encogió de hombros. —Al parecer lo necesitaban.

—¡Y yo también! ¡Y pagué por él! —Aquello no estaba pasando. —¿Y de dónde sacaron las llaves?

—Entré en tu habitación para buscarlas. Pobrecita, estabas tan agotada que ni te despertaste cuando entré. Ni siquiera te habías desvestido. ¿Ves cómo necesitas un descanso? —Sonrió como si fuera una nieta rebelde. —Ya me encargaré yo de que lo hagas.

—Necesito un teléfono.

—Las líneas no funcionan.

—¿Cómo que no funcionan? ¿Y si la llaman por una reserva?

—Ya está todo completo para el fin de semana. —Se encogió de hombros como si le diera igual. El martes vendrán a revisarlas.

No se creía ni una palabra. Aquello era cosa de su recién estrenada enemiga Consuela. Se la había jugado, pero bien. Puso las manos en jarras. —Muy bien. Caminaré.

—Va a llover.

—¡Ni un tifón va a detenerme!

Dorothy se enderezó entrecerrando los ojos. —Vale, pero desayuna primero.

Miró el cuenco de fruta y se dijo que necesitaba energías si había treinta kilómetros hasta la

ciudad. Y le daba que la vieja no mentía porque para llegar hasta allí no se había topado con nada en un buen trecho. Mirandola con desconfianza se sentó a la mesa y empezó a comer en silencio. Estaba acabando el último pedazo de manzana cuando se puso a llover con fuerza. —Vaya, ya ha empezado. Pensaba que tendríamos más tiempo para arreglar el jardín.

Menuda explotadora era la ancianita. —Sí, es una pena.

—Pero no importa. Tenemos tarea en el salón.

—¿No me diga? Pero es que yo me voy.

—¿Y qué cojas una pulmonía? No puedo permitirlo con lo delicada que estás.

Sonrió irónica. —No hace falta que se preocupe por mí. —Se levantó y fue hasta su maleta. Mejor la dejaba porque pesaba bastante. Ya haría que alguien la recogiera. Cogió su bolso y se puso el abrigo.

—¿Estás segura de que quieres irte? —preguntó la mujer con pena.

No, no. No dejes que los remordimientos te ganen la partida. —Es que tengo que hacer ese trabajo y es muy importante.

—Pero tu jefe lo entenderá. Quiere que descanses.

Abriendo la puerta se detuvo en seco volviendo la cabeza para mirarla. —¿Mi jefe?

Dorothy sonrió. —Muy agradable. Quiere que te cuides y no hagas nada que tenga que ver con el trabajo. Me lo ha dicho él mismo, ¿sabes?

Mierda, la había pillado. —¿Ha hablado con mi jefe?

—Sí, ya te lo he dicho. —Se acercó a ella y con una mano empujó la puerta antes de cerrarla con pestillo. Aquello se estaba empezando a parecer mucho a la loca de Misery. —Hace algo de frío. Mejor nos vamos al salón a bordar un poco.

¿Bordar? ¡No lo había hecho en la vida! —Yo no bordo.

—Claro que sí. Ya verás como te relaja mucho. Ven conmigo.

Capítulo 7

El viernes por la noche antes de la cena escuchó un coche y casi se tira a la ventana para pedir ayuda tirando el bordado del pajarito sobre el sofá. Dorothy salió de la cocina. —Oh, ha llegado.

—¿Quién?

—Otro de mis huéspedes. Ya estamos completos.

Asombrada la miró levantándose del sofá. —¿Solo alquila dos habitaciones?

—Este fin de semana sí. Lo ha reservado todo para estar tranquilo. —Le guiñó un ojo. —Lo vais a pasar genial, ya verás. —Abrió la puerta y Melissa dejó caer la mandíbula al ver a Calvert al otro lado vestido en vaqueros y un grueso jersey azul. —Tu jefe también quiere descansar un poco. ¿A que es maravilloso? Así podréis hablar de vuestras cosas.

Calvert entró en la casa y se acercó a una atónita Melissa para besarla en la mejilla. —¿Cómo estás? Te veo bien.

—¿Qué haces aquí? —preguntó reaccionando.

—Consuela me lo ha recomendado. Al parecer aquí se respira paz y felicidad. Lo necesitaba. —Le fulminó con la mirada haciéndole reprimir una sonrisa. —¿Cómo se ha portado, señora Stuart?

—Oh, es algo rebelde, pero he sabido dominarla.

—No esperaba menos.

—Y llámame Dorothy, Calvert. ¿Tienes hambre? Seguro que estarás hambriento después del viaje. Te he preparado un asado con el que te vas a chupar los dedos.

—Estoy deseando probarlo.

Iba a seguirla, pero Melissa le agarró por el brazo siseando —Sácame de aquí.

—Estoy hambriento.

—Te lo advierto, como no me saques de aquí de inmediato, pienso dedicar mi vida a amargar la tuya.

Riendo fue hasta la cocina sin hacerle ni caso. Melissa salió de la casa saltando los escalones e intentó abrir la puerta del coche, pero estaba cerrada. Frustrada golpeó la ventanilla con ambas manos.

—Al parecer no te has relajado mucho.

Furiosa se volvió y se acercó en pocas zancadas. —Dame las llaves.

—Ni de broma.

—Como no nos vayamos ahora, no dejaré que nos vayamos —susurró mirando hacia la puerta.

—¿Quién? ¿Esa mujer? —preguntó divertido—. Te veo un poco paranoica.

—¿Paranoica? Me ha secuestrado —dijo entre dientes.

—No exageres.

—No estoy exagerando, te lo juro. Al principio me lo tragué, pero ahora estoy segura de que me ha robado el coche para que no pueda irme y cuando intenté hacerlo me encerró en la casa. Llevo días sin salir y desapareció mi bolso con el móvil y el dinero cuando estaba comiendo el segundo día. Y solo me da ensaladas y fruta para comer.

—Nena, tu amiga le dijo que tenías que cuidarte. Solo intenta que comas mejor y descansas.

—No, aquí hay algo más, te lo juro.

—Vamos a cenar. Estoy agotado y muerto de hambre. Hablaremos de esto después, ¿vale?

—No, no lo entiendes. Pasaré algo y no podremos irnos —dijo mirando hacia la puerta tensándose cuando Dorothy salió con su sonrisa en la cara como la dulce ancianita que aparentaba ser.

—La cena se enfría.

—Perdone Dorothy —dijo él sonriendo como todo un caballero—. Nos hemos distraído hablando.

Ella sonrió. —Eso está muy bien. La niña ha estado muy callada todo el día. Pero podéis hacerlo en la cena. Vamos, vamos... El asado no espera.

—No me hagas rogarte —dijo ya sin importarle que ella la escuchara.

Calvert confundido miró a la mujer. —Enseguida vamos.

Ella soltó una risita como si fueran enamorados que querían estar solos. Calvert la observó entrar en la casa y la miró muy serio. —Melissa estás exagerando. ¿Es que se te está yendo la cabeza? ¡Es una anciana!

Le señaló con el dedo. —¡Cómo no podamos irnos, te juro que te capto, idiota!

—¿Quieres controlarte? ¡Vamos a cenar que me estás poniendo de los nervios! ¡Encima que he venido a ver cómo estabas!

Se le cortó el aliento viéndole entrar en la casa y sin poder evitarlo sonrió porque al parecer se preocupaba por ella. ¿Qué otra razón podía haber para ir hasta allí sino? Subió los escalones y entró en la casa cerrando la puerta. Caminó hasta la cocina mientras la mujer parlotaba que habían tenido un tiempo malísimo, pero que afortunadamente mejoraba el fin de semana. Calvert bebió de la boquilla de su cerveza mirando de reojo como se sentaba a su izquierda. Dorothy puso una enorme ensalada en la mesa y se sentó frente a ella. —Seguro que va a hacer un tiempo estupendo. ¿Cortas el asado, Calvert? Cuando vivía mi marido siempre lo cortaba él.

—Por supuesto.

Cortó una rodaja e iba a ponérsela a Melissa en el plato cuando Dorothy negó con la cabeza. —No. Ella no debe comer mucha carne. Debe tener pocas toxinas para que su riñón trabaje desahogadamente.

Calvert la miró sorprendido. —Pero está bien. Los análisis...

—Paparruchas. —Le arrebató el cuchillo y el tenedor donde tenía la tajada de carne y se la tiró en el plato. —Pero tú come lo que quieras. Eres un hombretón y necesitas alimentarte. —Ni corta ni perezosa le sirvió tres tajadas de carne y puré de patata con guisantes. Calvert miró el plato de Melissa que se sirvió ensalada y guisantes porque sabía que no la dejaría comer nada más. Y para demostrárselo alargó la mano hasta la cuchara del puré de patatas. —Ah, no. Y de noche menos. Después un yogurt y ya verás que bien duermes toda la noche.

Apartó la mano mirando a Calvert a los ojos que frunció el ceño. —Creo que si su médico considera que solo debe beber dos litros de agua... ¿Por qué no come normal? Mientras coma equilibrado no hay problema.

Dorothy levantó ambas cejas perdiendo la sonrisa de golpe. —¿Me estás contradiciendo en mi propia casa?

A Melissa se le cortó el aliento cuando vio como empuñaba el cuchillo. —No, claro que no —respondió ella rápidamente, cogiendo asustada el antebrazo de Calvert—. ¿Verdad que no?

—No, por supuesto. Es que estoy algo sorprendido, eso es todo. En Nueva York no hace más que comer comida rápida en el despacho y...

—Por eso necesita cuidarse. —Levantó la barbilla. —Lo que yo decía. Ahora a comer que se enfría.

Calvert muy tenso la miró cogiendo el tenedor. —Creo que por la mañana deberíamos irnos. El domingo nos vamos a Abu Dabi.

—Oh, ¿pero os vais a ir antes de tiempo? Tenéis reservado hasta el domingo.

—Ha surgido un problema en la empresa y la necesito. Tenemos vuelo para el domingo al mediodía.

—¿Qué problema? ¿Qué problema puede haber más importante que la salud de Melissa? —preguntó alterada—. ¡Aquí está bien cuidada!

—Eso ya lo veo, pero tenemos trabajo. A partir de ahora la cuidaré yo. Gracias por su ayuda, Dorothy.

La mujer la miró cuando se escuchó un ladrido y gruñó levantándose. —Dichosos perros. Ya están dando la lata.

Calvert abrió los ojos de manera exagerada cuando salió de la cocina. —Te lo dije —susurró acercándose a él—. Vámonos de aquí.

—No pasará nada.

—Le falta un tornillo. No hace más que pedirme que limpie la casa y haga galletas. Hasta me ha hecho bordar y no lo consiguieron ni en Texas.

—Al parecer tiene carácter. —Le puso delante un pedazo de carne pinchado en su tenedor y ella no lo dudó metiéndoselo en la boca. Lo saboreó cerrando los ojos. Estaba buenísima. —Nena, si esa es la cara que tienes cuando algo te gusta no quiero imaginarme la que tienes cuando te corres.

Se atragantó tosiendo con fuerza y en ese momento entró Dorothy que empezó a darle palmadas en la espalda. —Oh, querida. ¿Qué ha sido? ¿Un trozo de zanahoria? —Asintió con lágrimas en los ojos. —Mañana la cortaré más pequeñita. Lo siento.

Melissa le fulminó con la mirada y él divertido se metió un pedazo de carne en la boca masticando con ganas. —Está buenísima, Dorothy.

—Gracias, a mi marido le gustaba mucho. —Sonrió de oreja a oreja. —Así que eres el jefe de nuestra Melissa. Está muy bien que tengáis esta relación tan estrecha.

—Es mi mejor empleada, tengo que cuidarla. No hay nadie más entregado que mi Melissa.

¿Su Melissa? Levantó las cejas interrogante.

—Supongo que estás soltero. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y seis.

—¿Y no tienes hijos?

—No —respondió divertido—. Pero no tardaré mucho.

—¿En serio? —preguntó Melissa sorprendida—. ¿Alguna de tus rubias te va a hacer padre?

—Sí, eso tengo previsto.

Se quedó de piedra, aunque no lo entendía bien. Estaba convencido, pero no parecía un hecho. Igual estaba de muy poco todavía. Claro, era por eso. Si no Consuela se hubiera enterado por los cotilleos de la oficina. Revolvió la ensalada sobre el plato dándole vueltas. Era increíble. Seguro que alguna zorra había intentado cazarle y lo había conseguido. Sí, seguro que era eso porque sabía que no estaba enamorado de ninguna con las que había salido que ella hubiera visto. ¿Sería otra? Puede, las tenía a patadas. Bufó dejando caer el tenedor sobre el plato para coger el vaso de agua. Al ver que la miraban se sonrojó y dijo —Felicidades.

Calvert la miró divertido. —Gracias. Pero mi cumpleaños es dentro de cuatro meses.

—Has dicho que vas a ser padre.

—He dicho que lo tengo previsto. Próximamente.

Suspiró del alivio y sonrió. —Sí, es mejor que te pienses muy bien esas cosas. Son para toda la vida.

—Gracias por el consejo.

De repente se sintió genial y se metió una buena cantidad de ensalada en la boca. Dorothy parecía encantada. —Es muy buena noticia que quieras tener familia. Pero antes debes casarte.

—Si la convenzo, por mí perfecto.

Eso significaba que ya tenía a alguien en mente. Mierda. Pero bueno, ¿y a ella que le importaba? Como si en algún momento fuera a tener algo con él y no era así. No era así en absoluto. Lo que estaba entre ellos era un muro demasiado alto como para ignorarlo porque estaba pintado de rojo y tenía una gran señal de prohibido el paso. El pie de Calvert rozó el suyo y sin poder evitarlo le miró a los ojos. Él frunció el ceño como preguntándole qué ocurría y ella decidió ignorarlo para escuchar parlotear a Dorothy que no hacía más que hablar de su hija que estaba a punto de casarse. Ya había escuchado la historia veinte veces, así que no participó en la conversación. Cuando dijo que su hija iría vestida de beige detuvo el tenedor cerca de la boca. ¡Era mentira! ¡Hacía tres días le había dicho que iría de verde! A no ser que hubiera hablado con ella en esos días. ¡La muy bruja tenía teléfono! Y seguro que estaba en su habitación porque por la casa no lo había encontrado.

—Ahora puedes recoger, Melissa. Y servir el postre —dijo como si fuera la señora de la casa tensando a Calvert—. Ya verás como te gusta, es tarta de nuez. La favorita de mi marido.

—Tenía entendido que esto era una casa de huéspedes. —Calvert cogió su cerveza. —¿No tiene ayuda?

—Oh, los invitados siempre me echan una mano.

Tendría cara. Recogió los platos y los llevó hasta la pila sin perderla de vista. De esa chiflada no se fiaba un pelo y más con un cuchillo en la mano. Cogió los platos de postre y la tarta que estaba sobre la encimera. Dorothy sonrió. —Gracias, querida. Por portarte tan bien puedes comer un pedacito. ¿Qué se dice?

—Gracias.

Calvert estaba a punto de saltar de la silla y vio como tomaba aire por la nariz como si intentara calmarse. Ella alargó la mano cogiendo la suya para que no dijera nada y la miró apretando los labios como si se estuviera mordiendo la lengua.

—Calvert, ¿sabes que esta es la casa del amor? Se casa una pareja por año al parecer. Y se conocen aquí —dijo para cambiar de tema.

—Oh, sí. —Dorothy estaba orgullosa. —Treinta y dos parejas se han casado ya.

—¿No me diga, señora? —siseó intentando contenerse—. ¿Y su hija también le conoció aquí?

—Sí. Albert es un hombre estupendo, pero trabaja en Nueva York y es lógico que mi querida hija siga a su marido. —A Melissa le puso un trocito muy pequeño de tarta. Hizo una mueca porque no le daba para un bocado. —Además tiene que organizar la boda, es un hombre muy importante.

—¿En serio? Quizás le conozca. ¿Cómo se llama?

Le miró como si hubiera dicho algo horrible. —Seguro que no le conoces. Además, esa ciudad es muy grande.

—Pero conozco a mucha gente por mi trabajo.

A Melissa se le cortó el aliento porque parecía que no quería decir el nombre del prometido de

su hija. Es más, parecía que no sabía qué contestar y vio como poco a poco se ponía furiosa. — Dichosos perros.

—No les he oído —dijo Calvert mirándola fijamente.

—¿No? Voy a ver. Siempre están organizando de las suyas.

Salió de la cocina de nuevo rápidamente. —No hay fotos de su hija por la casa. ¿No es raro? —susurró ella cogiendo su pedazo de tarta y metiéndoselo en la boca de golpe.

—Nos iremos después de la cena —dijo mosqueado mientras ella masticaba con los mofletes llenos.

—Te lo dije.

—Sí, nena. Ya sé que me lo has dicho —dijo exasperado—. ¡Melissa te vas a ahogar!

Entonces se dio cuenta y le miró con los ojos como platos. ¿La había llamado nena? ¿Desde cuándo era su nena? Recordó que la había llamado así cuando había llegado, pero estaba tan impaciente por largarse de allí que ni pensó en ello. Tragó a toda prisa y siseó —No me llames nena. No soy una de tus amiguitas.

La miró sorprendido. —¿Te he llamado nena?

—¡Sí! ¡Varias veces!

—Uy, perdona.

—Que no vuelva a pasar.

—¿Un trocito de tarta?

—Ni hablar me pillaría...

—Nena, no es una psicópata. Es algo rara eso es todo.

—¿Lo has vuelto a hacer?

La miró asombrado. —¿El qué?

Gruñó mirando hacia la puerta. —Déjalo.

En ese momento entró Dorothy y parecía acalorada, pero sonrió. — ¿Te ha gustado la tarta, Calvert?

—Estaba buenísima. —En ese momento se levantó. —Es una pena que tengamos que irnos de inmediato. —Dorothy perdió la sonrisa de golpe. —Acabo de recibir una llamada y tenemos una crisis en la empresa.

—¿Una crisis? —preguntó confundida.

—Nena, sube a por tu equipaje —dijo mirando su reloj—. Tenemos que ver a Timothy para hablar del asunto.

—Sí, claro... —Se levantó a toda prisa y subió los escalones de dos en dos. Tiró de la maleta que ya tenía preparada por si tenía oportunidad de largarse y cuando llegó abajo sonrió entrando en la cocina para ver a Calvert tirado en el suelo sin sentido.

—¡Calvert! —gritó yendo hacia él y arrodillándose a su lado. Muy asustada le tocó el pulso y respiró de alivio al sentir su latido. Levantó la vista y chilló asustada cuando aquella loca salió de la parte de atrás con una escopeta en las manos—. ¿Qué hace?

Les apuntó y asustada se tiró sobre Calvert para protegerle. —No, no dispare.

—No es un buen hombre —siseó—. ¡No te cuida como debe! ¡Te ha dado tarta! ¡Lo he visto por la ventana!

—Dios mío. —Levantó la vista hacia ella. —Le he convencido yo. No ha sido culpa suya, lo prometo.

La miró furiosa bajando el arma. —¡Eso no se hace!

—Lo siento.

—Es un blando contigo, pero yo me encargaré de que haga las cosas bien. ¡Recoge la cocina! ¡Y que quede limpia como una patena! —Levantó la barbilla pasando a su lado y Melissa suspiró del alivio antes de mirar a Calvert y darle palmaditas en la mejilla.

—Vamos, despierta... Por favor, Calvert despierta.

Dorothy volvió sobresaltándola y tiró algo sobre el pecho de Calvert. Su corazón se aceleró al ver unas esposas. —¡Pónselas a la espalda y pónselas bien! —La apuntó de nuevo con la escopeta.

—¿Qué le ha hecho?

—Bah, un golpecito de nada con la sartén.

—¿Y si tiene algo grave en la cabeza? ¡Tenemos que llamar a una ambulancia!

Sonrió divertida. —No hay líneas, ¿no recuerdas? Pónselas antes de que me enfade por vuestra actitud. ¡Me tenéis muy descontenta con todo lo que me he esforzado para que estéis a gusto!

—Y estoy a gusto.

—¡No, te quieres ir! ¡Desde el principio! ¿Crees que soy tonta? —gritó desquiciada—. ¿Eso crees?

Mirando el cañón de la escopeta negó con la cabeza. —Claro que no. Es que le echaba de menos.

—¿A él? —De repente sonrió más calmada. —Eso está muy bien. Además, él también te ha echado de menos. Ha llamado todas las noches preguntando por ti, ¿sabes?

—¿Pero las líneas no estaban estropeadas? —preguntó de los nervios—. Llamemos a una ambulancia.

—¡Ahora están estropeadas! —La apuntó con la escopeta. —Ponle las esposas.

Muerta de miedo las cogió de su pecho y cogiéndole del brazo tuvo que levantarse para tirar de él porque pesaba muchísimo. Le costó un triunfo darle la vuelta. Al ver en el suelo de linóleo algo de sangre perdió todo el color de la cara. —¡Pónselas! —gritó la anciana sobresaltándola.

—Sí, sí, claro. —Se agachó y cogió una de sus manos poniéndosela en la muñeca. Le echó un vistazo a Dorothy que observaba como lo hacía. Cogió su otro brazo y cuando iba a poner la pulsera alrededor de su muñeca él le rozó la palma de la mano. Se estaba haciendo el dormido.

—No he oído el click. —Se acercó a ella inclinándose hacia delante. —¡Apriétala bien!

—Creo que ya está.

—¡Me estás mintiendo! —Puso el cañón en la nuca de Calvert y dijo con voz suave — Apriétalas bien. O después limpiarás sus sesos del suelo como no lo hagas. Eso no lo dudes.

El click se escuchó en toda la cocina y Dorothy sonrió. —Muy bien. ¡Ahora limpia la cocina y no comas nada!

—No, Dorothy.

—Yo voy a bordar en el salón. —Como si fuera una dama salió de la cocina con la escopeta en la mano.

Se arrastró por el suelo de linóleo y vio cómo se sentaba en el sofá cogiendo el bordado. Regresó a Calvert que había levantado la cabeza para mirarla. Ella le tapó la boca cuando iba a hablar y se acercó a su oído para susurrar —Tenemos que irnos. Levanta.

Le ayudó a levantarse cogiéndole del brazo. —Dorothy, ¿guardo la tarta en la nevera? —gritó yendo hacia la parte de atrás.

—Sí, y no comas nada.

—Se me ha quitado el hambre.

La risa de Dorothy hizo gruñir a Calvert que parecía que quería matar a alguien. Asustada le

tapó la boca. —Vamos —vocalizó haciéndole asentir.

Caminaron hasta la puerta de atrás y al ver el candado que estaba sujetado por dos argollas clavadas a la puerta se quedó de piedra. Eso no estaba allí esa tarde. Se miraron a los ojos y él juró por lo bajo. —Nena, corre al coche por la puerta de delante y lárgate de aquí.

—Ni hablar, yo no te dejo solo con esa chiflada. —Sus ojos brillaron. —La ventana de la cocina.

Regresaron a la cocina y ella le indicó que esperara. Fue hasta el fregadero y echó un vistazo al salón. Estaba entretenida con la televisión. Alargó las manos para abrir el pestillo y levantó la hoja lentamente para que ella no lo escuchara. De repente Dorothy la miró y ella disimulando abrió el grifo empezando a lavar los cacharros que había utilizado para hacer la cena. —Frota bien, o la suciedad se quedará pegada.

—Sí, Dorothy.

—¿Se ha despertado?

Hizo que miraba el suelo donde debía estar tirado y negó con la cabeza. —Todavía no.

—No te preocupes. No le pasará nada. —Siguió bordando como si nada antes de echarse a reír por algo que decían en la televisión. Melissa miró a Calvert sobre su hombro y él le hizo un gesto para que saliera, pero él no podría salir sin su ayuda al tener las manos atadas. Ella le indicó con la cabeza que fuera el primero, pero Calvert negó vehementemente. Puso los ojos en blanco exasperada y fue hasta él cogiéndole del brazo. Tiró de él hasta la pila, pero aquello era más difícil de lo que pensaba. No podía pasar por la ventana sin caer de cabeza. Y todos los trastos que había sobre la encimera le impedían ponerse de rodillas sobre ella para meter primero una pierna y después la otra cuando sacara el cuerpo.

—Mierda —susurró él por lo bajo—. Vete sin mí.

—Calla —susurró empujándole de golpe cuando vio que Dorothy se giraba para mirarla, cuando se oyó un estruendo enorme porque Calvert había caído sobre la cocina tirando la olla del agua de los guisantes.

—¿Qué ha sido eso?

Dorothy se levantó de inmediato y cogió la escopeta. Asustada por Calvert ni lo pensó y cogió la sartén que estaba en el fregadero tirándosela a la mujer que ya estaba en el hall y que sorprendentemente ni la rozó. Ella gritó levantando el arma y disparó. Dorothy corrió hacia Calvert que ya estaba de pie gritando que corriera. Él fue hasta la puerta de la cocina y le pegó una patada a la puerta cuando iba a entrar. Con el corazón a mil vieron que el arma caía al suelo y escucharon que algo caía, así que Melissa corrió hasta ella cogiendo la escopeta. Con las respiraciones agitadas miraron la puerta que no había terminado de cerrarse. —Nena, empuña el arma antes de abrir.

Asintió poniéndose el arma al hombro y se acercó a la puerta lentamente pero no podía soltar una mano para abrir la puerta. Le miró de reojo. —No puedo abrir. Necesito las dos manos.

—Pues yo no tengo manos —le soltó irónico.

Gruñó sin soltar la mano del gatillo. Apartó la del cañón para estirar el brazo metiendo la mano por la rendija rápidamente para abrir la puerta de golpe. Dorothy estaba tirada en el suelo y parecía aturdida por el golpe. —Puñetera chiflada. —Tiró el arma al suelo y la agarró de las manos tirando de ella hasta el salón.

—¿Qué haces?

—Atarla. —Cogió los ovillos de lana que tenía para tejer y unió unos cuantos hilos. Le ató las manos con fuerza.

—No, no lo hagas... —La anciana se echó a llorar. —Lo hacía por vosotros.

—Sí, claro. ¡Me has disparado!

—¡Fue idea de Consuela!

Se le cortó el aliento enderezándose. —¿Qué?

—¡Me dijo que hiciera todo lo posible para que no te fueras porque querías hacerlo nada más llegar! —gritó—. Que en cuanto llegara él todo cambiaría, pero me di cuenta de que le habías convencido y si os ibais no me pagaría los dos mil dólares que me había prometido. ¡Los necesito si no quiero perder la casa! ¡Ya no tengo huéspedes y tengo que pagar las facturas pendientes! Mi hija ya no quiere saber nada de esto y no quiere pagar. ¡Le importa muy poco si pierdo la casa de mis padres por no pagar los impuestos! —Se echó a llorar más fuerte. —No le importo nada.

Asombrada miró a Calvert que suspiró sentándose en el brazo del sofá. —Joder, nena... Te ha pegado un tiro. Coge el móvil de mi bolsillo y llama a la policía.

—No me lo ha pegado del todo. Estoy bien. Me tenía delante.

—No dejes que te convenza, Melissa. ¡Es una loca peligrosa!

—Si estuvieras a punto de perder lo que más quieres, puede que hicieras cualquier cosa. —Chasqueó la lengua mirando a Dorothy. —Siempre ha sido un niño rico.

—Lo que yo decía. No te conviene.

—Yo opino lo mismo.

—¡Nena, busca la llave de las esposas!

—¡A mí no me grites! ¡Te avisé! —Miró a Dorothy. —Es que también se cree que lo sabe todo.

—Ya me he dado cuenta.

—¿La llave?

—En el bolsillo derecho del vestido.

—Oh, genial. —Se agachó palpando el bolsillo y metió la mano para sacar la llavecita. —Perfecto. —Pasó sobre ella para llegar a Calvert y poniéndose tras él metió la llave en el agujerito. Él gruñó cuando quedó libre levantándose y cogiendo el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Juró por lo bajo cuando ambos vieron la pantalla rota. —¡Estupendo! ¿Por qué lo llevas ahí? —Le recriminó ella.

—¡Porque no sabía que me iba a secuestrar una vieja que me dejaría sin sentido de un sartenazo! —le gritó a la cara.

Ella miró sus labios sin poder evitarlo y a Calvert se le cortó el aliento, pero cuando se acercó Melissa reaccionó poniéndose como un tomate y yendo hasta Dorothy. —¿Qué pretendía Consuela?

La mujer se hizo la loca sorbiendo por la nariz. —¿Qué?

Calvert dijo —Voy a subirme al coche e iré hasta la comisaría más cercana. ¡Y tú te vienes conmigo!

—Espera, que quiero enterarme.

—¿Enterarte de qué, mujer? ¡Nos ha secuestrado!

—¡Por necesidad!

—¡Vaya, pues muy bonito!

Bufó como si fuera un pesado y se arrodilló al lado de Dorothy. —¿Qué pretendía Consuela?

—No debería contarlo.

—¿No? ¿Quiere dormir en chirona? Pues suéltelo ya.

La anciana miró a Calvert de reojo y le indicó con la cabeza. La miró sin comprender. —¿Qué?

—Sois la treinta y tres.

—¿Qué dice esta mujer? ¿Ha perdido la cabeza del todo? —preguntó Calvert dando un paso hacia ella como si quisiera escuchar mejor—. ¿De qué habla?

—Igual si no me interrumpieras nos enteraríamos antes.

—Nena, ese tonito conmigo no.

—¡Ja! —Centró su atención en Dorothy. —¿Cómo que somos la treinta y tres? —De repente se acordó y su corazón saltó. De la impresión se sentó sobre sus talones. —¿De qué hablas?

—Tenéis que ser vosotros, no ha venido nadie más. Consuela lo sabía y me dijo que teníais que ser vosotros. Por eso lo tenía todo planeado. No hay otra cama que la de él que sea cómoda. Se suponía que tenías que haberte quejado del colchón y yo te daría la suya. Así que tendríais que compartirla. Tenía dos días enteros para que os enamorarais. Tiempo de sobra. ¡Pero has sido tan pesada con irte que lo has estropeado todo!

Calvert frunció el ceño cruzándose de brazos. —¡Es que señora, usted se ha comportado como una chiflada!

Dorothy se echó a llorar. —No puedo perder la casa. ¡Os teníais que quedar!

Melissa se enterneció porque en el fondo no era mala persona y levantó la vista hacia Calvert que la miró asombrado. —¡Ni hablar! ¡Me ha pegado un sartenazo! —Se llevó la mano a la cabeza. —¡Me sangra! ¿Ves?

—Has sangrado muy poco. No puede ser grave. Las heridas en la cabeza son... Uff, si yo te contara. Cinco puntos me metieron una vez cuando me caí en el colegio jugando al fútbol femenino.

—¡Así te quedaste!

Jadeó indignada. —¡Retíralo!

—¡Ni hablar! ¡Me voy ahora mismo! ¿Vienes o no?

—¡No!

Calvert furioso salió de la casa dando un portazo y preocupada se mordió el labio inferior. —Tranquila, viene enseguida. Le he pinchado dos ruedas.

Miró hacia abajo. —Pues ahora estará de muy buen humor.

—A mí con que no os vayáis hasta el domingo como prometí...

—Pues olvide lo de la boda porque eso no va a pasar.

—Sí va a pasar. Sois los únicos que han pasado por aquí este año. Sois vosotros. Eso no falla. ¿Me sueltas?

—¡Me lo estoy pensando!

—Te daré un trozo de tarta.

—Señora, que puedo cogerla yo. —Corrió hasta la cocina y cogió un buen pedazo con la mano. Estaba comiendo a dos carrillos cuando la puerta principal se abrió y vio que Calvert cerraba con un cabreo de primera. —¿No nos vamos? —preguntó con la boca llena.

—¡No! ¡No nos vamos!

Se encogió de hombros pasando ante él y sentándose en el sofá de nuevo antes de darle un buen mordisco a su tarta. —¿Qué hacemos con ella?

—¿Soltarme? —preguntó la mujer sonriendo—. Ahora ya lo hemos aclarado todo.

—¿Dónde está tu móvil?

—Lo tiene ella, pero no había cobertura. Igual tiene teléfono en su habitación.

Él subió los escalones tan rápidamente que ni le vio y Dorothy sonrió maliciosa. —No funciona, ¿verdad? —preguntó Melissa divertida.

—No, eso fue una suerte.

—¿Mi coche?

—Ah, no. No sabrás donde está. Mi boca está sellada.

—Así que mi amiga del alma quiere que me case con ese... ese...

—Estás loca por él, no disimules. Me di cuenta en cuanto bajó del coche. Tu cara es muy expresiva.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿De verdad?

—Estás que te mueres por sus huesos. Si me sueltas, yo te ayudo. Aunque creo que está casi en el bote.

—¿Eso cree?

—Si cuando dijo lo de los hijos y la rubia... Te miró a ti.

—¿Me miró?

—Eres lista y guapa. Sería idiota si te dejara escapar.

Calvert bajó las escaleras corriendo y se pasó una mano por la cabeza. —No funciona.

—Vaya —dijeron las dos a la vez. Melissa se metió el último pedazo en la boca y masticó mirándole bien. No es que no fuera atractivo porque era todo lo contrario, además de inteligente y buena persona porque no había denunciado a los suyos. Pero no podía ser. Si diera un paso adelante traicionaría a su padre. Aunque se había demostrado que aunque había hecho recortes no había sido responsable de lo que les había pasado. Y tenía que ser sincera, se moría por estar a su lado. ¿Si su padre estuviera allí qué le diría? Lo supo de inmediato. Su padre lo único que quería en la vida es que fuera feliz.

Con los brazos en jarras las observó. —Está claro que no podemos irnos. ¿Qué hacemos con ella?

—¿Encerrarla en una habitación hasta mañana? —Se levantó bostezando. —Estoy agotada. Me ha hecho trabajar todo el día.

La miró asombrado. —¿Ya está?

—¿Qué quieres que haga, que me quede de vigilancia? Las habitaciones tienen llave. La encerramos y ya está.

—Pero me soltaréis, ¿no? Soy muy mayor para dormir así. Además, se me hormigean las manos. Mi circulación, ¿sabéis?

—Uy. —Preocupada cogió las tijeras de bordar y asombrado vio como le cortaba la lana que rodeaba sus muñecas.

—Esto es increíble —siseó Calvert.

Decidió no replicarle y cortó las ligaduras de sus pies. —¿Mejor?

—Gracias, querida. Me duele un poco la cadera del golpe, pero estoy bien.

—¿Seguro? Espere, que la ayudo a levantarse.

Calvert levantó las manos al cielo dándola por imposible y Dorothy sonrió cuando se puso de pie. —Para que os quedéis más tranquilos me encerraréis en mi habitación. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Pero no os vayáis.

—No, claro que no.

Dorothy la cogió por el brazo. —Sabía que eras una niña estupenda. Se te ve en la cara.

—Al parecer se me ve todo en la cara.

Ella rió. —Sí, la verdad es que sí.

—Vaya. Pues eso no es bueno en mi trabajo.

—¿Intentas ser una fría mujer de negocios?

—Sí, y hasta ahora lo hacía bien. O eso creía —Las escuchó decir mientras subían las escaleras.

—¡Y lo haces muy bien! —dijo él indignado sonrojándola de gusto.

Dorothy le dio palmaditas en la mano. —¿Ves lo que quería decir? Te defiende. Ese es otro dato.

—¿De verdad?

—Hay muchas señales. Ya te las contaré mañana. Ahora estoy cansada. —Se perdieron de vista en las escaleras y Calvert entrecerró los ojos subiendo varios escalones para ver como entraban en la habitación.

—Muy bien, pues a dormir.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Dorothy. —Cerró la puerta y giró la llave. Se volvió sonriendo —Listo.

—Esto no me gusta.

—¿Quieres caminar treinta kilómetros?

—Voy a por la maleta.

—Eso pensaba.

Recordó lo que Dorothy le había dicho del colchón y corrió escaleras abajo a por su maleta y la subió a toda prisa. Esa noche pensaba dormir a pierna suelta. Que se quedara él el colchón que se hundía. Iba a flipar.

Sabía que cuarto tenía destinado porque Dorothy le había dicho que limpiara esa habitación ese día para tenerla a punto. Cerró la puerta y sonrió de oreja a oreja dejándose caer en el colchón antes de sentarse e impulsarse con los pies varias veces. Era firme. Se dejó caer hacia atrás y miró el techo. No se podía creer que Consuela hubiera hecho aquello. ¿Cómo habría convencido a Calvert para que fuera?

Se sobresaltó cuando se abrió la puerta y él entró con la maleta como si nada. —¿Qué haces?

—No puedo dormir en un mal colchón. Me dolería la espalda.

—¡Yo llevo durmiendo allí tres días! —exclamó sentándose.

—Haberte quejado. Además, soy tu jefe. Tengo preferencia de elección.

—¡Estoy de vacaciones!

—Pagadas por la empresa.

—Pues no pienso dormir en otra habitación. ¡Casi no he pegado ojo en setenta y dos horas!

—No me molestas.

Dejándola sin aliento se quitó el jersey mostrando un pecho lleno de músculos que era para morir de la impresión. Sintiendo el fuerte latido de su corazón vio cómo llevaba las manos al botón de su pantalón. Con la boca seca fue muy consciente de cómo lo desabrochaba. Parpadeó asombrada cuando se bajó la cremallera y el sonido la volvió al presente mirando sus ojos. —¿Intentas ligarme?

—Nena, estoy demasiado cansado como para ligar a nadie. Te lo aseguro.

No sabía si creerle, pero no podía dormir con él. Con el corazón a mil vio cómo se quitaba los pantalones quedándose con unos bóxers negros que marcaban y mucho todo lo que tenía dentro. Y madre mía, lo que tenía dentro tenía pinta de estar durísimo tanto por delante como por detrás. Él se rascó el pecho e hipnotizada siguió el movimiento de su mano.

—¿Quieres pasar primero al baño? —Ella le miraba con los ojos como platos. —¿No? Espero que haya agua caliente. No me gusta ducharme con agua fría de noche. —Asintió viendo cómo se volvía y se mordió el labio inferior por el movimiento de ese duro trasero alejándose. Se metió en

el baño entornando la puerta y se quedó sin aire cuando vio como los bóxers caían al suelo.

Ni se sentía capaz de salir corriendo y de repente se puso muy nerviosa. ¿Quería compartir la cama con ella? ¿Se estaría montando una película con lo que le habían dicho Consuela y Dorothy? A ver si hacía el ridículo... Además, ella no pretendía nada de eso cuando fue a trabajar a su empresa. Todo lo contrario, quería hacerle sufrir. Pero las cosas habían cambiado mucho. No podía negar que se sentía muy atraída por él. Tendría que estar ciega para no colarse por Calvert porque era guapo, inteligente y tenía un aura a su alrededor que atraía por mucho que quisieras evitarlo, pero de ahí a acostarse con el hombre que había odiado diez años... Se mordió el labio inferior escuchando el grifo de la ducha. Dios, se estaba poniendo mala pensando en él desnudo frotándose de arriba abajo. Piensa, Missy. Se levantó indecisa y cogió el asa de la maleta dispuesta a huir, pero se detuvo en seco antes de salir. Si había ido a dormir a aquella habitación sabiendo que ya estaba ocupada era porque quería acostarse con ella. No tenían quince años. Eran adultos. Uff, qué calor hacía allí. Dejando a un lado que esas locas pensaban que eran la pareja número treinta y tres tenía que decidir si quería acostarse con él. Se mordió el labio inferior.

—Tu turno.

Se sobresaltó volviéndose para verle tras ella mirándola con esa sonrisa que hacía que todas sus neuronas se derritieran. Vio como una gota de agua caía de su cabello rubio y recorría su hombro bajando por el centro de su pecho, pasando por sus duros abdominales hasta perderse en la toalla que rodeaba sus caderas. —Sí que había agua caliente —dijo con voz ronca haciendo que le mirara de nuevo a los ojos—. ¿No quieres ducharte antes de...? —Levantó una de sus cejas.

—¿Antes de qué? —preguntó sin aliento.

Él se acercó y Melissa dio un paso atrás chocando con la puerta. Con los ojos como platos vio como alargaba el brazo y cerraba la puerta con llave. —Sé que te pone nerviosa dormir conmigo, pero es mejor que no nos perdamos de vista por si la vieja se escapa y le da otro brote con arma incluida. —Su aliento tan cerca casi la volvió loca y solo fue capaz de separar los labios. Él los miró antes de volverse e ir hacia la cama apartando el edredón. —¿Te importa si me tumbo bajo la sábana? Nunca duermo con pijama.

Dios. Como si nada se quitó la toalla y al ver su trasero casi sufre un infarto. Levantó la sábana metiéndose en el interior de la cama y poniéndose cómodo se tumbó. Puso un brazo tras la cabeza y la miró. —¿Te importa que apague la luz? Te queda la de la mesilla. Es que estoy hecho polvo. Hoy ha sido un día de locos, te lo aseguro.

—No —soltó con un gallito estirando la mano hacia el interruptor y apagando la luz de golpe para verle lo menos posible, pero la luz de la lámpara daba a la habitación un aspecto más erótico. ¿Erótico? Definitivamente se estaba volviendo loca. Cuando cerró los ojos se dio cuenta que tenía intención de dormir y eso la confundió muchísimo. ¿Había metido la pata? Poniéndose como un tomate tiró de la maleta hasta la parte baja de la cama y sin perderle de vista se agachó para abrirla tomándose su tiempo. Pues sí que iba a dormirse sí.

Miró la maleta mordiendo el labio inferior. Dios, se estaba comportando como una cría. Él era un hombre acostumbrado a estar con mujeres guapísimas. Cada una más perfecta que la otra y ella no era perfecta en absoluto. Cogió su neceser y su camisón de seda color melocotón que era el que más le cubría porque le llegaba a los tobillos. Incorporándose vio que parecía que ya estaba dormido y poniendo los ojos en blanco fue hasta el baño sintiéndose algo ofendida porque no debía considerarla muy atractiva para quedarse dormido. Pero era lógico con los bellezones con los que salía.

Después de cerrar la puerta del baño, dejó sus cosas en el lavabo. Se quitó el jersey y vio la

cicatriz de su vientre en el espejo mientras su cabello caía en cascada sobre su espalda rozando la de atrás. Él ya las había visto y puede que las considerara repulsivas. ¿Pero cómo no iba a considerarlas así si ella misma pensaba que lo eran?

Apretando los labios se apartó del espejo porque era algo que ya no se podía cambiar y con lo que tendría que convivir el resto de su vida. Se metió bajo el agua y como se había duchado por la mañana intentó no mojarse el cabello mientras intentaba recuperarse de la decepción por su falta de interés. Aunque era normal después de todo lo que había pasado. Qué razón tenía al no haber querido ir a esas cenas. Hizo una mueca, porque si hubiera ido no estaría metida en ese aprieto. Se secó dándose tiempo para que estuviera bien dormido cuando ella se acostara a su lado. Peinándose su cabello pensó que aquello era perfecto porque estaba segura de que no pegaría ojo en toda la noche temiendo acercarse demasiado a él.

Cuando ya no sabía qué hacer porque hasta se había depilado las cejas, tomó aire y salió del baño apagando la luz. Él se había girado y le daba la espalda. Bufó sin poder evitarlo rodeando la cama por delante y le miró de reojo. Con cuidado se subió a la cama y cuando se sentó, cogió el edredón cubriéndose con él asegurándose de que la sábana quedaba debajo. Se tumbó muy lentamente mirando su relajado rostro antes de calmarse porque estaba dormido. Muy bien, falsa alarma. Miró el techo durante unos segundos hasta que la mano de Calvert recorrió el colchón como si buscara algo. Se le cortó el aliento cuando alargó el brazo para cogerla por la cintura tirando de ella hasta su cuerpo y la abrazó dejándola en shock. Tuvo que cerrar los ojos por el placer que la recorrió al sentir su duro cuerpo pegado al suyo, aunque no pudo relajarse. Tiesa como una vela estiró el cuello para mirar bien su cara, pero parecía dormido. Dios, y ella muerta de la vergüenza por si se pegaba a él. Al parecer no le importaba demasiado. Intentó alejarse, pero él gruñó pegándola más a su cuerpo y su corazón casi salta en su pecho al sentir su miembro a través de la sábana contra su muslo. Ahora sí que no pegaba ojo. ¡Aquello era una tortura en toda regla!

Durante un tiempo esperó a tener la oportunidad para alejarse, pero sorprendentemente su relajada respiración la calmó y casi una hora después sus ojos se fueron cerrando poco a poco. Medio dormida se volvió dándole la espalda y él tiró de ella pegándola a su duro cuerpo antes de que su mano fuera a parar a su pecho acunándolo y acarició su pezón haciendo que sus ojos se abrieran de golpe por el estremecimiento que la recorrió. Bueno, ya estaba bien. Si la seducía que al menos estuviera despierto para darse cuenta de lo que hacía. La mano amasó su pecho de nuevo y se le cortó el aliento cuando pegó su cadera a su trasero. Mierda de sábana. Sin poder evitarlo se restregó contra él y Melissa abrió los ojos como platos cuando aquello creció endureciéndose. Le subió la temperatura de manera alarmante y el edredón la ahogaba, así que lo apartó dándole una patada con la pierna. Al mover la cacha él gruñó tras ella deteniéndola en seco temiendo haberle despertado. La mano que estaba en su pecho bajó por su vientre e hipnotizada la vio llegar a su cadera. La pierna elevada había subido el bajo de su camisón dejando parte de su muslo al aire y cuando sus dedos rozaron su suave piel apretó la almohada entre sus dedos. Su aliento cerca de su oreja la estremeció y casi con miedo volvió la cabeza para verle mirándola tan intensamente que le robó el alma. Calvert tiró de su camisón hacia arriba sin dejar de mirar sus ojos y Melissa se dio la vuelta. Él la agarró de su muslo casi tumbándola sobre su cuerpo. Con la respiración agitada apoyó la mano en su pecho y al sentir como acariciaba su trasero clavó las uñas en él. Calvert miró sus labios sin dejar de acariciarla y cuando sus dedos llegaron a su sexo rozándola apenas cerró los ojos sin poder creerse lo que estaba sintiendo. —Mírame—ordenó él en voz baja.

Melissa abrió los ojos mirando los suyos y él la cogió por la cintura sentándola a horcajadas sobre su cadera como si no pesara nada. Gimió apoyándose en su pecho al sentir su sexo bajo el suyo sin la sábana entre ellos y sin poder evitarlo se deslizó sobre él haciéndole gruñir cogiéndola por las caderas. —Nena...—la advirtió con la voz ronca. No supo lo que se le pasó por la cabeza en ese momento, pero acarició su musculoso pecho sintiéndose poderosa y apoyándose en él se elevó suavemente. Calvert cogió su sexo guiándolo hacia ella y cuando Melissa lo sintió se dejó caer poco a poco. Él juró por lo bajo agarrando con fuerza sus caderas. —Estás muy estrecha, preciosa. —Clavó las uñas en su pecho sintiendo la presión que crecía a medida que iba entrando en ella y llegó a un punto que sintió dolor. Calvert la miró sorprendido sentándose en la cama y la abrazó por la cintura empujándola contra él con fuerza. Gritó dejándose caer sobre su pecho y le abrazó por la nuca enterrando su cara en su cuello. Calvert acarició su espalda durante unos segundos hasta que se acostumbró a tenerle dentro y él susurró—Era el destino, nena.

Melissa se apartó para mirar su rostro y sin poder evitarlo acarició sus mejillas como si quisiera grabar sus rasgos en su memoria para siempre. Pasó su índice por su labio inferior antes de acercarse tímidamente y besarlo con suavidad. Iba a apartarse cuando él atrapó sus labios ansioso y ella gimió separando sus labios para que entrara en su boca. Mareada de placer enterró sus dedos en su cabello y Calvert la giró tumbándola de espaldas haciéndola gritar de placer cuando se movió dentro de ella. Él separó sus labios para mirar sus ojos entrando en ella suavemente. Melissa arqueó su cuello hacia atrás por el placer que la recorrió y sintió como su vientre se tensaba en cada roce. Se movió de nuevo de manera más contundente y supo que ya no podía vivir sin sentir eso de nuevo. Con cada envite su necesidad aumentaba poco a poco y gimió queriendo más aferrándose a él. Calvert entró en ella con fuerza y gritó pensando que se rompía para estallar en algo tan maravilloso que la hizo sentirse feliz. Más feliz de lo que había sido nunca.

Pero cuando volvió en sí se dio cuenta de lo que había hecho. Dios, era su jefe y además no cualquier jefe. Lo que había pasado con su padre le provocó remordimientos y apretó con fuerza los párpados. —No, nena —susurró él besando sus párpados suavemente—. No te arrepientas. Esto no puede ser malo. —Besó sus labios con ternura.

Abrió los ojos para mirar los suyos. —¿Eso crees?

Acarició su cabello apartándolo de su frente y sonrió. —¿Acaso no has disfrutado? —Se sonrojó con fuerza haciéndole reír. —Entonces no puede ser malo.

—Pero mi familia...

Calvert entrecerró los ojos. —¿Tu familia? ¿Qué tiene que ver tu familia con nosotros? —Apartó la mirada avergonzada y él se tensó. —Entiendo, al parecer sigo siendo un cabrón sin sentimientos. Bueno para pagarles el sueldo y darles trabajo, pero no merezco estar contigo, ¿no es cierto?

—No he dicho eso.

—Porque no te atreves a decírmelo a la cara —le espetó antes de apartarse y levantarse de la cama yendo hacia el baño—. Soy perfecto para desvirgarte, pero de ahí a que crea que va a pasar algo más...

Se quedó sin aliento y cerró la puerta de golpe. Asombrada por lo que acababa de decir se quedó allí sin saber cómo reaccionar. ¿Quería un futuro a su lado? ¿Por qué? Podía tener a cualquier mujer que quisiera. ¿Por qué complicarse la vida con ella cuando sabía que su pasado siempre estaría entre ellos? Debía haberle entendido mal.

Se levantó lentamente y fue hasta la puerta. Levantó el puño para llamar, pero se abrió de

repente y Calvert estaba al otro lado muy tenso. —¿Querías algo?

—¿Y tú? —preguntó indecisa casi con miedo.

Calvert la cogió por la cintura elevándola para pegarla a su sexo antes de atrapar su boca besándola apasionadamente y en ese momento le dio igual todo, porque solo quería estar con él para tener lo que sentía a su lado todo el tiempo que pudiera.

Capítulo 8

Vio como amanecía acariciando el antebrazo de Calvert, que la abrazaba a él como si no quisiera soltarla mientras dormía. Sonrió pensando en la noche que habían compartido, cuando la puerta se abrió de golpe con un fuerte estruendo haciéndola chillar y Calvert sentándose se puso ante ella al ver que Dorothy entraba en su habitación con una pistola y con cara de loca. ¿Pero cuántas armas tenía esa mujer?

—Ya lo sabía yo. ¡Pecadores!

Pálida se agarró al hombro de Calvert. —¿Qué haces, loca?

—¡Mire padre! ¿No se lo dije? ¡Otros pecadores!

Un hombre de sotana hasta los pies entró en la habitación con un libro negro en la mano. —Ya veo, Dorothy. Pero estamos aquí para encarrilarles antes de que sea demasiado tarde.

—¿Pero qué hace, hombre? ¿No ve que está loca? ¡Llame a la policía! —exigió Calvert.

—¿Loca? ¡Locos vosotros que fornicáis sin la bendición de la Santa Iglesia! —dijo como todo un fanático—. ¡Arderéis en el infierno por vuestros pecados!

—Eso, padre. Dígales eso del infierno porque esta juventud no se entera.

Asombrada miró a Dorothy que parecía que había perdido el juicio del todo. —Baja el arma. Hablemos de esto.

—¡No hay nada que hablar! ¡Habéis mancillado mi casa! —Les amenazó con la pistola. —Pero el cura lo va a arreglar.

—Claro que sí, Dorothy. No te preocupes. —Abrió el libro dejándolos de piedra. —Estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio.

Dejó caer la mandíbula del asombro antes de mirar a Dorothy que sonrió encantada de la vida. ¡Ahora entendía cómo había casado a treinta y dos parejas! ¡Menuda encerrona!

—Calvert...

—Espera nena, estoy pensando.

—¡Pues piensa más rápido!

—Melissa Paxton, ¿quieres a Calvert Robert Linthwaite como legítimo esposo para amarle y honrarle en la riqueza y en la pobreza, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe?

—¿Calvert? —preguntó asustada.

—¡Contesta a la pregunta! —gritó Dorothy amenazándola.

—¡No podéis obligarnos! —gritó Calvert intentando cubrirla.

—¿Quieres ir al infierno? —preguntó el cura con una voz que les puso los pelos de punta—. ¡Contesta a la pregunta!

Mirando al cura no dudó que tenía que responder si querían salir de allí vivos porque ese sí que tenía una cara de loco fanático que no podía con ella. —Sí, quiero.

El cura sonrió. —Calvert Robert Linthwaite, ¿quieres a Melissa Paxton como tu legítima esposa en la riqueza...?

—¡Sí, quiero! —gritó furioso.

—Por el poder que me ha concedido la Santa Madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer.

Puedes besar a la novia.

Nadie movió un pelo antes de que aquellos pirados se echaran a reír. Dorothy bajó el arma y levantó la mano chocando las palmas con el cura. —La número treinta y tres.

—Creía que este año no lo conseguíamos —dijo el cura dejándola de piedra.

—Sí, los clientes escasean.

—¡Esto no es legal! —gritó Calvert.

—Claro que sí —dijo el cura con cachondeo sacando los papeles de la sotana—. Si firmáis aquí...

Dorothy levantó el arma de nuevo. —Claro que van a firmar. De eso me encargo yo.

Ambos miraron los papeles sobre las piernas de Calvert y al ver que estaban rellenos con sus nombres supo que Consuela tenía que saber algo de eso. Por eso había convencido a Calvert para ir hasta allí. Ahora sí que se la cargaba.

—¡Firmad! —gritó el cura cabreándose de nuevo—. ¡Si no teméis por vuestras vidas, pensad en el hijo que podéis haber engendrado esta noche!

A Melissa se le detuvo el corazón y les miró con los ojos como platos quedándose en shock. ¿Un hijo? Una alegría inmensa la recorrió de arriba abajo solo por la posibilidad de que eso pudiera pasar. Siempre había soñado que tenía una niñita. Ah, no. Su hija nacía dentro del matrimonio. Cubriéndose el pecho como podía, alargó la mano y cogió el bolígrafo sorprendiendo a Calvert. —No me mires así. ¡Mi hija nacerá dentro del matrimonio!

—¿Hija? ¡Nena, no te dejes influir por sus locuras! ¡Están jugando con nosotros!

—Tú firma —susurró por lo bajo.

—No puedo firmar eso —siseó. El cañón de la pistola apareció en su sien y ella gritó asustada.

Calvert apretó los labios palpando los papeles para coger el bolígrafo. Jurando por lo bajo firmó los papeles y ella suspiró del alivio abrazando su cuello.

—Os dejaré una copia abajo. Os deseo una vida larga y feliz llena de muchos hijos que son una bendición de Dios.

—Amen, padre.

Lo decía la que su hija pasaba de ella. Se apartó para mirar la cara de Calvert que tenía un cabreo de primera. —¿Estás bien? —La miró a los ojos con ganas de pegar cuatro gritos, pero sorprendentemente no decía ni pío. —Calvert háblame.

—Nena, estamos en un lío de primera —siseó como si quisiera matar a alguien.

—Sí, ya sé que es un lío, pero lo arreglaremos. Eso no puede ser legal.

—Con esa firma acabo de perder mi empresa.

Le miró sin comprender. —Calvert, no te entiendo.

Jurando por lo bajo salió de la cama. —Vístete, nena. Tenemos que volver a Nueva York. Tengo que hablar con mis abogados antes de que alguien se entere de esto.

Tiró de la sábana levantándose y viendo cómo se vestía rápidamente con movimientos bruscos. —Si me lo explicaras...

De repente se detuvo en seco y se volvió mirándola con desconfianza. —Vístete.

—¡Me miras como si esto fuera culpa mía cuando yo no tengo la culpa de nada!

—¿No? —Se puso el jersey antes de mirarla como si la odiara. —Más te vale que no estés metida en esto, porque te juro que si es así lo vas a pagar muy caro. ¡Y esa amiga tuya también! —le gritó a la cara haciéndola palidecer antes de coger su maleta y salir de la habitación dando un portazo. Sin entender una palabra no pudo evitar sentirse dolida después de la noche que habían compartido y sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas porque estaba claro que no confiaba en

ella para decir algo así y no le extrañaba nada después de todo lo que había ocurrido. Eso le demostró que su pasado siempre se interpondría entre ellos por mucho que se empeñaran o intentaran ignorarlo.

Con un nudo en la garganta se agachó cogiendo de su maleta abierta un grueso jersey blanco ignorando las lágrimas que caían por sus mejillas. Era hora de cambiar su vida. Ya estaba bien. Tenía que desterrar todo lo relacionado con Linthwaite de su mente si en algún momento quería llegar a ser feliz.

Cuando bajó los escalones arrastrando su maleta, él ya estaba fuera con el coche encendido. Dorothy le guiñó un ojo desde la cocina encantada de la vida y apretó los labios saliendo de la casa sin despedirse siquiera. No la ayudó a meter la maleta en el portaequipajes y cuando abrió la puerta dijo —Mi coche...

—¡Sube de una puta vez! —ordenó de malos modos.

Fríamente se encogió de hombros como si le diera igual y se sentó a su lado. Casi ni había cerrado la puerta cuando dio marcha atrás. Asombrada tiró del cinturón poniéndoselo a toda prisa porque estaba conduciendo como un loco, pero a pesar del miedo que estaba pasando no pensaba decir una palabra. Cuando pasó un camión casi rozándole se estremeció de miedo y apoyó el codo en la puerta para tapan su boca evitando el grito que casi salió de su garganta. Pasaron unos minutos y adelantó un autobús. Tensándose vio como su carrocería quedaba a unos centímetros de ella y cuando lo pasaron él la miró de reojo. —¿Qué? —preguntó agresivo.

—No he dicho nada —susurró asombrada por su actitud.

En ese momento se cruzó un coche negro frenando bruscamente para no chocar con el coche que estaba frente a ellos y Melissa gritó agarrándose. Calvert no consiguió frenar a tiempo girando el volante y golpearon su portaequipajes. Como a cámara lenta vio cómo se abría antes de que algo blanco la golpeará en la cara sintiendo que su coche se inclinaba. Gritó clavando las uñas en la tapicería del techo antes de que otro impacto le robara el aliento sintiendo un fuerte dolor en el pecho antes de perder el sentido.

Se despertó en la ambulancia medio mareada y cuando se dio cuenta de donde estaba gritó asustada intentando soltarse. Al verse rodeada de desconocidos que intentaban calmarla se puso más histérica aún gritando que no la operaran, que no lo soportaría de nuevo y no tuvieron más remedio que sedarla. Una chica de su edad le acarició el cabello diciendo que no pasaba nada. Que se pondría bien y una lágrima corrió por su sien sabiendo que no podría volver a pasar por el calvario de hacía diez años. También se preguntó si Calvert estaría bien. Fue el último pensamiento que tuvo antes de que el sueño la envolviera.

Un sonido de algo metálico cayendo al suelo la despertó y abrió los ojos viendo un techo impecablemente blanco. Le dolía el pecho y recordando el accidente se llevó la mano allí temiendo que la hubieran operado para ver que tenía algo en la muñeca. Asustada vio la escayola que le llegaba hasta el codo. —No —susurró sentándose de golpe llevándose la otra mano al pecho. Como no sintió más dolor al palparse estiró el cuello de su camión suspirando de alivio al ver un morado que recorría su pecho.

La puerta se abrió sobresaltándola y vio entrar una enfermera con una bandeja plateada en la mano. —Buenos días.

—¿Qué hago aquí?

—Tuvo un accidente de coche, señorita Paxton. ¿No lo recuerda?

—Sí —respondió impresionada por como la había llamado—, pero no iba sola.

Se detuvo confundida. —Menuda mala suerte. Pero se repondrá muy bien, ya verá. Enseguida

vendrá el médico...

—¿Dónde está Calvert? —La enfermera la miró sin comprender y asustada porque no estuviera en esa planta sino en la UCI la cogió del brazo. —¿Dónde está Calvert? —preguntó más alto sin darse cuenta.

—Tranquilícese, enseguida llegará el médico y se lo contará todo.

—¿Qué tiene que contarme? —gritó sacando los pies de la cama—. ¿Dónde está mi marido?

—¿Su marido?

Cuando se abrió la puerta y entró en la habitación Timothy Rogers se le heló la sangre porque si estaba allí, si el vicepresidente de la empresa había ido hasta allí, es que había pasado algo muy grave como cuando hubo el accidente de Linthwaite.

—¿Puede dejarnos solos? —preguntó él mirándola fijamente con sus ojos negros.

—Sí, por supuesto.

Melissa pálida miró su tenso rostro. Tenía cincuenta años y había sido la mano derecha del padre de Calvert. Cuando su marido se había hecho cargo de la empresa Timothy había sido su mayor apoyo y eran grandes amigos a pesar de que el hombre que tenía delante le sacaba veinte años. —¿Dónde está Calvert?

—A partir de este momento no le verás más. Cuando salgas del hospital harás como si nunca le hubieras conocido. —Metió la mano dentro del bolsillo interior de la chaqueta y sacó una chequera que relleno a toda prisa. Se acercó a ella arrancándolo y poniéndolo a su lado sobre la cama. Temblando cogió el talón sin poder creerse lo que estaba viendo. —Dos millones de dólares. Olvídate de Calvert y no aparezcas más por la empresa. Esa absurda boda nunca ha pasado. Sé que has dicho aquí que eras su esposa. Retráctate, ya tienes lo que querías, así que desaparece de su vida.

Le miró sin comprender. —Quiero verle, quiero que me explique...

—No tiene nada que explicarte. Fui muy claro con él cuando me enteré de quien eras. Jugaba con fuego, pero quiso seguir con esta charada para descubrir qué te traías entre manos. Ahora se acabó. Lárgate en silencio y todo irá bien.

No pensaba dejarse amenazar por nadie. —¿Y si no?

—Cerraremos Linthwaite —respondió fríamente. Se quedó sin resuello mirando sus ojos porque supo que hablaba muy en serio. La miró irónico—. Si quieres tanto a los tuyos como para sacrificar tu vida, este trato no lo vas a rechazar.

—Al parecer me conoces muy bien —dijo irónicamente.

Dio un paso hacia ella amenazante. —La que no me conoces eres tú a mí. Como le jodas, como se te vaya la lengua, te juro que lo vas a pagar muy caro. —A Melissa se le heló la sangre y más aún cuando sonrió con maldad como si hubiera conseguido lo que se proponía. Perderla de vista. —He vivido a su lado muchos años y me he dejado la piel para que llegara hasta donde está. No voy a consentir que tú lo estropees todo —dijo con desprecio.

—¿Está bien? —preguntó sin poder evitarlo.

Se volvió hacia la puerta y cogió el pomo mirándola sobre su hombro. —Para ti como si hubiera muerto.

Se le retorció el corazón mientras abandonaba la habitación y angustiada por si estaba bien se levantó de la cama yendo hacia la puerta y salió de la habitación para ver como Timothy se alejaba hacia los ascensores sin mirar atrás. Desesperada por descubrir si estaba bien, caminó por el pasillo abriendo la primera puerta que encontró buscando a Calvert y una enfermera salía en ese momento. —¿Qué hace de pie?

—¿Puede ayudarme? Calvert, tengo que encontrarle.

—¿Calvert? ¿Cómo se apellida?

—Linthwaite —susurró para que no la escucharan.

—Espere que miro en el ordenador. Igual no está en esta planta y no puede molestar a todos los enfermos, entiéndalo.

—Por favor, mírelo. Tuvimos un accidente y...

La enfermera le guiñó un ojo. —No se preocupe, ahora le busco. —Ansiosa vio cómo se acercaba a la recepción y la rodeaba para escribir su nombre en el teclado. Frunció el ceño. —¿Linthwaite ha dicho?

—Sí —respondió acercándose.

—No ha sido ingresado en este hospital, señorita Paxton.

Asombrada susurró —¿Dónde estoy?

—Está en el Sinaí.

—¿Estoy en Manhattan? —preguntó sorprendida.

—Sí —respondió preocupada acercándose y cogiéndola del brazo—. Venga conmigo. Está convaleciente, tiene que descansar.

—¿Pero dónde está Calvert? —preguntó angustiada intentando soltarse porque tenía la sensación de que no le volvería a ver y se dio cuenta de que eso la aterraba.

—No lo sé. Tendrá que preguntarle a su familia si quiere averiguarlo. Por cierto, hemos intentado localizar a algún familiar suyo y... —Se apartó de ella alargando el brazo sano para coger el auricular del teléfono por encima del mostrador. —Tiene que pulsar el uno.

A toda prisa marcó el número de su mejor amiga y se puso el teléfono al oído. Cuando descolgó dijo simplemente —Ven a buscarme al Monte Sinaí.

—¿Qué?

—¡Ven a buscarme al hospital!

—¿Pero qué ha pasado?

Apretó el auricular angustiada. —No sé lo que ha pasado. —Se echó a llorar y avergonzada se volvió para que no la viera la enfermera que la miraba con pena. —Hemos tenido un accidente de coche y...

—¿Qué? —gritó asustada—. Voy para allá.

Aliviada colgó el teléfono y se volvió limpiándose las lágrimas. La enfermera sonrió. —No se preocupe. Seguro que le encuentra y estará muy bien. Igual no tuvieron ni que ingresarle porque estaba bien.

La esperanza renació en su pecho. —¿Usted cree?

—Seguro que sí, ya verá.

Sentada en el sofá de su casa miraba sin ver la pared por encima del televisor pensando de nuevo en todo lo que había ocurrido. Consuela salió de la cocina y apretó los labios antes de acercarse. —¿Quieres comer algo?

—Ni me ha llamado para saber si estoy bien y Julie Anne no quiere pasar mis llamadas. Tampoco contesta el móvil.

—Está claro que te quiere fuera de su vida, cielo.

La miró a los ojos angustiada. —¿Por qué?

—No lo sé.

Cerró los ojos tomando aire sintiéndose agotada porque hacía días que no dormía bien. Se pasó la mano por la frente y su amiga se sentó a su lado. —Lo siento, es culpa mía.

—No es culpa tuya.

—Si nos hubiera enviado a casa de Dorothy... Pero era un plan perfecto que no podía dejar pasar.

La miró sorprendida. —¿Por qué?

—Porque sois el uno para el otro. Cualquiera se daría cuenta. Desde que empezamos a trabajar allí fue evidente que sois la pareja perfecta.

—¿De veras? Pues mi hombre perfecto no tiene el menor interés por saber si estoy aún tirada en la cuneta. —Miró su brazo y sollozó sin poder evitarlo.

Su amiga preocupada la abrazó por los hombros. —No llores.

—Me entregué a él —dijo sintiendo un fuerte dolor en el pecho—. Y durante esa noche fue perfecto, ¿sabes?

—Igual está en algún hospital privado y no sabe qué está ocurriendo. Esto es cosa de Timothy, ya verás.

—No —susurró antes de sorber por la nariz—. Estoy segura de que no. Tenías que haberle visto después de firmar el acta de matrimonio. Se puso como loco. Dijo que había perdido la empresa y parecía que nos echaba la culpa. Como si yo lo hubiera orquestado todo para arrebatársela.

Consuela se apartó para mirarla bien. —Eso no me lo habías contado. Solo me dijiste lo de Timothy.

La miró sorprendida. —¿No?

—¡No! ¡Ahora entiendo por qué Timothy se ha portado así contigo! —Su amiga se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. —Claro. ¡No es que no quiera casarse contigo! ¡Es que no puede! —Abrió los ojos como platos. —Éste ha firmado algo que le impide casarse porque sí, ya verás.

Parpadeó enderezando la espalda. —Por eso en cuanto firmó obligado se alteró de esa manera. ¡Porque horas antes se había enfadado cuando yo dudé en estar con él!

Consuela chasqueó la lengua. —La verdad cuentas las cosas a retazos y así no hay quien se aclare. ¿Quieres contármelo todo desde el principio?

Se puso como un tomate. —Hay cosas que no se pueden contar.

—¡Ya sé que te has acostado con él! ¡Serías de piedra si no lo hicieras!

—¡Pues entonces ya no tengo nada que contar! ¡Entraron el cura y Dorothy y nos casó!

—¡Y después se cabreó!

—¡Sí! Dijo que como nosotras tuviéramos algo que ver que nos íbamos a acordar o algo así.

Consuela de repente jadeó llevándose la mano al pecho. —¡No habéis firmado un contrato prematrimonial! —Atónita se volvió a sentar en el sofá.

—¿Crees que es por eso?

—¡Todos los ricos los firman! Y él no firmó nada antes de vuestra boda. ¡Legalmente todo lo suyo es tuyo!

Perdió todo el color de la cara. —Pero esa boda no puede ser legal.

—Mira, guapa... ¡Llevan casando así treinta y tres años y te aseguro que no se ha impugnado ningún matrimonio!

—¿De veras?

—¡Y todos siguen casados! ¡Puede que tenga un sistema poco ortodoxo, pero ha funcionado siempre!

Pensando en ello se pasó la mano por el cuello. —Pero solo perdería la empresa si le pido el

divorcio y él ya lo daba por hecho. Dijo he perdido mi empresa. —De repente se levantó y corrió hasta su despacho.

Consuela la siguió. —¿Qué haces?

—Voy a comprobar si todavía funciona mi clave. —A toda prisa la introdujo y apretó los labios jurando por lo bajo.

Su amiga entrecerró los ojos. —¿Para qué la quieres?

—Para ver las actas de las juntas de directivos. Si ya lo daba por hecho es por algo que firmó en el pasado. Una cláusula de compromiso o algo así.

—¿De compromiso con la empresa? ¡Pero si es el mayor accionista! Tiene un cincuenta y cinco por ciento de la empresa.

—¡Sí, pero aquí hay algo raro y si ya lo daba por hecho y pensaba que yo le había traicionado, es que yo podía descubrirlo! Y cree que lo utilicé para vengarme de él.

Consuela entrecerró los ojos. —Prueba con la mía.

—La tuya no me sirve. No tienes acceso a todo como tenía yo.

—No, pero tengo acceso a la agenda de Julie Anne, así que tengo acceso a su ordenador y por lo que tengo entendido ella accede al de Calvert.

Se le cortó el aliento. —Dime la clave.

—Tres, siete, almohadilla, dos, ocho, uno, cuatro.

Ambas miraron la pantalla impacientes y chillaron de la alegría cuando les dieron acceso. —Voy a pedir comida china —dijo su amiga viendo que se sentaba en su sillón dispuesta a todo. Volvía a ser ella porque ni le contestó concentrada—. Sí, voy a pedir comida china.

Ya amanecía y a Consuela se le cerraban los ojos leyendo una de las innumerables actas que Melissa había impreso en la fotocopidora por si les negaban el acceso antes de que las leyeran todas, cuando escuchó un grito que la sobresaltó en la silla. Asombrada se giró para ver a Melissa mirando unos papeles con los ojos como platos. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Asombrada la miró a los ojos. —¡La madre que lo parió! —gritó furiosa.

—¿Qué? —Se levantó intrigada porque tenía un cabreo de primera. —¿Qué es lo que dice?

—¿Qué dice? ¿Sabes por qué no podía casarse? ¡No conmigo, con nadie! —Consuela negó con la cabeza. —¡Porque tiene que casarse con la hija de Robert Carrington! ¡Está comprometido desde hace diez años!

Consuela dejó caer la mandíbula con asombro. —¿Qué dices?

—¡Fue una de las condiciones para que le dieran la presidencia! ¡Una condición que puso su padre para cederle sus acciones!

—¿Y por qué la hija de Robert Carrington? —preguntó sin entender nada.

La miró a los ojos fríamente. —Porque es una rica heredera cuya fortuna se valora en más de un billón de dólares. También están metidos en el negocio del petróleo.

Su amiga jadeó dando un paso atrás. —Un matrimonio concertado como antiguamente.

—Si no se casa con ella, las acciones volverán a su padre.

Intentando ignorar el dolor de esa traición se dejó caer en el sofá mirando el documento. Consuela la miró con pena. —Al menos ahora sabes lo que ha ocurrido.

—Sí —susurró intentando detener el llanto—. Que su maldita empresa le importa mucho más que yo. —Sonrió con tristeza. —Pero eso ya lo sabía, ¿no? Es capaz de hacer lo que sea por ella. —Una lágrima recorrió su mejilla y furiosa se la borró. —Incluso abandonarme en un hospital sin preocuparse por mi estado. —Recordando lo que había ocurrido hacía tres noches, dejó caer los papeles al suelo y se tapó la cara con las manos echándose a llorar.

Consuela se sentó a su lado y la abrazó. —¿Sabes lo más ridículo? —preguntó sobre su hombro mientras su amiga acariciaba su espalda—. Que hasta que Timothy no salió de la habitación del hospital no me di cuenta de que estaba enamorada de él. Antes de salir de casa de Dorothy pensé en no volver a verle. Pero después del accidente, después de que me diera ese maldito cheque, sentí terror.

—Shuss —susurró escuchando sus sollozos.

—¿Qué voy a hacer?

—No lo sé. Pero en cualquier decisión que tomes estaré a tu lado.

—Ya no lo soporto más.

—Entonces es hora de irnos un tiempo y poner distancia, cielo. Ya has sacrificado mucho por los Linthwaite y por todos los demás. Has sufrido más que nadie. Es hora de que vivas.

Capítulo 9

Melissa suspiró mirando sus tierras subida a su caballo. Tiró de las riendas observando como sus hombres vendimiaban y levantó el brazo para saludar al capataz que en ese momento se acercó sobre su caballo. Calvin sonrió. A sus sesenta años tenía fama de hombre duro y sus empleados le respetaban. Le costó que confiara en ella para llevar el negocio, pero después de un par de conversaciones dejó su trabajo para unirse a ella. Sus ojos castaños demostraban que estaba muy pero que muy contento. Se quitó el sombrero en señal de respeto. —Jefa, es la mejor cosecha que he recogido en años.

Asintió mirando fijamente el tractor cargado de uvas. —Eso está muy bien. ¿Y su sabor?

—Perfecta en su punto justo de acidez. Las lluvias de este invierno han beneficiado mucho a las viñas.

Sonrió satisfecha. Un año de trabajo. Al fin había dado sus frutos. —Me voy a la bodega. Quiero ser la primera en colocar el primer racimo de uvas en la estrujadora.

Calvin sonrió. —Voy con usted. Es algo que no quiero perderme.

Guiaron sus caballos hasta el camino y uno de los camiones los adelantó. Melissa tuvo que sujetar las riendas con firmeza y Calvin sonrió. —Cada día lo hace mejor.

—Por Dios, Calvin... Estamos solos, puedes tutearme.

Sin perder la sonrisa la miró de reojo. —¿Se arrepiente? —Le miró sin comprender. —Ha comprado una bodega de los años setenta que ha tenido que remodelar de arriba abajo. Ha gastado mucho dinero y no es algo que lleve precisamente en la sangre.

—¿Me estás preguntando qué hago aquí, Calvin? —preguntó divertida.

—Exactamente, jefa. Sé que es texana, pero...

Miró a su alrededor. —¿Sabes? Cuando mi madre vivía le dije que iba a ser vaquera. Así que cuando no supe que hacer con mi vida no me pareció mala opción. Encontré los viñedos y me pareció mejor porque no sabía montar a caballo.

Calvin apretó los labios. —Pero no es feliz aquí.

—¿Por qué lo dices? —Enderezó la espalda en su montura.

—Lo siento. No quería meterme donde no me importa.

Se quedaron en silencio durante varios minutos y ella tuvo que reconocer que a pesar de vivir en el paraíso, de haber hecho un hogar y estar satisfecha con lo que le rodeaba, era cierto. No era feliz. Había trabajado muchísimo para sacar la bodega adelante sumergiéndose en algo que al principio le había distraído y entusiasmado. Pero ahora el trabajo ya estaba hecho e iba a recoger beneficios. Muchos beneficios por lo que tenía calculado porque había conseguido que toda la cosecha del año anterior se vendiera a muy buen precio y la de ese año era el doble de cantidad. Pero en esos últimos meses había tenido mucho más tiempo para pensar y eso no la beneficiaba para nada.

—Tienes todo el derecho a preguntar, Calvin. Has cambiado tu vida por mí.

—Y ha sido lo mejor que he hecho nunca. Y el sueldo compensa.

—Pensarás que estoy loca.

—No he conocido persona más cuerda en la vida. Ni una mujer más trabajadora.

Se echó a reír. —No hace falta que me hagas la pelota, amigo.

Calvin se echó a reír. —Ni se me ocurriría. ¿Sabe? Consuela está muy capacitada para llevar esto. Se lo digo por si siente la tentación de volver a los grandes negocios. Ella es feliz aquí. Está a cincuenta kilómetros de los suyos. Y se ha echado ese novio tan musculoso que la deja temblando como ella dice.

Rió porque era imposible no hacerlo. —Sí, es muy feliz. Y estoy segura de que sería capaz de dirigir la bodega con un poco de supervisión. Pero he hecho aquí mi hogar.

—En eso se equivoca, jefa. El hogar está donde está el corazón y su corazón no está aquí.

Perdió la sonrisa de golpe viendo cómo se bajaba del caballo ante el lagar donde estaban descargando las cajas de uva. —Vamos allá. Nuestra primera vendimia —dijo mucho más emocionado que ella. Y en ese momento se dio cuenta de que aquel sitio era precioso pero un peñazo de vida. Empezaba a aburrirse de veras. Últimamente pensaba mucho en la vida que había tenido y por la que había luchado durante años. Todavía no podía creerse que por un hombre hubiera gastado todos sus ahorros en aquel sitio en lugar de retorcerle las pelotas antes de arrancárselas de cuajo. Estaba claro que la había afectado mucho, ¿pero por qué se había metido en eso? Tenía que haber ido al psicólogo en lugar de cambiar su vida radicalmente. Un par de cientos de sesiones poniéndole a caldo y se le hubiera pasado. Pero no, ella no. Ella tenía que invertir tres millones y medio en aquel negocio. Oye, pero la crisis había pasado. Ahora el problema era que tenía que disimular ante todos que todo iba bien porque sino pensarían que le faltaba un tornillo. Y estaba empezando a pensar que lo había perdido del todo porque se moría por regresar a Nueva York.

Sonriendo de oreja a oreja cogió el racimo de uvas. Calvin le sacó una foto colocándolo en la cinta transportadora que lo llevaría a la estrujadora. El colmo es que ella nunca bebía vino. Lo que indicaba que en su trabajo era la leche porque sabía ganar dinero como nadie.

Viendo como las uvas se alejaban entrecerró los ojos y antes de que cayeran en la cuba se volvió yendo hacia la puerta. —¿Calvin?

—¿Si, jefa?

—Consuela y tú quedáis al cargo.

Calvin sonrió empujando su sombrero hacia atrás. —Por supuesto.

—¿Estás loca? —gritó su amiga atónita viendo como metía un par de vaqueros en una maleta—. ¡No puedes dejarme aquí!

Asombrada se volvió. —¿Y Thomas?

—¿El musculitos? —preguntó incrédula—. ¡Es un entretenimiento en este peñazo de vida! ¡Quiero volver a Nueva York! —Se acercó uniendo las manos rogándole con la mirada. —Por favor, por favor... ¡No puedes dejarme aquí! ¡Quiero volver al centro del mundo!

Reprimió la risa. —Pues ya estás tardando en hacer la maleta.

Consuela chilló de la alegría abrazándola antes de correr hacia la puerta. Se volvió antes de salir. —¿Y cuál es el plan?

—¿Plan? —preguntó confusa.

—Vamos, en este último año han tenido que ocurrírsete muchas maneras de hacerle sufrir. De arrebatárselo todo, de hacer que se arrodille pidiéndote perdón —dijo con cara de loca—. Le retorcerás las pelotas, ¿verdad? Porque no vas a dejar que se quede tan fresco después de rechazarte y romperte el corazón en mil pedazos.

Hizo una mueca porque no se podía ser más gráfica. Pero no tenía nada en concreto, la verdad. —De momento busquemos piso.

—Hecho. —Salió corriendo y gritó—. ¡Vamos a recuperar nuestras vidas! ¡Dios, menos mal que se te ha pasado la crisis! ¡Me muero por una buena manicura!

Entró en el restaurante y caminó con sus tacones negros de quince centímetros sobre el mármol gris ignorando al maître que iba a preguntarle algo. Volvió la esquina para ver el enorme comedor lleno de mesas redondas finamente decoradas. Con un vestido blanco que se ajustaba a su piel de una manera casi escandalosa y con su precioso cabello rubio peinado en ondas hasta la cadera, miró a su alrededor poniendo la mano en la cintura. Varios comensales se volvieron, pero ella ni se dio cuenta mirando fijamente la mesa principal donde Calvert guapísimo vestido de smoking charlaba animadamente con un hombre que tenía en frente. Poco a poco los comensales fueron dejando de hablar para mirarla y su marido levantó la vista quedándose helado al verla. Enderezó la espalda y ella sonrió de oreja a oreja. —¡Calvert! —exclamó en voz alta haciendo que todos se volvieran a mirarla—. ¡Querido, felicidades!

Bajó los escalones y caminó como si estuviera entusiasmada por verle mientras que por dentro estaba temblando porque no podía creerse que todavía sintiera algo por ese hombre después de todo lo que había hecho.

Calvert muy serio se levantó dejando la servilleta sobre la mesa. —Melissa, esto sí que es una sorpresa.

Ella se acercó y sin perder la sonrisa dijo lo suficientemente alto —Ya me conoces querido, siempre me gusta sorprenderte.

—Calvert, ¿quién es esta mujer? —preguntó un hombre levantándose.

Al reconocer al padre de Calvert cuando se puso a su lado ella le miró de arriba abajo. No se parecía en nada a su hijo, lo que demostraba que había salido a la familia de la madre, gracias a Dios, porque ese hombre tenía una barriga que parecía embarazado de cinco meses.

—¡Señor Linthwaite! —Sorprendiéndole le dio un abrazo. —¡Al fin conozco a mi suegro!

Los rumores corrieron por el salón.

—Melissa, ¿esto es una broma?

—¿Broma? —Le miró a los ojos sin comprender. —¡Creía que la broma me la estabas gastando tú! Mira que eres malo. —Le guiñó un ojo. —¿Una cena de accionistas sin la accionista mayoritaria? —Se echó a reír. —Qué gracioso eres, mi amor.

—¿Pero que dice esta mujer, Calvert? —preguntó su padre furioso—. ¿Es que está loca?

—Espera, padre.

La cogió por el brazo intentando apartarla, pero ella se soltó mirando a la mesa. —Uhhh... langosta. Me encanta la langosta, cielo. Ya lo sabes. —Se echó a reír. —O igual no. No me conoces demasiado. —Se echó a reír de nuevo. —Pero yo a ti te conozco muy bien. —Le guiñó un ojo viendo que estaba que se le llevaban los demonios. En ese momento llegó Consuela con sus abogados detrás. —Oh, ¿ya estáis aquí? Os ha costado aparcar.

—Un poco. Pero ya estamos aquí. ¡Camarero champán!

—Amiga, vamos a esperar un poco —dijo sintiendo una satisfacción enorme antes de volverse hacia la audiencia que no perdía detalle—. Para quien no me conozca, soy Melissa Paxton Linthwaite. —Miró a Calvert que se tensó con fuerza. —Perdona cariño, pero aprecio mucho el apellido de mi padre como para perderlo. —Sonrió dulcemente. —Lo entiendes, ¿verdad? A él le gustaría estar delante de los Linthwaite. Sí, estaría encantado. Bueno, al grano. —Miró a la audiencia de nuevo. —El hecho es que Linthwaite Oil, como todos ustedes saben, otorga unas pequeñas participaciones a los directores de las plantas petrolíferas y de refinado todas las navidades. Es una manera que tiene la empresa de incentivar a los trabajadores para que si las

acciones suben, vean algo de los beneficios. —Sonrió radiante dando una palmada. —¡Adivinen! ¡Me las han cedido! ¡Todas! ¿A que es genial? Eso por no hablar de que muchos de los que están sentados aquí han sido muy malos porque esta misma mañana me han vendido sus acciones. Pero es una cena gratis y no hay que desaprovecharla. —Pasó ante Calvert. —Por cierto, gracias por el cheque —susurró fríamente—. Me ha venido genial para comprarlas. —Se volvió de nuevo hacia su audiencia. —Treinta acciones por aquí, veinte por allá, vamos que conseguí de esa manera un diecisiete por ciento.

—¡Esto es ridículo! —exclamó el padre de Calvert.

—Espera Kevin —dijo Timothy muy tenso.

—¡Oh, pero si estás aquí! —Rodeó la mesa y le abrazó mirando a Calvert. —¡Cariñito, gracias a él estamos aquí! —Le apretó las mejillas. —¿A que es un amor?

—¡Ve al grano, Missy! —gritó furioso.

Que la llamara por su apodo la tensó. —¿Al grano? Pero si ya sabes lo que voy a decir, mi amor. —Le miró a los ojos fríamente. —Quiero el divorcio.

Los abogados empezaron a repartir unos dosieres mientras Calvert apretaba los puños. —Tienes un veinticinco por ciento de acciones de las que me corresponden la mitad. Por supuesto si tu padre te diera su treinta por ciento serían un cuarenta y dos por ciento frente a mi treinta y nueve por ciento sin hablar de los picos, pero... —Consuela tiró sobre la mesa un dossier. —¿Adivinen quién ha financiado el resto de mis acciones? —preguntó emocionada. Como nadie decía ni pío rió—. ¿Nadie? Vamos, es muy sencillo. —Se volvió hacia los Linthwaite poniendo una mano en la cadera. —Robert Carrington.

Varios jadearon de la sorpresa, pero ella hizo un gesto sin darle importancia. —Un hombre de lo más agradable. Por supuesto me ha cedido sus acciones. Ahí tienen los papeles, así que ahora controlo el cuarenta y tres por ciento de Linthwaite Oil. —Sonrió maliciosa. —Es una pena que estuvieras casado conmigo y tuvieras que rechazarla, ¿verdad? ¿No se lo tomó bien? Cariño, solo tenías que pedir el divorcio y yo lo hubiera comprendido.

Kevin Linthwaite miró atónito a su hijo. —¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Has perdido la empresa?

—Sí, suegro. La perdió cuando se casó conmigo —dijo fríamente mirándoles con odio—. Debía ser el destino. ¡Os quiero fuera de mi empresa desde ya! A partir de ahora Melissa Paxton toma el mando. —Pasó entre las mesas caminando con paso firme y subió los escalones volviéndose al llegar arriba para mirarle. Kevin gritaba a su hijo, pero él no dejaba de mirarla. Levantó una de sus cejas rubias antes de lanzarle un beso. Se unió a Consuela y juntas salieron del restaurante con paso firme sonriendo maliciosas.

La noticia salió en todos los periódicos a la mañana siguiente y satisfecha vio su foto saliendo en una cena de gala hacía dos años antes de entrar en Linthwaite. Era una foto de archivo que les había venido de perlas en ese momento. Pero salía muy mona. Dejo el periódico sobre la encimera y cogió el bolso que le tendió Consuela. —¿Lista?

—Más me vale.

—Sabes lo que vendrá ahora, ¿no?

—Por supuesto. Se negará al divorcio para no perder las acciones.

—Exacto.

—Pero he hecho el suficiente ruido para que no me echen a patadas porque en este momento los tienen por corbata y no saben por dónde puedo salir.

Le guiñó un ojo. —De vuelta al juego.

—Exacto.

—Me encanta.

—Y a mí.

Salieron del apartamento y al salir a la calle se subieron al coche con chófer que había alquilado. Había que aparecer con clase, sobre todo porque estaría lleno de prensa deseando enterarse de lo que había ocurrido, aunque había sido muy clara la noche anterior, pero esperarían unas declaraciones. Se miró el traje azul pálido que había escogido con una camisa blanca de seda sin botones frontales.

—No te pongas nerviosa. Estás preciosa. Y que te hayas dejado el cabello suelto te da un aspecto más dulce.

Miró a su amiga a los ojos y Consuela apretó los labios al ver que sus ojos color miel mostraban algo de miedo por tener que enfrentarse a él, así que cogió su mano. —Tranquila. Hemos pasado horas hablando de esto. Puede que sientas mil cosas a su lado, pero no te merece. Por mucho que intente embaucarte no caerás en la trampa. Sabes que solo quiere las acciones. Tuvo un año para buscarte. Tú no te escondiste en ningún momento. Ni una llamada para saber cómo estabas después del accidente. Solo tienes que recordar eso.

Tomó aire mirando por la ventanilla. —Lo sé.

—Estoy a tu lado. Como siempre.

La miró emocionada. —¿No te cansas de que te meta en líos?

—Si me hubiera quedado en el pueblo, hubiera vegetado casada con alguno de la refinería y ya tendría seis mocosos que me pondrían de los nervios. Mi única satisfacción sería el polvo de los sábados por la noche y puede que ni eso. —Apretó su mano. —Tú me has mostrado el mundo, cielo. No me arrepiento de ni un solo minuto de estos diez últimos años y estoy deseando vivir los diez siguientes porque seguro que serán maravillosos.

—Te quiero. Eres mi hermana.

—Ni la sangre es más fuerte que lo que nos une y será así hasta la muerte. Eso no lo dudes nunca. Puede que haya momentos en los que te haya fallado...

—No digas eso. Teníais derecho a vengaros como yo.

—Ya, pero si no hubiera sido por ti ahora estaríamos todos en la cárcel.

—Eso ya no importa. Ahora estamos aquí.

Consuela sonrió. —En la cima.

Asintió mirando la ventanilla de nuevo y se mordió el labio inferior al ver a los periodistas tirándose al coche. —Menudo circo.

—Lo importante es quien es el jefe de pista. Venga, Missy. Haz que los de Linthwaite se queden con la boca abierta cuando te vean por la televisión.

Puso su mejor sonrisa mientras el chófer abría la puerta y varias cámaras enfocaron como sacaba sus preciosas piernas saliendo del coche con elegancia. —Buenos días, chicos.

—¡Señora Linthwaite! ¿Es cierto que es la nueva presidenta de la empresa? ¿Se la ha robado a su marido?

—Uy, que manera más fea de decir que he sido más lista.

Varios se echaron a reír mientras caminaba hacia la puerta. —¿No le importa lo que diga la gente de usted?

Se volvió hacia el que había preguntado. —Lo único que me importa es Linthwaite Oil y que todos y cada uno de sus trabajadores puedan ir a trabajar con seguridad para recibir el salario que tan duramente se merecen. Desgraciadamente este es un trabajo peligroso y yo misma lo he vivido

en mis carnes cuando era apenas una cría. Muchos trabajadores me han cedido sus acciones porque confían en mí y en mi criterio a la hora de dirigir esta empresa y no pienso defraudarlos. Me dejaré la piel por ellos y los que me conocen lo saben bien. A partir de ahora van a cambiar muchas cosas en Linthwaite Oil. Los beneficios son importantes para los accionistas, pero sin nuestros trabajadores no seríamos nada.

—¿Se casó con Linthwaite para conseguir sus acciones? ¿Cuándo se casaron?

Se tensó imperceptiblemente, pero era mejor contestar esa pregunta cuanto antes para quitarla del medio. —Nos casamos hace casi un año en New Jersey. De hecho el sábado es nuestro aniversario de boda —dijo con ironía—. ¿Creéis que me regalará algo?

Varios se echaron a reír. —¿Y por qué lo ocultaron?

—Eso tendrán que preguntárselo a mi futuro exmarido, porque yo no he vuelto a saber nada de él después de tener un accidente de coche el mismo día de nuestra boda y de que me abandonara en el hospital. Intenté llamarle cien veces, pero no me pasaban sus llamadas, así que deduje que no quería volver a verme. Igual se arrepintió. Peor para él. Ahora si me disculpan lo único que me importa es la empresa. Buenos días.

Consuela entró tras ella en la empresa orgullosa como un pavo real. —Le acabas de hundir en la mierda.

—A ver si flota —siseó con rabia porque recordar lo que había sentido en ese hospital la había puesto de muy mala leche.

Caminaron hacia los ascensores mientras varios trabajadores las miraban susurrando.

Consuela pulsó el último piso y miraron al frente mientras se cerraban las puertas. Suspiró del alivio. —Tranquila, queda mucha mañana por delante —dijo su amiga—. No dejes que te haga perder los nervios.

Asintió escuchando el click del ascensor y ambas salieron yendo hacia el pasillo. Cuando giraron la esquina levantó las cejas al ver a dos secretarías nuevas. Al parecer su maridito seguía teniendo los mismos problemas de siempre. Ignorando sus miradas de asombro fueron hasta el despacho de Calvert pasando ante Julie Anne que las miró con la boca abierta. Ésta no había leído el periódico. Había que estar más informada.

Consuela le abrió la puerta y ella entró en el despacho viendo a Calvert mirando el enorme ventanal con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Le hizo un gesto a Consuela que sin entrar cerró la puerta. Cuando lo hizo caminó hasta el escritorio y puso su bolso sobre unos papeles. —Buenos días, cariño.

Él se tensó sin volverse aunque sabía de sobra que estaba allí antes de hablar. Se volvió lentamente y ella sonrió irónica al ver su corbata roja. Siempre se la ponía cuando tenía que cerrar un negocio difícil. Dándose valor miró sus ojos verdes. —Cielo, no tienes muy buena cara. ¿No has dormido bien?

—¿Qué has hecho, Melissa?

—Ya me conoces. No me gusta quedarme con el golpe. Prefiero devolverlos. —Levantó una de sus cejas rubias. —¿No deberías irte?

—Aún no es tuya.

—Para lo que me queda. ¿No te ha llegado la demanda de divorcio?

—¡Puedo retrasar este divorcio años! ¡Eso si es legal!

Sonrió divertida. —Sabes que es legal. Si no ya habrías conseguido el divorcio o la anulación mucho antes. ¿No te lo ha dicho Timothy? —Le guiñó un ojo. —No intentes colármela. Deje de chuparme el dedo hace mucho tiempo.

—Sigo manteniendo la mayoría de las acciones. —Muy tenso dio un paso hacia ella.

—Bueno, si quieres esperar a la resolución del juicio... —Se encogió de hombros.

La miró con desconfianza. —¿Te vas?

Se echó a reír cogiendo su bolso. —Qué más quisieras. Puede que tú conserves esas acciones de momento, querido, pero soy la segunda accionista y pienso cuidar de lo que es mío. Supongo que mi despacho está libre.

—Pues no. Te sustituí hace meses —dijo fríamente.

—¿En todos los aspectos, mi vida?

—¡Deja de llamarme así!

—¿Te molesta?

—¡Pues ya que lo dices sí!

—Pues te jodes.

Se volvió para ir hacia la puerta y la abrió sobresaltando a Consuela que estaba al lado del interfono con la oreja puesta. Puso los ojos en blanco antes de pasar ante ellas. —¿Consuela?

—¿Sí, jefa?

—Desaloja mi despacho.

—Enseguida —dijo deseándolo.

Miró su reloj antes de mirar a las secretarias levantando una ceja. —¡Ayudadla a sacar sus pertenencias! ¡Tengo mil cosas que hacer!

Casi echaron a correr hacia el despacho y vio por el rabillo del ojo que Calvert la observaba desde la puerta de su despacho. Se volvió a mirarle divertida y él apretó los labios antes de cerrar la puerta de golpe.

—Pues todavía acabo de empezar. —Se le cortó el aliento al ver a una preciosa morena vestida con un carísimo traje negro saliendo de allí casi a la fuerza por Consuela. Frunció el ceño colgándose el bolso del brazo antes de dar un paso hacia ella. —¿Tú quién coño eres? —preguntó furiosa.

—Hilary Hollan —dijo algo pálida—. Señora Linthwaite...

Levantó la mano acallándola y mirándola como si quisiera matarla. —¿Cuánto llevas trabajando en mi despacho?

—Seis meses.

—¿Seis meses? —Había trabajado mucho tiempo más que ella. Se la había tirado fijo. — Largo.

—¿Pero qué tengo que hacer?

—¡Despedida! —gritó sobresaltándola—. ¡Consuela que desaparezca de mi vista!

—Sí, jefa.

Pasó a su lado entrando en su despacho y al ver a otra secretaria recogiendo sus cosas a toda prisa se detuvo en seco poniendo las manos sobre la mesa. La chica la miró casi con miedo. —¿Se han acostado?

La chica miró hacia la puerta y se acercó ligeramente. —Ella lo ha intentado, pero él no...

—¿Consuela, que la echen ahora mismo!

—Ya estoy llamando a seguridad.

—A ésta reubícala en la mesa libre de ahí fuera. Me gusta. Será tu ayudante a partir de ahora.

La chica sonrió. —Gracias, jefa. Me llamo Lara.

—Sí, ya, ya.

Las otras dos se miraron aliviadas sacando una caja cada una. Melissa entró en su despacho y

apretó los dientes viendo el color azul oscuro de las paredes. —¡Consuela!

—Pediré que te lo pinten de blanco el fin de semana.

—¿Y dónde está mi cinta de correr?

—En unas horas tendrás otra.

Gruñó al ver la superficie de su mesa. Faltaban todas sus fotos familiares. —¿Dónde están mis cosas?

—Las habrán tirado, jefa.

Miró hacia la puerta. —¡No se habrá atrevido a tirar las fotos de mi familia! —Se volvió para ir hacia el despacho de Calvert cuando vio una puerta entre los dos despachos. Se quedó de piedra. —¿Qué coño es esto?

Consuela entró a toda prisa y sonrió. —¡La han hecho!

La miró asombrada. —¿La encargaste tú?

—Es para que no rodearas los despachos. Aunque fue idea del jefe.

Gruñó abriendo la puerta de golpe y Calvert que estaba tras su escritorio apretó los labios. —¿Te importaría dejar de gritar?

—¿Dónde están mis cosas?

—Ni idea —respondió sin importarle un pimiento—. ¿Crees que me encargo de esas cosas?

Apretó los puños volviendo a su despacho dando un portazo y Consuela la miró con pena. —Conseguiré otras.

—Solo tenía dos fotos decentes con mi padre. Tengo más con mis hermanos, pero sola... —Intentando ignorar el nudo en la garganta, porque ni se habían molestado en enviarle sus cosas cuando se las había reclamado a su secretaria cien veces, fue hasta su mesa y se sentó en su sitio. —Empecemos a trabajar. Consígueme una clave. Quiero ver cómo va todo.

Sentada ante el ordenador movió el ratón para comprobar las cifras de Singapur. La puerta de comunicación con Calvert se abrió tan lentamente que ni se dio cuenta y Melissa se mordió su grueso labio inferior entrecerrando los ojos. ¿Pero qué había hecho esa morena?, pensó frustrada porque no se habían conseguido los resultados previstos.

—No era como tú.

Se le cortó el aliento volviendo la cabeza como un resorte para ver a Calvert en mangas de camisa apoyado en el marco de la puerta. —Eso es obvio.

Era listo. Llevaba todo el maldito día sin dirigirle la palabra y se presentaba allí cuando ya no quedaba nadie. Calvert apretó los labios al ver que seguía trabajando como si no existiera. —He visto tus declaraciones a la prensa.

—¿No me digas? —preguntó aparentando estar distraída deslizando el ratón para pinchar una casilla.

—No sabía que estabas en el hospital.

—¿No? —preguntó como si le importara un pimiento—. Será porque no te interesaste por mi estado.

Él dio un paso hacia ella. —Siento lo del accidente. Fue culpa mía y...

—Pues sí. —Levantó la vista hacia él antes de reclinarsse en su asiento. —Calvert, ¿qué quieres?

—Me gustaría hablar de ese día. Te juzqué mal y me comporté como un gilipollas.

Sonrió irónica. —Esas disculpas llegan tarde, ¿no te parece? A no ser que quieras hacer las paces para que no te quite la mitad de tus acciones, porque hasta este momento lo que opinaba de ti y de ese día te importaba una mierda.

Calvert apretó las mandíbulas. —No me importaba una mierda.

—Claro que sí. Al menos deberías ser sincero. —Le miró con odio. —No voy a retractarme y lo que es más importante, sigo queriendo el divorcio. Y cuanto antes.

—¿Cuanto antes por qué?

—¿Por qué? ¡Para echarte a patadas, imbécil! Me asquea ver tu cara. ¿He hablado con la suficiente claridad? ¡Me asqueas! Eres un maldito cobarde que no tiene lo que hay que tener para decirle a su mujer que no quiere saber nada más de ella. Envías a tu esbirro con un maldito cheque sin importarte ni como estoy ni como me siento. He perdido dos años de mi vida intentando recuperarme del daño que los Linthwaite me habéis hecho y no pienso perder ni un minuto más. Ahora lárgate de mi despacho —dijo con desprecio.

Volvió a mirar el ordenador mientras él la observaba pálido y para su alivio se alejó hacia su puerta. —¿Sabes, nena? Nunca he querido hacerte daño. El accidente fue totalmente culpa mía, porque cuando firmé el acta de matrimonio se me pasó la loca idea por la cabeza de que tú tenías algo que ver en aquello y me habías hecho una encerrona solo para vengarte como era tu objetivo desde el principio. —El labio inferior de Melissa tembló sin dejar de mirar la pantalla sin verla realmente. —Perdí los nervios. Conduje como un loco y sabía que estabas pasando miedo, pero estaba fuera de mí pensando que me habías traicionado.

—Eso solo demuestra como eres. No tenía que haberme extrañado lo que ocurrió después —dijo sin mirarle. Fue un alivio cuando sin decir ni una palabra más salió de su despacho cerrando la puerta lentamente. Melissa cerró los ojos reprimiendo las lágrimas. No sabía por qué dejaba que la afectara de esa manera porque jamás habían tenido una relación más allá del trabajo excepto por una sola noche. Una maldita noche que no hacía más que torturar sus pensamientos cada maldito día.

Se despertó sobresaltada y se sentó en la cama con los ojos como platos antes de escuchar un grito de Consuela. Asustada saltó de la cama torciéndose el tobillo cuando pisó uno de sus zapatos en su prisa por salir de la habitación. Corrió hasta el salón para ver a su amiga en pijama con cara de asombro y la mano en el pecho mirando el periódico. Miró a su alrededor, pero era obvio que no la estaba atacando nadie. —¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

Consuela levantó la vista hacia ella cogiendo el periódico y dándole la vuelta. Le dio un vuelco el corazón al ver una foto de un hombre con una máscara de oxígeno tumbado en una cama. Ella le reconoció enseguida, pero si alguien tenía alguna duda el titular era bien claro. Al borde de la muerte.

A su amiga se le llenaron los ojos de lágrimas. —Estaba en un hospital inconsciente cuando te visitó Timothy. Calvert no sabía nada.

Angustiada le arrebató el periódico leyendo la noticia a toda prisa. Un periodista había investigado el accidente y había averiguado que Calvert había sido trasladado a una clínica privada por orden de su padre, aislándole de su esposa y provocando la ruptura que querían porque se habían enterado de su reciente matrimonio. Hasta habían hablado con Dorothy que les había dicho que eran una pareja muy enamorada cuando se casaron. Que ella pensaba que aún estaban juntos porque eran el uno para el otro.

Se explicaba el accidente y cómo la pericia de Calvert les había salvado la vida, aunque él se había llevado la peor parte. Se pasó dos meses en el hospital por las heridas y la rehabilitación, y no se había filtrado la noticia para que no afectara a la empresa. Pasó la hoja y casi se desmaya al ver una foto de su padre con su traje de vigilante de seguridad de Oil Linthwaite. Allí explicaba todo lo que les había ocurrido y como después de muchos esfuerzos, de todos sus estudios, había

conseguido llegar a lo más alto de la empresa. Cómo había demostrado su valía en otros sitios y dos de sus jefes dieron declaraciones sobre lo exigente que era con su trabajo. Lo habían planteado todo como si fueran Romeo y Julieta. Que pasando por muchas dificultades, mentiras y manipulaciones, ella volvía a vengarse cuando el príncipe azul era inocente de todo. Y leyendo el último párrafo se temió que fuera verdad todo lo que allí se decía.

Sin darse cuenta de que estaba llorando miró a su amiga. —¿Qué es esto? —preguntó temblando.

—¡Fue el cabrón de su padre y Timothy! ¡Como cuando murieron nuestros padres! —exclamó su amiga con odio—. Fue tu marido quien recortó los gastos, pero me juego la cabeza que ellos fueron los responsables. Por eso su padre se largó de la empresa. ¡Para que no le salpicara la mierda si llegaba el momento! ¡Os han manipulado, Melissa! ¡Calvert no sabía que estabas en el hospital y no te contestaba al teléfono porque estaba ingresado!

Sintiéndolo que se le aflojaban las piernas tuvo que sentarse en una de las sillas. —Dios mío.

—¿Qué vas a hacer?

La miró con sus ojos cuajados en lágrimas. —Ayer mismo le dije que me daba asco.

—Tú no sabías esto. No sabes lo que le dijeron a él cuando se repuso. Seguramente que le habías abandonado. Que te habías largado con el cheque porque era lo único que querías de él o vete tú a saber. Ese cabrón de Timothy... Ya sabía yo que era un mal bicho.

—Si hubiera insistido en verle. Si hubiera venido a la empresa...

—¡Ni te habrían dejado pasar por la puerta! ¡No podían dejar que le vieras! Si no te hubieras presentado en el restaurante y lo hubieras hecho de otro modo no estaríamos aquí. A saber de lo que son capaces.

Se le heló la sangre mirándola a los ojos. —Timothy me amenazó.

—¿Cómo que te amenazó? —Se sentó a su lado.

—Dijo que no iba a dejar que lo destruyera todo. No recuerdo exactamente sus palabras, pero me amenazó.

—No eres dada a los dramatismos, así que te creo.

—¿No soy dramática? —preguntó histérica—. ¡Le he quitado la empresa!

Su amiga hizo una mueca. —Bueno, no eres dramática, tienes muy mala leche que es muy distinto. Y todavía no le has quitado la empresa. Si no te divorcias...

Jadeó mirándola con los ojos como platos. —¿Estás loca? ¡Este matrimonio no funcionaría nunca!

—Con ese suegro tocapelotas puede que no, pero tú no pierdas la esperanza.

—¿Estás loca?

—¡Me niego a que ganen los malos!

Entrecerró los ojos. —¿Y Carrington?

Su amiga hizo una mueca. —Tendrás que hablar con él.

—No lo aceptará. Perderé un ocho por ciento de las acciones.

—Seguiréis teniendo un cuatro por ciento más que ese cerdo.

—Pero se aliará con alguien para echarnos a los dos.

Su amiga señaló el periódico a sus pies. —¿Después de eso? Lo dudo. Pero de todas maneras eres demasiado lista como para no llevar un as en la manga.

—No tengo ese as. Y puede que no lo tenga nunca.

—Ahora lo único importante es que aclares las cosas con Calvert —dijo ella con cariño.

Asustada se apretó las manos. —¿Y si no...?

—No pienses en lo malo hasta que llegue, cielo. No te tortures más por algo que no está en tus manos. Y si os queréis, si queréis estar juntos, que ninguna empresa y ningún cabrón sin sentimientos se interponga entre vosotros.

Capítulo 10

Llegó al trabajo vestida de verde pasando entre los fotógrafos con las gafas de sol puestas sin hacer declaraciones porque ni sabía qué decir. Cuando hacía dos días había iniciado aquel circo no se esperaba lo que había pasado.

Fue hasta el ascensor con Consuela detrás que no decía ni pío y cuando iban a entrar miraron a un hombre trajeado que se puso a su lado. Él carraspeó. —Mejor cojo el otro. —Salió de allí a toda prisa y Consuela pulsó el último piso.

—¿Les has oído? —preguntó angustiada quitándose las gafas para meterlas en el bolso—. Que si me arrepiento de haber sido una bruja con mi marido.

—Qué sabrán esos buitres.

—¿Y si tienen razón?

—No hay que perder la esperanza. —Le guiñó un ojo saliendo en el último piso. Nunca había estado más nerviosa en su vida porque tenía la sensación de que de esa conversación dependía todo su futuro. Salió del ascensor dándose valor y cuando pasó ante las secretarias ni las miró abriendo la puerta de su despacho. Dejó el bolso sobre la mesa de su secretaria y ésta asintió animándola con la mirada. Cuando abrió la puerta se detuvo en seco al ver a Calvert con la cadera apoyada en su escritorio y se enderezó cuando la vio. Se miraron a los ojos, pero en su mirada solo había frialdad lo que le retorció el corazón. Estaba en su derecho de estar enfadado con todos, eso no podía reprochárselo porque ella tampoco había luchado por él. Cerró la puerta suavemente y se acercó, pero solo podía ir con la verdad por delante así que dijo —Lo siento.

Calvert la miró sorprendido y ella hizo una mueca sonrojándose. Estaba claro que debía pensar que era una bruja porque no se esperaba sus disculpas. —No lo sabía y te juzgué sin saber lo que había ocurrido. —Él la miró fijamente y Melissa se sonrojó. —¿Estás bien?

Él alargó la mano hacia ella y Melissa sin dudar lo estiró la suya lentamente rozando la palma de su mano con las yemas de los dedos antes de cogerla. Calvert tiró de ella pegándola a su cuerpo y se miraron a los ojos. Él sonrió con tristeza acariciando su mejilla con la mano libre y Melissa cerró los ojos sintiendo que su contacto era lo mejor del mundo.

—¿Por qué has vuelto? —susurró él—. ¿Por qué no has seguido tu vida?

Abrió los ojos mirando los suyos. —Será el destino que me une a ti.

Calvert la abrazó con fuerza como si la necesitara y ella rodeó su cuello con los brazos. —Nunca vuelvas a dudar de mí y yo no lo haré de ti, preciosa.

—No te abandoné. —Besó su cuello desesperada por sentirle. —Dime que estás bien.

—Estoy bien. Me golpeé la cabeza y tuve una fisura en una vértebra, pero ahora todo está bien. —Cerró los ojos. —¿Y tú, nena? ¿Estás bien?

Una lágrima corrió por su mejilla.

Él preocupado se apartó para mirar su rostro. —Preciosa, dime que todo va bien. El riñón...

Forzó una sonrisa. —Estoy bien.

Calvert se tensó. —¿Qué me ocultas?

No sabía si decírselo, pero tampoco quería más mentiras entre ellos. —Eso no fue culpa de nadie. El accidente no tuvo nada que ver.

Él palideció. —¿Qué te ocurre?

—Tres meses después perdí a nuestro bebé.

Calvert dio un paso atrás como si le hubiera golpeado y se volvió llevándose las manos a la cabeza. Sollozó al ver su dolor. —No fue culpa de nadie, cielo. El doctor dijo que podía pasar y que era mejor que pasara en ese momento que más adelante. Algo no debía ir bien y...

Se acercó a ella de nuevo para abrazarla. —Dios, nena. ¿Cuánto dolor puedes soportar? —Una lágrima cayó por su mejilla. —Lo siento —susurró contra su oído—. Tenía que haberte encontrado. Tenía...

—Shuss. —Se aferró a su cintura. —Ahora estás aquí.

Él cerró los ojos. —Ahora estoy aquí, preciosa. Eso no lo dudes.

—¿Entonces no me concedes el divorcio?

Se apartó mirándola sorprendido. —¿Qué has dicho?

—Si quisieras divorciarte lo entendería.

—¿Lo entenderías?

Se sonrojó con fuerza sorbiendo por la nariz. —Que no lo digo por las acciones.

—¡Más te vale! —Le gritó a la cara. —¡No, no te doy el divorcio!

—¿Y eso?

La miró sin comprender. —¿Y eso qué?

—¿Que si me niegas el divorcio por quedarte las acciones? —Entrecerró los ojos. —¿No será por eso, no?

Él gruñó atrapando su boca y Melissa gimió inclinándose hacia atrás. La cogió por la cintura pegándola a su cuerpo antes de llevar las manos a su trasero. Mareada levantó las manos hasta sus hombros necesitando asirse a algo y Calvert amasó su trasero haciéndola suspirar en su boca. Él se separó lentamente para mirarla a los ojos. —Joder, me gustaría que no estuviéramos aquí. Puede entrar alguien en cualquier momento. —Le miró con picardía haciéndole sonreír. —No me tientes...

En ese momento escucharon a Consuela gritar —¡No puede pasar!

Se volvieron hacia la puerta y en ese momento entró Kevin Linthwaite y por su cara iba a la guerra. Melissa chasqueó la lengua poniendo la mano en la cintura. —¿No sabe llamar? Consuela, puedes irte. —Su secretaria asintió cerrando la puerta.

Escuchó que Calvert suspiraba tras ella. —Padre, ¿qué haces aquí?

—¿Has dejado que esta mujer se quede en mi empresa? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Cuando me lo dijo Timothy ayer por la noche no me lo podía creer!

—Sí, estoy segura de que Timothy le ha informado puntualmente de todo —dijo ella con sorna—. Como es su peón no me extraña nada. Por cierto, gracias por los dos millones.

—Padre, aunque pudiera echarla no quiero —dijo Calvert colocándose a su lado y advirtiéndola con la mirada—. Ayúdame un poco —siseó.

—Hemos perdido un año por su culpa —respondió entre dientes—. A éste no le doy ni agua.

—Es mi padre.

Chasqueó la lengua cruzándose de brazos antes de fulminar a Kevin con la mirada. —¿Qué quiere? —le espetó.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono, zorra aprovechada? —preguntó rojo de furia.

—¡Padre, contrólate! —gritó Calvert—. ¡Es mi mujer! ¡Y si no hubierais intervenido hace un año, lo seguiría siendo!

—¿De veras? —preguntó encantada cogiéndole del brazo—. Éste te hubiera quitado las

acciones para que me dejaras.

Calvert apretó los labios furioso dirigiéndose a su padre. —Sabes que el matrimonio con Roslyn no hubiera funcionado. ¡Es una consentida desde que nació! ¡No se quería casar!

—¡Su hija nunca le hubiera llevado la contraria a Carrington!

—¡Llevaba cuatro años dando largas antes de que apareciera Melissa!

—¡Era muy joven cuando se hizo este compromiso! ¡Apenas tenía dieciséis años!

—¡Roslyn tampoco quería casarse!

—Oye, parece que te molesta un poco —dijo mosqueada.

—¡Nena, ni te imaginas lo que he tenido que hacer este último año para torear a Carrington porque estaba muy empeñado en la boda cuando su hija llevaba años dando largas!

—¡Tendrías que haber anulado esta locura de matrimonio en cuanto te recuperaste!

Calvert se tensó al escuchar a su padre. —Quería verla antes de hacerlo. Pero me manipulasteis. ¡Dijisteis que había desaparecido con los dos millones! ¡Que no quería volver a verme! ¡Que lo que pasó con su padre jamás me lo perdonaría! ¡Que me odiaba por el accidente! —Melissa palideció. —¡Que volvería a por más dinero y que me daría cuenta de cómo es! ¿No lo recuerdas, padre? ¡Estaba tirado en la cama del hospital cuando tuvimos esta conversación! —gritó furioso—. ¡Retorcisteis todo lo que os conté para ponerme en contra de ella, pero no te esperabas que me negara al divorcio! —Dio un paso hacia él. —¿Cómo manipulasteis al detective? —Kevin se tensó antes de mirarla de reojo. —¡Mírame! —gritó su hijo—. Contraté a un detective para que la buscara. Le sobornaste, ¿verdad?

—¡No digas estupideces! ¡Yo quería que la encontraras para que te divorciaras ya porque no entrabas en razones!

A Melissa se le cortó el aliento viendo que hablaba con sinceridad. —Fue Timothy.

Los dos la miraron. —¿Por qué iba a hacer él eso? —preguntó Kevin con desprecio.

—Porque me amenazó.

—¿Qué dices, nena?

—Dijo que había invertido mucho esfuerzo para que llegaras a la presidencia y que no iba a dejar que yo lo estropeará todo. Me amenazó con cerrar Linthwaite si no me iba. Dijo que si apreciaba a los míos me largaría. —Los dos la miraron impresionados. —Le contesté que me conocía muy bien. Fue cuando me respondió que era yo quien no le conocía y como no me fuera lo iba a pagar muy caro.

Kevin frunció el ceño. —Yo no le ordené que te dijera eso.

—¿Y qué le ordenaste, padre? —gritó Calvert furioso.

Su padre apretó los labios mirando a su hijo a los ojos. —Simplemente que la convenciera para que firmara el divorcio. ¡Que le pagara lo que fuera para que desapareciera! ¡Había pasado tres días muy nervioso! ¡Estabas en el hospital y no sabíamos si despertarías! ¡Tu madre estaba histérica y tenía que ocultar todo a la prensa!

—¿Tres días? —preguntó ella sorprendida—. Él estuvo en el hospital la mañana después de ingresar.

Kevin negó con la cabeza. —Eso es imposible. No lo recordarás bien porque...

—¡Te digo que era domingo! ¡Consuela puede verificarlo porque fue ella misma a buscarme!

Calvert la miró. —Nena, ¿estás segura?

—Segurísima. Al día siguiente intenté llamarte varias veces, pero Julie Anne no me pasó. Y tu teléfono estaba apagado.

—Entonces habló contigo antes de que se lo pidiera mi padre —dijo pensativo.

—Será porque te aprecia, hijo.

—Vaya gracias, suegro —le soltó irónica.

Tuvo la decencia de sonrojarse. —No es que seas mala en tu trabajo.

—¡Soy la leche en mi trabajo, gracias!

—¡No eres la que había elegido para él!

—¡De eso ya me he dado cuenta!

De repente los dos miraron a Calvert que pensativo se había sentado en la esquina del escritorio. —Hijo, ¿te duele la cabeza?

Jadeó llevándose la mano al pecho. —Cariño, ¿te duele por el accidente? ¿Sufres secuelas?

—Estoy bien —respondió haciendo que los dos suspiraran del alivio antes de mirarse con rencor.

Melissa se acercó a él. —Cielo, ¿qué pasa? Este ogro al final me tragará. —Le guiñó un ojo. —Casi está en el bote.

Kevin gruñó cruzándose de brazos. —No creas.

—No, no es eso —dijo con la mirada perdida muy concentrado—. Aquí hay algo muy extraño. ¿Como sabía que estábamos casados?

A Melissa se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Yo estaba inconsciente. ¿Cómo se enteró de nuestro matrimonio?

Kevin dio un paso hacia ellos. —A mí me lo dijo él. Creí que le habías llamado durante el fin de semana antes del accidente con el coche. —Calvert negó con la cabeza. —Pues si estabas inconsciente...

Los tres se quedaron en silencio y ella al ver su cinta para correr en la que no había caído hasta ese momento y los portarretratos con las fotos de sus familiares, supo que habían encontrado sus cosas y levantó un dedo colocándolo sobre los labios antes de ir hacia la puerta y abrirla lentamente sin hacer ruido. Unos segundos después entró con un aparato en la mano y les guiñó un ojo antes de ir hacia el despacho de Calvert y encenderlo mostrando una luz verde. Empezó a pitar a medida que se acercaba al escritorio y al acercarlo al cubitero de bolígrafos se puso como loco. Volcó el contenido sobre el escritorio y lo pasó por todos los bolígrafos. Uno de oro fue el que dio la alarma y se lo mostró. Padre e hijo se miraron, pero ella no se quedó ahí. Repasó todo el despacho y había otro en el teléfono de sobremesa. Kevin se llevó las manos a la cabeza como si no se lo pudiera creer. Pero aquello no estaba en New Jersey ese fin de semana, así que se acercó a su marido con el aparato que se puso a pitar de inmediato. Asombrados vieron como lo bajaba por su brazo siguiendo la señal hasta su reloj Cartier. Calvert se quitó el reloj dejándolos sobre el escritorio y les indicó con la mirada que fueran al despacho de Melissa. Hizo un barrido rápido, pero allí no había nada.

—¿Qué es esto, hijo?

—No tengo ni idea. Pero está claro que me espiaba. —Miró a su mujer. —¿Cómo tenías eso?

—Bueno, cuando empecé aquí no es que confiara mucho en vosotros. Mejor ser precavida.

Su suegro puso los ojos en blanco mientras Calvert sonreía. —¿A que es maravillosa, padre?

Kevin volvió a gruñir y ella jadeó ofendida. —¡Oye, que tu hijo no podía haber encontrado alguien mejor! ¡Soy de Linthwaite!

Calvert separó los labios al igual que su padre que la miraron fijamente. —¿Será por eso? —preguntó su marido.

—Empiezo a pensar que sí.

—¿De qué habláis?

Calvert apretó los labios. —Nena, ¿por qué no te sientas?

Mirando sus ojos verdes tuvo un mal presentimiento. —Cielo, no me digas que tuviste algo que ver con la muerte de mi padre porque es algo que no superaríamos —susurró asustada.

—Melissa siéntate —ordenó Kevin más suavemente lo que la asustó aún más.

Poniéndose nerviosa se sentó en una de las sillas que había ante su escritorio y vio que ambos parecían preocupados, lo que indicaba que lo que fueran a contarle no iba a gustarle ni un pelo. —Muy bien, soltadlo de una vez.

—Íbamos a cerrar Linthwaite en un plazo de cinco años —dijo su marido frente a ella.

Se le cortó el aliento. —Por eso no invertíais en la refinería.

Kevin asintió muy serio. —Timothy y Calvert que acababa de llegar a la empresa, se encargaban del asunto, pero yo di la orden porque una refinería nueva me hubiera costado menos que arreglar la que teníamos allí.

—Además os beneficiaba más tenerla más cerca de buenas comunicaciones.

—Trabajas en esto, ya sabes como es. Por lo que tengo entendido hace meses tú estuviste a punto de tomar esa misma decisión en Indonesia.

Ella asintió mordiéndose el interior de la mejilla. —Pero la salvé.

—Linthwaite fue la primera refinería. El pueblo lleva nuestro nombre, y sabíamos que muchas personas se quedarían en la calle y tampoco queríamos eso. Era mala publicidad para nosotros —apostilló Calvert.

—¿Os verían como unos desalmados que dejan a su gente en la calle? —preguntó irónica.

—Nena, deja los sentimentalismos a un lado, ¿quieres? Estaba intentando encontrar la manera de salvarla.

—¿De veras?

—Parece que lo dudas.

—Ya que tú diste la orden de los recortes sí.

Padre e hijo se miraron y ella desconfió. —¿Qué me ocultáis?

Calvert se pasó una mano por la nuca apoyando la cadera en el escritorio. —Sí, di la orden de los recortes. Pero el generador que se recalentó y por lo que se provocó la explosión posterior, acababa de pasar una revisión exhaustiva.

—Eso decía el informe.

La miró a los ojos. —Durante años creímos que algún trabajador manipuló la máquina para provocar el accidente.

Incrédula vio que hablaban muy en serio. —¿Por qué pensáis eso?

—Porque una de las piezas no era la que se revisó unos días antes. Había sido sustituida por otra.

Se llevó una mano al pecho. —¿Y no lo investigasteis? ¡Murió mucha gente! ¡Murió mi padre y casi pierdo la vida! —gritó angustiada.

—Joder... —Calvert se agachó ante ella cogiéndola de las manos. —Nena, la empresa tenía que hacer recortes.

—¡Eso ya lo has dicho! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por qué no lo investigasteis?

—Por el seguro —dijo Kevin cortándole el aliento—. El seguro no hubiera pagado la reconstrucción de la planta.

—Dios mío.

Asqueada apartó las manos de Calvert que la miró angustiado. —Nena...

—¡Aléjate de mí! —gritó levantándose y apartándose todo lo que pudo llevándose las manos a

la cabeza intentando pensar.

—¡Nena, pagamos las indemnizaciones, pero si decíamos algo al respecto la planta se hubiera cerrado para siempre porque no hubieran pagado!

—A vosotros os vino estupendamente el boicot —dijo con rencor.

—Nuestras acciones cayeron en picado. ¡Te aseguro que no nos vino nada bien! ¡Perdí mi puesto porque los accionistas pidieron mi cabeza! —exclamó Kevin.

Le miró con odio. —¿Perdiste tu puesto? ¡Yo perdí a mi padre! —gritó furiosa levantándose la camisa, rasgándola sin darse cuenta—. ¡Perdí parte de mí! —Su suegro apartó la vista de la cicatriz como si estuviera avergonzado.

Unos brazos la rodearon y sin poder evitarlo se echó a llorar sobre el pecho de Calvert que la pegó a él. —No llores, preciosa.

—Tienes que encontrarle —sollozo—. Tienes que descubrir quién fue.

—Lo siento, pero eso es imposible. —Se le cortó el aliento levantando la vista hacia él. — Nena, tendríamos que devolver el dinero de la aseguradora. Y eso no sería lo peor dado el estado actual de la empresa, la prensa nos comería vivos. Tenemos que pensar en los cientos de trabajadores que están a nuestras órdenes. —Una lágrima rodó por su mejilla y él se la besó. — Cielo, compréndelo.

—¿Timothy tuvo algo que ver? —susurró.

—No lo sé, pero que te haya querido separar de mí me hace pensar que sí. Eso por no hablar de los micros.

Kevin asintió. —Estoy de acuerdo. No puede haber otra razón.

Se separó de Calvert pasándose las manos por sus mejillas para borrar las lágrimas. —¿Pero qué conseguía él ordenando algo así?

—Primero echarme a mí. Hubo ciertos problemas de los que fue el responsable, por eso entró Calvert a trabajar con él. Porque sabía que iba a echarle.

Miró a su suegro. —¿Y por qué eso no se hizo? ¿Por qué se quedó?

—Porque ocurrió lo de Linthwaite —respondió Calvert—. La junta de accionistas pedía la cabeza de mi padre por la pérdida en las acciones y yo necesitaba ayuda. Timothy se convirtió en mi mano derecha. —Kevin apretó los labios e increíblemente lo sintió por él. Aunque por lo que sabía no había sido buen gestor, tuvo que ser humillante salir de su propia empresa con la cabeza gacha.

—Por eso dijo que había invertido mucho tiempo en que llegaras hasta aquí.

—Si te dijo eso, es verdad. Nos pasamos años para levantar la empresa y siempre estuvo ahí.

—¿Él sabía vuestro conocimiento del boicot?

Padre e hijo se miraron antes de asentir. —Solo lo sabemos nosotros tres.

—Y entre los tres llegasteis a la conclusión de que era mejor mantener la boca cerrada.

—Así es —dijo Kevin.

—Y eso a él le vino de perlas —siseó con rabia.

—Si es lo que creemos sí.

—Y que apareciera yo le puso muy nervioso.

—Mucho. De hecho discutimos bastante por tu presencia en la empresa, pero habían desaparecido cuatro millones de dólares de Linthwaite y yo quería recuperarlos.

—¿Que desaparecieron qué? —preguntó Kevin escandalizado.

Calvert suspiró. —Padre era algo que era mejor no comentarte hasta que lo solucionara.

—¿Y se ha solucionado?

—Tu nuera es una máquina de hacer dinero.

Kevin hizo una mueca. —Bien. Igual es más beneficiosa que Roslyn, hijo.

Calvert sonrió divertido. —Eso no lo dudes.

Melissa ni les escuchaba dándole vueltas antes de volverse hacia ellos con el ceño fruncido. —¿Por qué la boda con Carrington? He visto el acta de ese acuerdo. Fue firmado tres meses después del accidente en Linthwaite. ¿Por qué con Carrington? ¿Tan amigos erais para hacer un trato así?

Kevin entrecerró los ojos. —En realidad siempre hemos sido rivales. Como bien sabes tiene negocios en el sector. Me llamó cuando ocurrió el accidente en Linthwaite diciendo que lo sentía mucho y me invitó a cenar. Una cosa llevó a la otra y hablamos de su hija, de lo preocupado que estaba porque se casara bien.

—¿Él vino a ti?

—Así es.

—¿Qué estás pensando, nena?

—Estoy pensando que cuando fui a hablar con él del tema de nuestro matrimonio no movió un solo gesto. De hecho pensé que se lo habías contado. Se mostró furioso, pero es obvio que ya lo sabía, eso seguro. Por supuesto me ofreció sus acciones de la empresa en cuanto le dije lo que me proponía.

Calvert entrecerró los ojos apoyando la cadera en el escritorio y cruzando los brazos. —Para destruirme.

—Facilitándome a mí llegar a la presidencia.

—Desacreditándome ante todo el mundo. —Miró a su padre. —Si los periodistas no hubieran investigado nuestra boda, hubiéramos perdido la empresa.

—Qué tontería. ¡Fui yo el que filtré la información para salvar tu culo! ¡No iba a dejar que destruyera tu imagen, aunque tuviera que hundir la mía!

Calvert hizo una mueca antes de mirar a su mujer que le daba vueltas al asunto. —¿Pero qué hubiera conseguido? Sería ella quien la dirigiría. Carrington no podría meter mano. —Melissa apretó los labios y ambos la miraron. —¿Nena?

Les miró arrepentida. —Estaba cabreada.

Tensos se enderezaron y Calvert gritó —Mujer, ¿qué has hecho?

—Bueno, en el trato... —Le rogó con la mirada. —No te cabrees.

—Uy, hijo... Tiene esa cara que tiene tu madre cuando me va a meter una factura de la tarjeta de crédito de esas que me dejan temblando.

—¡Melissa!

—Me cedía sus acciones, pero con la condición de que si llegaba a la presidencia después de nuestro divorcio, tendría una opción de compra sobre mis acciones pasado un año. Él se quedaría con la empresa y yo la dirigiría con un sueldo sustancioso. —Ambos dejaron caer la mandíbula de la impresión y gimió por dentro antes de forzar una sonrisa. —Pero es una opción de compra. Eso es si quiero vender. Mis acciones. Las del divorcio claro, porque las otras son una cesión y...

—¡No vas a vender! —gritaron los dos a la vez.

—No, claro que no. —Sonrió de oreja a oreja. —Suegro, ¿a que ahora le caigo mucho mejor y ya no está tan de acuerdo con ese divorcio?

—¡Ese cabrón quería quedarse con mi empresa!

Calvert se pasó la mano por su cabello rubio despeinándose. —Y al ser tu único heredero, al casarme con Roslyn y tener un hijo, él lo heredaría todo en el futuro.

—A más largo plazo hubiera llegado al mismo resultado, sí —concluyó ella.

—¿Y si sabía de nuestro matrimonio...?

—Puso los micros él o los puso Timothy y ambos sabían que estábamos casados. Apuesto que Timothy se enteró de que iba a ser despedido o lo intuyó y se puso en contacto con Carrington para ofrecer sus servicios. De momento aquí y mientras le durara el trabajo, le sería más útil enterándose de todo. Después del accidente en Linthwaite que echó a Kevin, se convirtió en tu mano derecha, y Carrington camela a tu padre para ese matrimonio absurdo del siglo pasado. Pero llegué yo y lo puse todo en peligro.

—Timothy se puso nervioso y aprovechó el accidente de coche para alejarte. Pero hay un problema.

—Que si me mantenía alejada como él creía que había conseguido, no te concedería el divorcio.

—Exacto. Porque si nos veíamos de nuevo, puede que todo estallara y nos enteráramos de lo ocurrido.

—Pero de esa manera nunca cumplirían su objetivo —dijo Kevin—. No habría matrimonio con Roslyn. Nunca conseguiría mi empresa.

Los tres se miraron los unos a los otros y Melissa suspiró pasándose la mano por la frente. —Igual nos estamos imaginando cosas y Carrington solo está cabreado con vosotros por el retraso en la boda.

—Es absurdo. Roslyn es la primera que no se quiere casar.

—Pero Robert daba por hecho que se casaría contigo —dijo su padre muy serio—. Tenía dieciséis años cuando la comprometió, pero durante todos estos años ha estado seguro de que ese matrimonio se llevaría a cabo. He llegado a conocerle bien en este tiempo. Nunca nadie le niega nada. Y su hija aún menos. Puede que sea una caprichosa que siempre consigue lo que quiere, pero los deseos de su padre los cumple a rajatabla. Es un poco alocada cuando sale con sus amigas, pero ha estudiado lo que él ha querido con unas notas excelentes y la considera un genio en...

Calvert y Melissa se tensaron al ver su cara de sorpresa. —¿Qué? —preguntaron a la vez.

Kevin gruñó. —En finanzas.

Melissa entrecerró los ojos antes de señalarse. —¡Iban a hacer lo mismo que yo! —Señaló a su marido y sonrió. —¡Iba a divorciarse de ti para quedarse con la empresa!

—No hace falta que estés tan contenta —replicó molesto.

—Cariño, ¿afecta a tu orgullo masculino?

—Pues ya que lo dices... Padre estás equivocado. Roslyn le daba largas hasta el año pasado.

—¿Hasta que aparecí yo? —preguntó con cachondeo.

Ambos la miraron fijamente y Calvert asintió. —Sí, exactamente.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿De veras?

—Nos encontramos en una fiesta del Met y me preguntó si quería seguir adelante con el compromiso —dijo pensativo—. Yo creía que ella quería que me echara atrás. O al menos es lo que interpreté creyendo que no tenía valor para enfrentarse a su padre.

Melissa miró a uno y después al otro antes de echarse a reír. La miraron como si estuviera loca y eso la hizo reír aún más. —Nena, ¿de qué coño te ríes? —preguntó molesto.

Eso la hizo apretarse el vientre sin dejar de reír y tuvo que sentarse. —Hijo, ¿no te habrás casado con una loca? Mira que el numerito del otro día no me gustó un pelo. Puede que sea muy buena en lo suyo, pero tenemos una imagen.

—Espera papá —dijo preocupado acucillándose ante ella y cogiéndole las manos—.

Preciosa, ¿es un ataque de nervios? Han sido muchas cosas y...

Ella perdió la risa poco a poco al ver su preocupación y le miró a los ojos. —Cielo, no sé cómo decir esto.

—No te voy a conceder el divorcio.

Se acercó y le dio un suave beso en los labios. —Muy bien. —Miró sus ojos verdes. —Tienes razón. Roslyn no quería casarse contigo.

Él frunció el ceño. —¿De qué hablas?

—Ella puso los micros. O más bien mandó ponerlos.

—¿Otra de tus teorías, nuera? —preguntó Kevin cruzándose de brazos—. ¿Para qué iba a poner micros? —Miró a su hijo sorprendido. —¿Ese reloj no te lo regaló ella en un cumpleaños?

—Sí, en mi treinta cumpleaños —respondió muy tenso—. Así que fue ella. Creía que Timothy me lo había cogido en un descuido cuando me ducho en la oficina.

—No. Fue ella. Imaginaros su postura. Con dieciséis años comprometida y si es tan inteligente, tenía que conseguir algo para evitar esa boda que por supuesto ella no quería. Lo primero que hay que hacer es conocer al enemigo y a ti después de tantos años te conoce muy bien.

—Como el reloj. Es un clásico que me encantaba.

—Un comentario aquí, otro allá. Podemos decir mil cosas al día sobre nuestros gustos o deseos. Y muchos secretos. Por eso se enteró de la boda. Y a ella le vino estupendamente.

—Pero hubo el accidente y nos separaron. —Su padre carraspeó incómodo y Calvert le miró. —Padre yo también cometí errores. Tenía que haberla buscado.

—Y lo hiciste. Eso fue culpa mía. ¿Pero cómo Timothy sabía...?

—¿Lo de la boda? Me acabo de dar cuenta que se lo dije yo. O al menos lo dije en el hospital cuando me desperté. Él debió oírlo y se imaginó lo que tú le dirías, lo que le ordenarías que hiciera, así que lo hizo.

—¿Y por qué no me dijo que eso ya estaba arreglado?

Calvert sonrió. —Porque esperaba la reacción de Melissa. Cualquiera que la conozca sabe que puede ser imprevisible.

—Así que Timothy y Robert son inocentes.

—No.

La miraron como si le hubieran salido dos cabezas y sonrió. —No pongáis esa cara. Sois tiburones en los negocios y estamos rodeados de ellos a diario. Timothy sí fue a ver a Carrington cuando estuvisteis a punto de echarle y sí que es su espía.

—¿De dónde sacas eso?

—Es un comportamiento lógico. Es lo que yo haría.

Ambos gruñeron porque en realidad es lo que había hecho. —Muy bien. Razonemos como Carrington en aquel momento —dijo su suegro.

—Si Timothy viniera a mí contándome que le echan de su empresa y ofreciéndome sus servicios, yo le echaría a patadas. No sería un hombre de fiar —dijo Calvert cruzándose de brazos.

—Gracias, cariño —dijo ella con ironía.

—De nada.

—Yo le utilizaría.

—¡Gracias, suegro! Al fin alguien como yo.

—Es que mi hijo es muy blando. Me di cuenta de inmediato en cuanto empezó a trabajar.

—¿Blando yo? —Calvert no salía de su asombro y ambos se echaron a reír. Les miró

exasperado. —¿Queréis centraros? ¿De verdad tendríais un espía en la empresa de la competencia? ¿Y que algo así se descubriera? Carrington no es tan estúpido.

—Eso también es cierto. De tonto no tiene un pelo.

—Pues me apuesto el sueldo de un año que el micro en el reloj sí que lo puso la princesita, pero el resto no son cosa suya. Eso es cosa de otro. Si yo fuera ella no los pondría en tu despacho porque lo que estoy buscando es encontrar algo para librarme de ti. Además, ¿para qué arriesgarme a darte el reloj que puede estropearse y tener que llevarlo a arreglar, si tengo micros en tu despacho que si no llega a ser por el detector jamás encontrarías?

Los hombres se miraron entrecerrando los ojos y Melissa sonrió. —Te estaban espiando por dos vías, cielo. Si quieres te regalo el detector, lo necesitas mucho más que yo.

—Muy graciosa. Timothy no necesitaba espiarme. Conoce todos los secretos de la empresa de los últimos años. Y Carrington no ha utilizado información de la empresa que haya podido perjudicarnos a lo largo de estos años. De hecho, le hemos superado en varios negocios.

Su padre asintió cruzándose de brazos. —Eso también es cierto.

Chasqueó la lengua sin disimular su decepción. —Entonces no os ha traicionado con Carrington. Él esperaría resultados. ¿Se chivó su hija de la boda por eso te presionó durante el último año? ¿Esperaba que te deshicieras de mí?

—Eso sí puede ser. —Calvert miró a su padre. —Puede que Timothy pusiera los micros preocupado por la llegada de Melissa por el tema de Linthwaite. Igual temía que supiera algo de lo que ocurrió hace años y más aún al ser una afectada directa.

—Entonces si no confiaba en ella, ¿por qué no puso los micros en su despacho?

—Bien visto, suegro. —Kevin gruñó, pero ella le ignoró mirando a su marido. —¿Por qué no me puso los micros a mí? ¿Por qué no forzó con su amenaza una anulación del matrimonio hace un año? Alguien que no tiene escrúpulos para estar implicado en lo de Linthwaite hubiera hecho lo que fuera para deshacerse de mí, ¿no es cierto?

Calvert asintió. —¿Cuánto tiempo te quedaste en la ciudad?

Ella perdió parte del color de la cara recordando las llamadas una y otra vez intentando hablar con él. —Me quedé en casa de Consuela casi tres semanas. Después nos fuimos a Texas.

—Yo ya había despertado. De hecho, ya había encargado que te buscaran.

—Pues no hubiera sido difícil dar conmigo, te lo aseguro —dijo irónica mirando a su suegro que negó con la cabeza.

—Le dije que se librara de ti. Pero quería que te divorciaras de mi hijo. No impedí que el detective te buscara.

—Entonces lo hizo Timothy. No quería que nos reencontráramos por alguna razón.

—¿Para que no supiera que nos habían manipulado?

—Entonces volvemos al principio porque ese distanciamiento entre vosotros, impediría el divorcio e impediría la boda con Carrington —dijo su suegro.

A Melissa se le cortó el aliento. —¿Y si era lo que quería?

—¿Otra teoría, nuera? ¡Porque hasta ahora no has dado ni una!

—¡Yo por lo menos pienso!

—Haya paz. Esto no nos lleva a ningún sitio. —Calvert se pasó una mano por la cabeza y a Melissa se le cortó el aliento al ver una cicatriz cerca de la sien.

Se acercó a él y apartó el mechón de cabello rubio. —Cielo...

Sonrió irónico. —¿Con todo lo que has pasado tú, te preocupas por eso?

—¡Los golpes en la cabeza son muy peligrosos! ¡A partir de ahora conduciré yo! Estás muy

acostumbrado a que te lleven.

—¡Mi hijo conduce estupendamente, niña! ¡Ha conducido coches de carreras a trescientos kilómetros por hora!

Asombrada se volvió hacia su suegro. —¿Qué has dicho? Eso no ha salido en la prensa. Nunca he leído nada sobre eso.

Calvert la cogió por la cintura pegándola a él. —Así que me investigaste.

—Como tú a mí —susurró mirando sus ojos verdes que ardían de deseo.

Su padre carraspeó. —Creo que mejor os dejo solos. Tenéis mucho trabajo y... Me voy al club. Ya hablaremos de esto en otro momento que no tengáis... tanto que hacer.

Sin dejar de mirarse a los ojos ni escucharon como su suegro salía del despacho a toda prisa. —Así que conduces bien.

Sus manos subieron por su espalda preocupándose. —Cielo, sé que metí la pata, pero no quería hacerte daño. Confié demasiado en mis habilidades y...

—Shuss. —Se acercó a sus labios y los besó suavemente. —Te he echado de menos.

Calvert cerró los ojos pegándola a él y separó los labios acariciando su labio inferior. —Preciosa, no sabes lo que te he extrañado. —Entró en su boca y Melissa gimió abrazando su cuello respondiendo a las caricias de sus labios. Cuando enlazaron sus lenguas se aferró a él y su marido la cogió por la cintura volviéndola de golpe para sentarla sobre el escritorio. Impaciente levantó su falda acariciando sus muslos antes de apartar su boca para besar su cuello. Melissa gimió aferrándose a sus hombros inclinando su cabeza a un lado, pero no dejaba de darle vueltas a lo que había ocurrido. Miles de pensamientos, recuerdos y lo que había ocurrido en ese último año, acudieron a su memoria tensándola. Calvert se detuvo en su cuello. —Nena, ¿ocurre algo? —Besó suavemente su piel antes de apartarse para mirar sus ojos.

—Oh, sí... claro.

Calvert se tensó antes de incorporarse—¿Oh, sí... claro?

Sonrojándose protestó —¿Quieres concentrarte?

—No, nena. ¡Concéntrate tú! —Atrapó sus labios mostrándole lo mucho que la deseaba y ella se olvidó de todo. Acarició su cuello, pero algo no funcionaba y Calvert apartó sus labios apoyando la frente en la suya. —Joder, no puedo creer que lo que tuvimos se haya ido. Melissa no nos hagas esto.

Los ojos de Melissa se llenaron de lágrimas. —Son muchas cosas, Calvert.

Él apretó los labios apartándose y se volvió pasándose la mano por su pelo rubio antes de suspirar agachando la cabeza como si estuviera derrotado. —En todo este tiempo no he podido olvidarte. Puede que no me creas, pero es así.

Una lágrima cayó por su mejilla. —Yo tampoco te he olvidado y que esté aquí demuestra que es así.

Se volvió mirándola a los ojos. —Entonces todavía podemos arreglarlo. Entiendo que estás defraudada con todo lo que ha ocurrido, pero te juro que a partir de ahora serás lo primero, nena. —Se acercó a ella y la cogió por las mejillas levantando su rostro hacia él que besó la cicatriz de su frente. —Lo superaremos. Seremos felices.

Melissa lloró contra su pecho. —¿Eso crees? El pasado no nos dejará. Lo sabías. Sabías que había sido un asesinato y no hiciste nada. —Él palideció cerrando los ojos. —Te amo —Sollozó contra su pecho. —Pero era mi padre.

—Lo siento. Te juro que lo siento.

—La muerte de mi padre siempre estará entre nosotros, Calvert. Por mucho que te quiera

siempre lo estará. Puede que decidiera ignorarlo como hice aquella noche, pero ahora que me has dicho lo que ocurrió...

—Hice lo que creí mejor para todos.

Se apartó bajándose de la mesa alejándose de él. —Lo sé. Y crees que yo hubiera tomado la misma decisión, pero nunca hubiera ocultado algo así. Sé que no lo haría. —Se limpió las lágrimas sorbiendo por la nariz y fue hasta el ventanal mirando sin ver al exterior. Sintió a Calvert tras ella y cerró los ojos porque su corazón se retorció dentro de su pecho.

La abrazó a él. —No pienso renunciar a ti.

Ella tampoco quería perderle, pero se conocía bien y lo que había ocurrido en Linthwaite no se le olvidaría jamás. —Sería mejor que me olvidaras y te casaras con Roslyn. Sería menos complicado.

—Pero no es lo que quiero y no lo querré nunca porque te he conocido a ti. —La cogió por los hombros para volverla. —¿Sabes lo que necesitamos? Un tiempo tú y yo solos como cuando estuvimos en New Jersey.

Rió por lo bajo sin poder evitarlo. —No lo soportaste ni unas horas.

—Es que no esperaba que me casaran a punta de pistola, pero ahora no sabes cómo me alegro de que me ataran a ti porque eso ha impedido que salieras de mi vida.

Su corazón dio un brinco en su pecho. —¿De verdad?

—Sé que no confías en mí. Pero te juro que intentaré hacer lo que haga falta para que seas feliz.

Le miró a los ojos. —Hace once años que no soy feliz y puede que no vuelva a serlo nunca. — Se apartó de él yendo hacia la puerta.

—¡Melissa! Joder, no te vayas.

Abrió la puerta reprimiendo las lágrimas. —¿Irme? No, cielo. Ya me conoces. Suelo luchar por lo que quiero.

Calvert metió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió con tristeza. —¿Y me quieres a mí?

Se puso como un tomate porque Consuela le estaba escuchando. —Cariño, ya hablaremos en tu casa esta noche. Tengo mil cosas que hacer para solucionar esto.

—¿En mi casa?

Pasó ante Consuela cogiendo el bolso. Su amiga la miró muy seria. —No fue responsabilidad suya —dijo demostrando que lo había oído todo—. Hizo lo posible para salvar Linthwaite y eso no podemos reprochárselo.

—Lo sé, pero es responsabilidad de alguien. Vamos, tenemos que hacer.

Capítulo 11

Empujó la puerta de cristal y caminando con seguridad por el suelo de mármol fue hasta la zona exclusiva donde acudían los vip. Abrió la primera puerta y vio a una mujer dándose un masaje. La empleada la miró sorprendida e iba a decir algo cuando ella cerró la puerta abriendo la siguiente. La cabina estaba vacía. Iba a abrir la siguiente puerta cuando ésta se abrió y vio la cabeza pelirroja de Roslyn Carrington, así que sonrió a la chica poniendo un dedo delante de la boca antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta como si fuera una amiga. Roslyn estaba en una silla reclinada hacia atrás con una mascarilla en la cara mientras su largo cabello pelirrojo caía casi hasta el suelo. Habían impedido que se le ensuciara con una banda elástica que lo apartaba de su frente. Apretó los labios porque tenía un cabello precioso y juró por lo bajo molesta antes de taparle la boca agarrándole la melena para que no se moviera. Ella gritó de dolor bajo su mano y los pedazos de pepino que tenía sobre los ojos se deslizaron cayendo al suelo, dejándola impresionada con el color de sus ojos de un verde esmeralda increíble. ¿Qué hombre podía resistirse a esa mujer? Había visto fotos suyas en la prensa, pero tenerla delante era muy distinto. A pesar del potingue que tenía en la cara cualquiera podía darse cuenta de que era una mujer muy hermosa. Eso la enfureció.

—Muy bien, princesita. Ahora vas a decirme por qué espías a mi hombre. Y vas a ser sincera bonita, porque como me cabrees te parto la boca.

La miró con los ojos como platos, pero debió darse cuenta de quien era porque a partir de ese momento no se resistió. Levantó las cejas como si esperara que apartara la mano y desconfiada la alejó lentamente. Roslyn sonrió. —No sabes cómo me alegro de que hayas vuelto, Melissa.

—Veo que me conoces.

Sonrió incorporándose e hizo una mueca cuando se miró al espejo. —¿Sabes lo que cuesta esta mascarilla, guapa? ¡Quinientos pavos!

—Uy, perdona. Tendrás que pedirle a papá que te aumente la asignación. —Cogió la silla que había al lado y se sentó cruzando las piernas. —Estoy esperando.

Giró la silla para mirarla de frente cogiendo una de las toallas que había sobre la encimera y pasándosela por la mejilla mostrando su sonrosada piel. —¿Cómo te has enterado?

—Los detectores de radiofrecuencias son bastante efectivos. Lo que no entiendo es como no se lo detectaron antes con tanto control aéreo.

—Porque es un micro muy caro y muy exclusivo. Del gobierno. Papá tiene muy buenos contactos, ¿sabes?

—¿Fue tu padre? ¿Él te obliga?

Se echó a reír sin dejar de limpiarse la cara. —Papá no tiene ni idea. Me castigaría de por vida si se enterara.

—No querías casarte.

—Por supuesto que no. Desde hace un tiempo tengo echado el ojo a otro candidato mucho más acorde a mis necesidades. Pero padre no lo aprueba.

La miró impresionada comprendiendo. —Así que para que no tuvieras tentaciones te comprometió.

—No es que Calvert no sea adecuado. Pero no pienso tirar mi vida por la borda con un matrimonio que todo el mundo considere adecuado. Mi padre se ha casado seis veces, lo que demuestra que puede ser uno de los mejores en los negocios, pero de matrimonios no tiene ni idea. Él considera a tu marido adecuado para mí, pero yo sabía desde el principio que no funcionaría. No pienso dejar que un hombre domine mis negocios cuando he estudiado tanto, como si yo fuera estúpida. Necesitaba información para deshacerme de él, así que elegí el método más sencillo. Que él mismo me dijera lo que necesitaba saber.

Era más lista de lo que creía. —¿Pusiste micros en su despacho también?

La miró divertida. —¿Hay alguien más en el juego?

—Te aseguro que esto no es un juego. Estamos hablando de mi vida. De la vida de mi marido y de nuestra empresa. Aunque puede que no me ayudes porque tu padre quiere joderle.

—Oh, papá está molesto. Pero nada que no se le pase cuando suban las acciones que tiene de la compañía. Es un hombre... práctico, al fin y al cabo. Le van los beneficios. —Sonrió maliciosa. —Y tú se los vas a proporcionar, ¿no es cierto?

—Te estás desviando, bonita. —La princesita la miró fijamente sin soltar palabra y Melissa apretó los labios. —¿Cuánto quieres?

—¿Yo? Nada. Pero padre se disgustaría mucho si no recibiera algo a cambio. Por las molestias, ¿comprendes?

—Vas a ser buenísima en tu trabajo cuando tu papi te permita trabajar.

—Gracias. Le está costando un poco habituarse a mi soltería, pero lo aceptará y conseguiré lo que quiero.

—No lo dudo ni por un momento. Pero ahora no puedo ofrecer nada.

—Claro que sí. Compraste acciones con esos dos millones. Solo tienes que comprometerte a vendérselas dentro de... ¿un año?

—Él quería más.

—Es que valdrán el doble, ¿no es cierto? Tú harás que sea así. Y tu marido, que ha levantado la empresa hasta lo que es hoy.

Levantó la barbilla orgullosa. —Seguramente valdrán el doble dentro de un año. ¿Es suficiente?

—Y abandonaréis la explotación en el Índico. Tú sabrás convencer a tu marido para eso.

Se tensó con fuerza. —Estás jugando sucio, Roslyn.

—Vamos, sabes de sobra que tampoco te da tantos beneficios y nosotros tenemos planes. Padre te comprará las dos plataformas que tenéis allí con gusto y estará contento.

—Entonces olvídate de las acciones.

Roslyn entrecerró los ojos evaluándola y después de unos segundos sonrió alargando la mano. —Trato hecho.

—No tan deprisa. Solo será así si lo que has escuchado en estos años merece realmente la pena.

—A ti te merece muchísimo la pena, te lo aseguro.

Se le cortó el aliento. —Lo sabes, ¿verdad?

—No me costó averiguar la verdad. Ellos no lo investigaron, pero yo no perdí el tiempo. Tenía dieciséis años cuando me comprometieron. Te aseguro que he buscado una vía de escape de manera incansable.

—¿Y por qué no lo utilizaste para librarte de él?

Roslyn suspiró dejando caer la mano. —Por los cientos de trabajadores que dependen de

Linthwaite. No podía dejar que se quedaran en la calle con ese escándalo. Sería la ruina. Y escuchando las palabras de tu marido en esa época le entendí perfectamente.

Melissa agachó la mirada y vio sus manos apretadas. Roslyn sonrió con tristeza. —Siento todo lo que te ha pasado. Se preocupó por ti, ¿sabes? —Levantó la vista sorprendida. —Se aseguró de que te dieran la beca completa y preguntó por ti varias veces los dos años siguientes.

—Tú pusiste los micros en el despacho.

Roslyn se echó a reír. —Veo que sabes cuando le regalé el reloj. Sí, fui yo. Es que tenía un pequeño problema.

—Que no te enterabas de lo que ocurría cuando salía del despacho.

—Exacto. Así que le regalé el Cartier.

—¿Hay micros en su casa?

—Nunca he estado en su casa. En el despacho he estado tres veces. La primera cuando me enteré del compromiso. Estaba en la firma de las estipulaciones del contrato. A lo largo de los años he puesto alguno más por si acaso. ¿Hacemos un trato o no?

—¿Me juras que lo averiguaste?

—¿Quieres que te envíe todo lo que tengo? Mi detective es muy minucioso, te lo aseguro. Y lo he conservado por si algún día lo necesitaba si llegaban a forzarme demasiado con esa boda absurda.

Sus ojos color miel se oscurecieron de rabia. —¿Quién fue? ¿Quién mató a mi padre?

Roslyn alargó la mano y Melissa no lo dudó estrechándosela con firmeza. —Ahora somos socias.

—¿Lo ordenó Timothy? ¿Fue él? —preguntó impaciente.

La sorpresa en su rostro la tensó. —¿Pero de qué hablas? Es tan leal a los Linthwaite que antes se arrancarían los brazos.

—¿De verdad? —No se lo podía creer.

—Peca de sobreprotegerlos. —Se levantó y fue hasta una neverita que había a su lado. Sacó un refresco de naranja y le ofreció uno, pero ella negó con la cabeza. —En realidad es leal a Calvert. A su padre le tiene rencor porque sabe que se jugó el cuello con su metedura de pata en el pasado.

—¿Tan grave fue?

—Se perdieron treinta millones de dólares con una mala prospección a la que él dio el visto bueno.

—¿Antes se encargaba de mi trabajo?

—Exacto. El consejo de dirección aconsejó su despido y llegó Calvert que estaba aprendiendo el negocio en el Pacífico. —Divertida dio un trago a la bebida antes de sentarse de nuevo. —Una faena porque se lo estaba pasando de miedo.

—¿No me digas? —preguntó molesta.

Roslyn se echó a reír. —Ni te conocía.

Gruñó demostrando que le importaba muy poco que no la conociera. —Continúa.

—Pero sucedió lo de Linthwaite y eso lo cambió todo, provocando que de nuevo Timothy tomara un papel importante en la empresa.

—¿Quién lo hizo?

Se inclinó hacia delante mirándola fijamente. —¿Seguro que quieres saberlo? Todavía puedes olvidarte del pasado y seguir con tu vida.

—No puedo dejarlo. Llevo años luchando por saber la verdad.

Roslyn apartó la mirada y dejó el refresco sobre la encimera que tenía delante. —Las piezas se

analizaron concienzudamente y la revisión que había pasado la planta pocos días antes demostrando que todo estaba en orden provocaron que se cerrara la investigación considerándolo un accidente, pero mi detective consiguió acceder a esa investigación y de una de las piezas se sacó una huella. Una huella que no debería estar en la pieza.

—¿Una huella? ¿De quién?

—John Allen.

Se le cortó el aliento. —Estaba allí esa noche. Fue uno de los fallecidos. Tienes que estar equivocada.

—No. Y tu padre lo sabía.

Perdió todo el color de la cara mirándola atónita. —¿Qué mierda estás diciendo?

—Mi detective habló con su esposa. Escuchó a Allen y a los demás cuando se reunieron un domingo en una barbacoa. Estaban en el garaje de su casa varios trabajadores de la refinería, entre ellos tu padre, hablando de los problemas que había en el trabajo. Varios dijeron que tenían que hacer algo. Estaban nerviosos porque los jefes no se tomaban la refinería en serio.

—Así que la sabotearon.

—Fue idea de Allen. Era de mantenimiento y dijo que sería algo controlado. No tenía que haber sido así. No tenía que haber muerto nadie. Solo quería que invirtieran dinero en ella temiendo por el pueblo.

—Dios mío. —Se llevó la mano al vientre levantándose. —Dios mío.

—Mi detective le preguntó a la mujer por qué se lo contaba a él. Por qué no se lo había dicho a los investigadores. Respondió que a ella nadie le había preguntado nada y que no sabía si buscarlos para contárselo temiendo por su pensión. Tenía tres hijos. Pero que al verle a él allí tenía miedo de que la implicaran a ella porque sabía que era cómplice de homicidio. Era conocedora de lo que iban a hacer y no había hecho nada para impedirlo. Había ido a consultarlo con un abogado. Así que decidió decir la verdad porque según ella la verdad siempre sale a la luz.

—Por eso nadie en el pueblo sabía que había problemas en la refinería. Porque iban a arreglarlo ellos —susurró pálida sin poder creérselo.

—Y lo solucionaron. Sus muertes provocaron una inyección de capital en Linthwaite que garantizarán puestos de trabajo durante generaciones. Pero se les fue de las manos.

La miró furiosa. —¿Cuántos había en esa reunión? ¿Mis hermanos lo sabían?

Roslyn apretó los labios. —Eso no lo sé. No había más nombres en el informe del detective.

Asintió yendo hacia la puerta. —Melissa... —Se volvió pálida. —Él te ama, ¿sabes? Este último año te llamaba en sueños.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —De verdad?

Roslyn sonrió con tristeza. —En un mundo perfecto daría lo que fuera porque alguien me amara como Calvert te quiere a ti. Se enamoró de ti en cuanto te vio entrar en ese despacho y le hablaste con tanto descaro. —Una lágrima cayó por su mejilla sonriendo sin darse cuenta. —Os deseo mucha suerte.

—Gracias. Te deseo lo mismo con tu elegido.

Roslyn le guiñó un ojo sonriendo cínicamente. —Me costará, pero te aseguro que conseguiré lo que quiero.

—No lo dudo.

Mirando las luces de la ciudad escuchó como se abría la puerta principal pero no se volvió. Escuchó sus pasos acercándose a ella y cerró los ojos cuando sus brazos la rodearon pegándola a

él. La besó en la sien y simplemente se quedaron así en silencio mirando la ciudad. Una lágrima rodó por su mejilla antes de susurrar —Me has mentido.

Calvert apretó los labios sin soltarla. —Nena, déjalo así.

—¿Él tuvo algo que ver?

—Melissa...

—Dímelo, por favor.

—Él era conocedor, como cuatro de los fallecidos.

—Dios... —Se volvió entre sus brazos para mirarle a los ojos. —¿Cómo te enteraste?

—Había una huella en la pieza defectuosa. Tiré del hilo.

—¿Tú? —preguntó sorprendida.

—Me creía responsable. No podía dejarlo. Hablé sin que se enterara nadie con varios empleados y uno de ellos contó lo que había ocurrido temiendo acabar en la cárcel. Me juró que él se había mantenido al margen y le amenacé para que cerrara la boca porque sino tendríamos que cerrar. Y en todos estos años no ha dicho una palabra. Ni siquiera a ti.

Rota dio un paso atrás intentando reprimir las lágrimas. —¿Tom?

Calvert asintió e impresionada se tapó la boca con la mano. —Nena, no pasa nada.

—¿No pasa nada? ¡Participó en el robo! ¡Cuando sabía que no había sido culpa vuestra!

—Lo entendí. No podía decir la verdad como yo le ordené.

—¡Pero sí que cogió tu dinero cuando no tenía derecho a él!

—Otras personas se vieron afectadas por sus decisiones. Muy afectadas. Supongo que se dejó llevar porque se sentía culpable.

—Dios mío. ¿Cómo he podido estar tan ciega? —gritó desgarrada—. ¡Diez malditos años! ¡He perdido diez malditos años!

Calvert la abrazó con fuerza. —No digas eso, preciosa —dijo desesperado—. Has llegado a mí.

Melissa sin poder dejar de llorar se aferró a él y su marido la cogió en brazos muy preocupado por su sufrimiento. Subió los escalones al piso superior y la sentó en la cama sobre él. Durante varios minutos simplemente la abrazó mientras se desahogaba, pero empezó a inquietarse porque sufría de una manera que no podía soportar. —Nena, voy a llamar al médico.

Se aferró a él escondiendo su rostro en su cuello. —Te quiero.

Acarició su espalda. —¿Tanto como yo a ti?

—No.

Sorprendido se apartó para mirar sus ojos enrojecidos. —¿Perdón?

Acarició su mejilla. —Me debes querer muchísimo para soportarme y para tolerar a mi familia.

Calvert sonrió y besó suavemente sus labios. —Merece la pena. Además, yo también he hecho lo mío.

—Podías haberme dicho la verdad desde el principio. —Se miraron a los ojos. —¿Por qué no lo hiciste?

—Porque desde que te escuché al teléfono supe que quería conocer a la mujer con la voz más sexi del mundo. Y cuando te vi tirada en el suelo de tu despacho ya no hubo marcha atrás. Te necesitaba a mi lado. No quería hacerte más daño. —Acarició un mechón de su cabello como si fuera lo más suave del mundo. —Eres la mujer de mi vida. —Nunca se sintió más amada que en ese momento. —Este año ha sido una pesadilla. Creía que no iba a volver a verte.

—Tendría que haberte buscado. Haber insistido en hablar contigo.

—Shusss... Yo también me tragué sus mentiras. Es hora de mirar hacia el futuro. Tenemos toda la vida por delante. Porque la tenemos, ¿verdad? Nena, dime que esto tiene solución.

—Te quiero. Y nada impediría que estuvieras en mi futuro porque eres mi destino, mi amor.

Calvert sonrió e iba a besarla cuando Melissa se inclinó hacia atrás. Él carraspeó. —Ah, que ahora no.

—¿Qué te ha dicho Timothy?

—Veo que me conoces muy bien.

—Yo he hablado con Roslyn, así que estoy segura de que tú has hablado con él.

Entrecerró los ojos. —¿Con Roslyn?

—Esa chica es muy pero que muy lista. ¿Seguro que quieres seguir casado conmigo?

Calvert atrapó sus labios como si quisiera fundirse con ella y olvidándose de todo suspiró de placer al acariciar su lengua. Su marido gruñó dejándose caer en la cama y llevándose con él para tumbarla sobre su cuerpo. Su mano acarició su muslo elevando su falda. Melissa apartó sus labios sentándose sobre él y se quitó la chaqueta del traje mientras él la miraba como si quisiera comérsela. —Ha pasado mucho tiempo —dijo ella con la voz enronquecida tirando la chaqueta a un lado antes de acariciar su pecho sobre la camisa. Calvert llevó las manos a su cintura tirando de su camisa hacia arriba para sacarla de la falda—. Sueño con esa noche.

—Yo también, nena. Fue la mejor noche de mi vida, te lo aseguro. —Metió las manos bajo su camisa y sus dedos llegaron a sus pechos amasándolos con pasión. Melissa gimió de placer arqueando su cuello hacia atrás y él se sentó besándolo ansioso. Sus labios bajaron hasta sus pechos y los mordisqueó por encima de la camisa antes de tirar de su falda hacia arriba mostrando sus braguitas de encaje. Melissa mareada de placer se inclinó hacia atrás y él la sujetó con un brazo mientras su mano apartaba el encaje para rozar su sexo estremeciéndola de arriba abajo. Él siguió torturándola con sus labios y Melissa sintió como introducía un dedo en su interior. Gritó de placer sujetándose en sus hombros. —Joder preciosa, me vuelves loco —dijo apasionado antes de volverla de golpe tumbándola sobre la cama. Abrió los ojos para verle entre sus piernas desabrochándose la camisa a toda prisa—. Voy a saborear cada centímetro de tu piel.

Su estómago dio un vuelco de la anticipación y su respiración se aceleró mientras se quitaba la camisa sin ser capaz de moverse. Calvert llevó las manos a sus caderas y tiró de sus braguitas haciéndola levantar las piernas. Gruñó tirándolas a un lado antes de cogerla por los tobillos y cortándole el aliento expuso su sexo totalmente. —Un año, preciosa. Un maldito año. —La cogió por la cadera acercándola a él entrando con un fuerte empujón y ambos gritaron de placer. —Sabía que esto no desaparecería nunca. —Salió de su ser antes de entrar con fuerza y Melissa volvió a gritar aferrándose a la colcha de seda cuando su interior se estremeció apretando su miembro. —Eso es, nena... Quiero ver cómo te corres. —Movié la cadera de nuevo y poco a poco fue acelerando el ritmo volviéndola loca porque la liberación no llegaba y Calvert gruñó colocándose sobre ella sin dejar de embestirla. Sintió que cada fibra de su ser se tensaba y se miraron a los ojos mientras él entraba en su ser una y otra vez hasta que con una última estocada ambos estallaron uniéndose para siempre.

Calvert se dejó caer a un lado llevándose con él y Melissa ni fue consciente porque el placer aún la rodeaba. Mientras sus respiraciones se normalizaban él acariciaba su espalda. —¿Sabes? —Melissa levantó la mirada hacia su marido y sonrió. —Volvería a contratarte.

Melissa se echó a reír. —Claro que sí, jefe. Era el destino.

Capítulo 12

Cerró la puerta del coche ante la casa de Tom y miró a su marido que hacía lo mismo. Calvert rodeó el coche y alargó la mano. Melissa no dudó ni un momento cogiéndola y yendo hacia las escaleras a su paso.

—¿Timothy podrá encargarse de todo? —preguntó preocupada.

—Nena, es muy capaz de llevar la empresa unos días.

Gruñó alargando la mano y pulsando el timbre. Calvert reprimió la risa. —No tiene gracia.

—Solo quería protegerme. Te creía una aprovechada.

—¿No me digas? —preguntó con ironía—. Si quieres le damos una medalla.

—Qué mala leche tienes.

—Es un cabrito y un cobarde porque no le dijo la verdad a tu padre sobre que ya me había despachado cuando él se lo ordenó. Cuando se dio cuenta de que me había echado antes de firmar el divorcio, hizo todo lo posible para que no volviéramos a vernos. ¡Sobornó al detective!

—Es que mi padre le impone un poco. Se jugaba el puesto. Además, sabía que yo no quería casarme con Roslyn y era la excusa que necesitaba para alargar más el asunto. Lo hizo por mí. —Frunció el ceño mirando la puerta. —¿No están?

—¡Perdimos un año por su culpa!

—Todos somos algo culpables. ¿No habíamos llegado a esa conclusión? Nena, no están.

Sorprendida miró la puerta de nuevo y escuchó un chillido al que siguieron unas risas en la parte de atrás. —Están en el jardín trasero. Eso significa barbacoa. —Calvert gruñó y Melissa sonriendo tiró de él por el porche. —Vamos...

—Rony me odia.

—Tranquilo. Estoy aquí.

Escucharon risas y caminaron por el porche para ver a varios vecinos en el jardín. Se detuvieron en el porche de atrás y uno por uno fueron dejando de hablar para mirarles fijamente. Melissa miró a Calvert que se tensó porque era evidente que era el centro de atención. —Tú no has hecho nada malo —susurró—. Solo te miran porque eres el jefe.

—¿Seguro? —preguntó con ironía.

—Seguro. Nadie sabe nada, ¿no? Les intimidas un poco, eso es todo.

—¿Missy?

Se volvió para ver a su hermano Tom con el pincho de la carne ante la barbacoa. La miraba como si no pudiera creérselo y gimió por dentro. Igual tenía que haberles dicho que se había casado hacía un año. —Nena, que suelte eso antes de que me acerque.

Sin poder evitarlo se echó a reír y varios se relajaron sonriendo. —Hola, chicos. ¿Conocéis al jefe? —Asintieron con la cabeza. —Bueno, pues nos hemos casado.

Varios chillaron de la alegría y otros no pudieron disimular la cara de estupefacción.

—Nena, a tu hermano va a darle una apoplejía —dijo Calvert entre dientes.

—Bah, es la sorpresa inicial.

—¿Qué has dicho?

La voz de Rony la hizo mirar hacia él que estaba con su hija en brazos pálido como la cera.

—¿Ves cómo me odia? Aquel día en el hospital me hubiera matado si hubiera podido. Te lo digo yo.

—Missy, dime que no es verdad. —Su hermano le dio su hija a su esposa que también estaba pasmada y dio un paso hacia ellos con los puños apretados. —¿Te has casado con Linthwaite?

Vio el dolor en sus ojos y apretó la mano de su marido sin darse cuenta. —Sí, hace un año.

La sorpresa recorrió a todos los que estaban allí y varios rumorearon los unos con los otros, pero ella solo podía mirar los ojos castaños de su hermano que parecía que le habían clavado un puñal en el corazón.

—Pero eso no puede ser —dijo Tom forzando una sonrisa—. Estos últimos meses estuviste en la bodega. Sacándola adelante. Es una broma, ¿verdad?

Su marido la miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Bodega? Si tú no bebes vino.

—Pase una pequeña crisis de identidad, ¿vale?

—Nena, no me vuelvo a separar de ti.

—Más te vale. —Forzó una sonrisa mirando a su hermano. —¿Qué tal si hablamos en privado? Tenemos mil cosas que contarnos.

—¡Sí! —Rony caminó hacia la casa. —¡Al parecer tienes mil cosas que contar y lo vas a hacer ahora mismo! —Subió los escalones como si fuera a la guerra y abrió la puerta de la cocina casi arrancándola. —¡Entra Missy!

Calvert se tensó. —Relájate un poco, ¿quieres?

Rony dejó que se cerrara la puerta. —¿Quieres relajarme tú?

Melissa se puso entre ellos y miró a su hermano a los ojos. —Rony entra en casa y no digas ni una palabra más.

La miró sorprendido. —¿Qué has dicho?

—¡Por el futuro de nuestra relación, te aconsejo que cierres el pico y entres en casa!

Rony se tensó con fuerza y Tom llegó a su lado. —Hermano entra en casa. Hablemos de esto.

—Al parecer solo tengo que escuchar.

—Sí, tienes que escuchar muchas cosas. —Preocupado miró a su hermana a los ojos. —Ya que eres el único que no lo sabe.

—¿Qué coño no sé?

Rony entró en la casa y Tom apretó los labios, pero su hermana forzó una sonrisa. —Entra. Hablemos de ello.

Tom asintió entrando tras su hermano que había ido hacia el salón. Los tres caminaron hacia allí en silencio y se lo encontraron ante la chimenea caminando de un lado al otro como si fuera un animal enjaulado. Rezumaba odio por todos sus poros y lo demostró cuando miró a su marido, que suspiró como si estuviera harto y no le extrañaba nada. Preocupada por él acarició su brazo con la mano libre y él la miró. Le guiñó un ojo para tranquilizarla. —Siéntate, nena. Tengo el presentimiento de que esto va para largo.

—La madre que me... —siseó Rony con ganas de matar a alguien—. ¿Qué coño está pasando aquí?

Tom suspiró sentándose en el sofá y se apretó las manos antes de mirar a su hermano. —Siéntate. Tenemos que hablar.

—¿Nosotros? ¿Cuando es ella la que se ha casado con ese cabrón? ¿Acaso no tienes nada que decirle a Missy?

—¡No le insultes! —gritó empezando a cabrearse.

—¡Al parecer te has olvidado de que mató a papá! ¡Debe ser buenísimo en el catre! —dijo con

desprecio.

Perdió todo el color de la cara y Calvert dio un paso hacia él. —Intento tener paciencia, pero me parece que tú y yo vamos a terminar a hostias.

—No sabes lo que me gustaría.

—¡Basta! —Tom se levantó poniéndose en medio y empujó a su hermano por el pecho alejándole. —Basta Tom. ¡Papá murió por su propia estupidez!

Su hermano le miró atónito antes de tirarse sobre Tom dándole un puñetazo. Melissa gritó de miedo cuando su hermano cayó hacia atrás sobre el sillón. Tom miró con rabia a su hermano y se levantó para tirarse contra Rony, pero ella le agarró del brazo recibiendo un codazo en la cara que la tiró al suelo.

—¡Melissa! —Calvert se agachó a su lado cogiéndola por los brazos. Medio mareada ni se dio cuenta de que la apartaba mientras los hermanos empezaban a darse de puñetazos. —¡Joder, parad! ¡Necesita un médico!

Los hermanos con la respiración agitada se volvieron para verla tumbada en el sofá y Tom asustado se acercó a su hermana que estaba casi sin sentido. —¿Missy?

—Le sangra la nariz. Levántale la cabeza —dijo Rony.

Calvert lo hizo con cuidado mientras Tom salía corriendo y volvía unos segundos después con un paño de cocina. Calvert lo miró con asco. —¿Qué? ¡De estas cosas se encarga mi mujer! ¡Ni sé dónde está el botiquín!

Le arrebató el paño con rabia antes de limpiar cuidadoso la nariz de su mujer. —Vamos nena, abre los ojos.

—Me mareo —susurró levantando la mano para tocarse la nariz—. ¿Está rota?

—No, preciosa.

De repente se echó a llorar. —No quiero operarme de nuevo. Me dolió mucho.

Calvert les miró como si quisiera matarles mientras su mujer sollozaba. —No van a tener que operarte, Missy —dijo Tom arrepentido—. Lo siento. Fue sin querer.

—Cielo, no llores —susurró Rony—. No lo haremos más. ¿Ves? Ya no nos peleamos.

Sollozó de nuevo haciéndoles palidecer y su marido gruñó. —¡No es una niña, estúpido!

—¡Oye, tío! ¡Yo le hablo a mi hermana como me da la gana!

—¿No me digas...? —siseó incorporándose—. Repite eso.

Missy sollozó más fuerte y ambos agacharon la mirada para verla taparse el rostro. Calvert se agachó de inmediato. —Preciosa, no llores. No nos vamos a pegar.

—¿No? —preguntó abriendo los ojos.

Él sonrió apartando un mechón en su frente que dejó al descubierto la cicatriz de su ceja. —Claro que no. Porque los tres te queremos demasiado para hacerte daño de esta manera.

—¿Os llevaréis bien por mí?

Calvert entrecerró los ojos. —Muy lista, nena. Casi cuela. Nos llevaremos, que ya es suficiente.

Sorprendiendo a los hermanos sonrió radiante. —Con ellos siempre cuela.

Se agachó y la besó suavemente en los labios. —¿Estás bien?

—Bah, no es nada. —Le acarició la mejilla mientras se alejaba. La ayudó a sentarse y miró a sus hermanos que parecían aliviados. —Estoy bien.

Tom apretó los labios antes de girar la cabeza hacia su hermano y darle una palmada en el hombro. —Siéntate, hermano. Hay algo que quiero contarte.

Calvert se sentó a su lado cogiendo su mano mientras sus hermanos se sentaban uno frente al

otro en los sillones ante la chimenea. Ella observó cómo le relataba la conversación que había tenido con su padre después de aquella barbacoa que cambió sus vidas. Rony no se lo podía creer y se llevó las manos a la cabeza levantándose mientras su hermano seguía relatando lo que había ocurrido. Ni se dio cuenta de que estaba llorando mientras veía su sufrimiento y Calvert la abrazó por los hombros pegándola a él. Cuando Tom terminó miró a su cuñado. —Siento todo lo que ha ocurrido. Y te debo unas disculpas por lo que pasó después.

—Te dije que no contaras nada. Tenías que dejarte llevar.

Tom pareció aliviado porque le comprendía y todos miraron a Melissa que sin darse cuenta se aferraba al jersey de su marido como si no quisiera soltarle. Rony apretó los labios y se acercó acucillándose ante ella. —Lo siento, preciosa. Si alguien ha sufrido con todo esto has sido tú y no tengo ningún derecho a recriminarte nada.

—Le quiero.

Rony asintió incorporándose y extendiendo la mano. Calvert le miró sorprendido y su hermano se sonrojó. —Lo siento, pero no voy a justificarme porque no lo sabía todo.

Calvert apartó el brazo de ella para apretar su mano. —Lo entiendo.

Su hermano asintió, pero ella pudo ver en sus ojos que estaba muy arrepentido. Pero siempre había ido de duro.

—¿Queréis comer algo? —preguntó Tom incómodo.

Calvert y Melissa se miraron. Ella sabía que no estaría a gusto entre los suyos e iba a decir algo cuando Calvert respondió —Sí, nos morimos de hambre. ¿Verdad, preciosa?

—Joder, necesito una cerveza.

—¿No tienes turno de noche? —preguntó ella asombrada—. Nada de beber.

Gruñó saliendo del salón. —Sí, jefa.

Tom sonrió. —¿Una cerveza, Calvert?

—La estoy deseando.

Melissa tiró la toalla a un lado mirando a su marido que estaba tumbado en la cama y desnuda se subió al colchón caminando a gatas hasta él. —No teníamos por qué quedarnos, ¿sabes? Lo hubieran entendido y la bodega está a veinte minutos de aquí.

—No tenía ganas de conducir —susurró antes de que ella besara sus labios—. Joder, nena... como te quiero.

Se apoyó en su pecho para mirarle bien y sonrió. —Me encanta que me lo digas. Aunque me lo demuestres como has hecho esta tarde, me encanta oírlo.

—Pues lo oirás a menudo, señora Linthwaite.

—Mmm, me gusta.

Calvert rió. —Te gusta, ¿eh? ¿Y qué más te gusta de mí?

—Oh, pues eres guapo.

—¿Solo guapo?

—Muy guapo. Y tu cuerpo no está mal del todo...

Su marido empezó a hacerle cosquillas y ella rió intentando apartarle, pero consiguió colocarse sobre ella robándole el aliento. —Tú tienes un cuerpo que me vuelve loco.

—¿De veras?

Entró en ella lentamente haciéndola gemir y él susurró —Me muero por ver como tu vientre crece con un hijo mío dentro de tu ser.

—¿Cómo se puede pasar del odio al amor de esta manera?

—Era el destino, preciosa.

Epílogo

Dejó el informe sobre la mesa y se recostó en su asiento mirando a Timothy ante ella que empezaba a sudar por su fría mirada.

—Bien.

—¿Bien? Joder, niña. Los tenía por corbata esperando tu respuesta porque contigo nunca se sabe.

Hizo una mueca. —¿Crees que Carrington tragará?

—Tú le vendiste las plataformas en el Índico.

—¿Me lo estás echando en cara?

—¡Sí!

Bufó mirando el informe. —No sabía que tenía previsto comprar Sark Oil. —Chasqueó la lengua levantándose y mostrando su abultado vientre. —No se lo va a tomar bien.

—Él inició esta guerra no nosotros. ¿Sí o no?

Suspiró acariciándose el vientre. —Que se fastidie. Me quitó las acciones que me había cedido. Inicia la opa para quitarle Sark. Recuperemos nuestras plataformas.

Timothy sonrió malicioso. —Eso está hecho.

—¿Qué estáis tramando?

Chilló de la sorpresa al ver allí a su marido que se suponía que tenía que estar en Tokio y se acercó a toda prisa para abrazarle. —Estás aquí.

Él besó suavemente sus labios. —Algo me decía que tenía que venir cuanto antes.

—Menos mal. —Se alejó cogiendo su bolso y pulsó el botón. —Consuela, la bolsa.

—¿Ya? —gritó su amiga al otro lado—. ¡Ya voy!

Calvert la miró sin comprender. —¿Nena?

—Eres muy oportuno, mi vida —dijo yendo hacia la puerta—. Así estaré en el trabajo el lunes. Nuestro niño es de lo más comprensivo y ha decidido vernos la cara para que le hagamos caso en el fin de semana.

Salió del despacho y Timothy y Calvert se miraron atónitos. —¿Está de parto?

—¿Y yo qué sé? ¡Tu mujer es una máquina de trabajar! Si siente algo no lo demuestra.

—¡Me lo demuestra a mí!

—¿Cariño? ¡Consuela ya ha llamado al ascensor! Tú, llama a alguien para que limpien esto. ¡He roto aguas!

—Me llamo Anni..

—¿Y? ¡La fregona!

—Y es una borde con las secretarias. ¡Cualquier día nos demandan!

Calvert sonrió. —Es que está un poco celosa. Inseguridades del embarazo.

—¡Calvert!

Ambos salieron a toda prisa para verla respirando profundamente y cuando le vio llegar sonrió de oreja a oreja alargando la mano. —Cariño...

Se acercó de inmediato porque aunque intentaba disimularlo vio el miedo en sus ojos. —Estoy aquí. Y todo va a ir bien.

Las secretarias suspiraron románticas cuando la cogió por la cintura para llevarla hacia el ascensor y ella las fulminó con la mirada haciendo que se pusieran a trabajar. Calvert rió por lo bajo. —Nena, solo tengo ojos para ti.

—Ay... —Se dobló de dolor y su marido la miró asombrado. —Nena, ¿cada cuánto las tienes?

—Seguiditas —dijo apretando su mano antes de que se le doblaran las rodillas.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó asustado cogiéndola en brazos.

Timothy vio con asombro que la metía en el despacho de nuevo. —Vas en dirección contraria.

—¡Son muy seguidas! ¡No llegaríamos a tiempo! —La tumbó en su sofá y ella se agarró el vientre gimiendo de dolor. —Nena, ¿por qué has esperado tanto?

—¡Era un tema importante! No podía dejar la reunión a medias. Ese cabrito de Carrington me va a pagar el timo con las plataformas.

—¡Melissa tienes que dejar lo de las venganzas!

Hizo una mueca viendo que miraba entre sus piernas y le quitaba las braguitas que estaban empapadas. Timothy estiró el cuello para mirar y ella le fulminó con la mirada. —¿Qué haces?

—¿Es rubio? —Ambos le miraron y se sonrojó. —Lo que sería totalmente lógico por otro lado.

—¡Largo! —gritó histérica.

Consuela entró corriendo. —¿Qué hacéis? El ascen... —Abrió los ojos como platos. —¡No!

—Echa un vistazo a ver si eso es la cabeza.

Miró a su jefe con horror. —¿Yo? ¿Qué te hace pensar que soy experta en partos, guapo?

Lara chasqueó la lengua entrando en el despacho como si nada y miró entre sus piernas justo cuando llegaba una contracción. —Sí, es la cabeza.

—¡Éste quiere nacer en la empresa! —dijo Timothy orgulloso—. La gasolina corre por sus venas. Voy a llamar al jefe. Se va a poner muy contento. La nueva generación. —Todos le miraron como si estuviera mal de la cabeza y carraspeó. —Tengo llamadas pendientes. Si me disculpáis....

—Cariño... —Calvert cogió su mano sentándose a su lado. —¡Haz algo!

—Nena, ojalá pudiera, pero eres tú la que tiene que empujar. —Apartó el cabello de su frente. —Vamos, cielo. Esto no es nada.

—¿Tú crees? Pues duele un montón. —Asustada apretó su mano.

Consuela estiró el cuello para mirar y abrió los ojos como platos. —Madre mía. Esto quita las ganas a cualquiera.

Otra contracción rodeó su vientre y sin poder evitarlo empujó con todas sus fuerzas. Consuela se puso entre sus piernas. —¡Muy bien, muy bien! Un poco más.

La contracción pasó y sintió su frente perlada de sudor. —Vamos, nena. Lo haces muy bien.

—¿Tú crees? —Volvió la contracción y ella empujó con fuerza sintiendo como salía la cabeza y su amiga chilló de la alegría. Calvert miró entre sus piernas y dejó caer la barbilla del asombro viendo como su hijo salía de su cuerpo poniéndose a llorar con fuerza.

Lara llegó corriendo con unas toallas y Melissa intentó incorporarse para verle, pero Calvert se lo impidió. —Espera, nena.

En ese momento entraron los sanitarios corriendo y sonrieron al oír el llanto de su bebé. —Lo han hecho muy bien.

—¿De verdad? —preguntó Consuela—. Pues ha salido solo.

Melissa miró a su marido. —¿Está bien?

—¿No le escuchas?

Sonrió divertida. —Le debe estar escuchando hasta Carrington.

Calvert se echó a reír y la besó en los labios. —Te quiero, nena.
—Y yo a ti, jefe. Para siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)

- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)

- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)

- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)

- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor

10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.